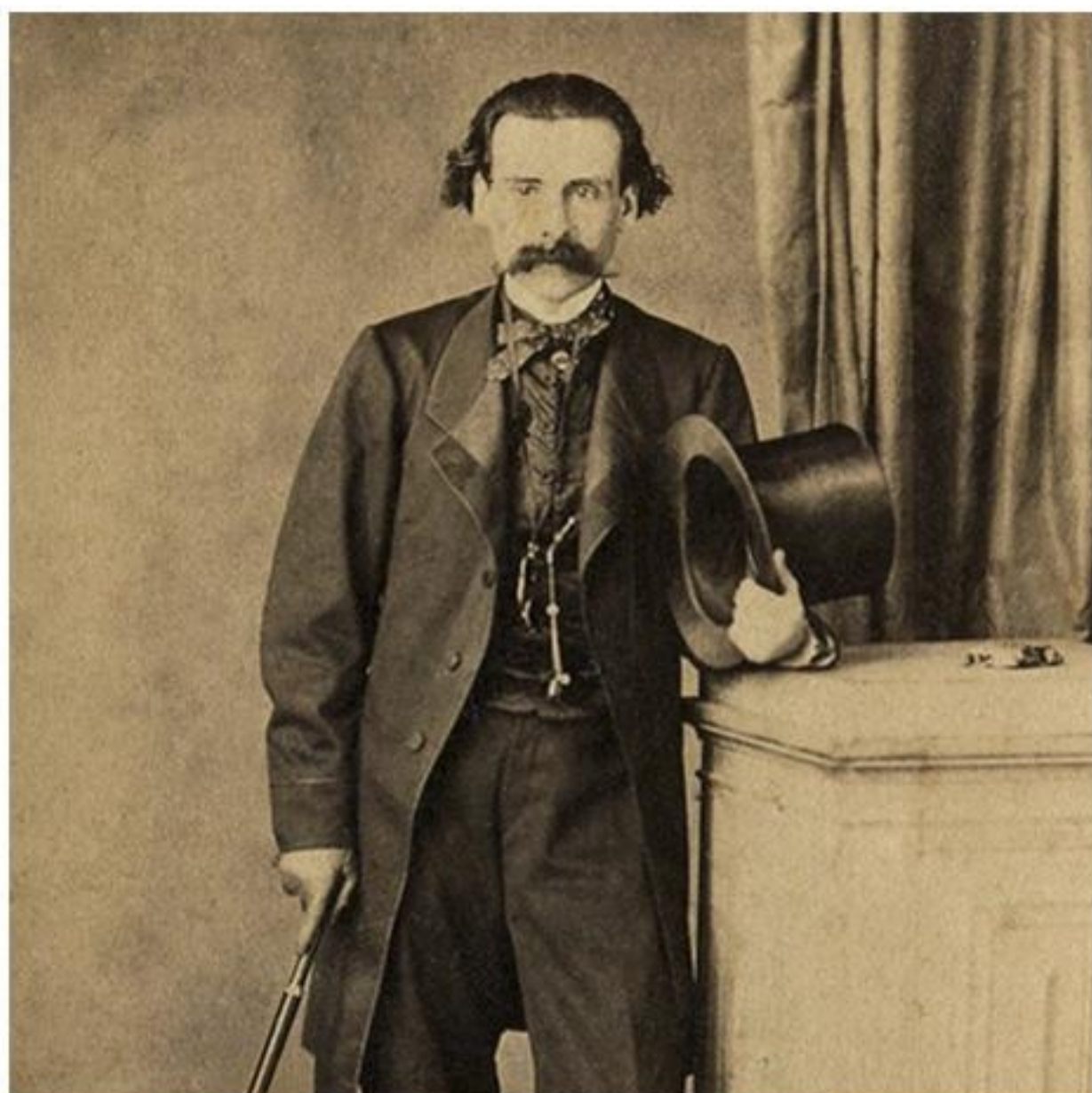


**Camilo
Castelo Branco**

Amor de perdicción



se

Lectulandia

La muerte, pues, es el gran absoluto de este libro en el que los personajes pasan menos tiempo amándose que preparándose para morir. No es el honor ofendido el eje central de la novela, ni la crítica social, ni el amor en su sentido más superficial.

La idea constante y profunda que sustenta *Amor de perdição* es la que fue obsesión del romanticismo: la búsqueda de un absoluto que rescatase a los hombres de la fragmentación para restituirles la unidad perdida. El amor podría ser ese absoluto si las imposiciones sociales no lo desvirtuaran. Fracasada la ilusión de amor, sólo queda la muerte.

Lectulandia

Camilo Castelo Branco

Amor de perdición

(Memorias de una familia)

ePub r1.0

mhbeyle 18.02.2017

Título original: *Amor de perdição*
Camilo Castelo Branco, 1861
Traducción: Ángel Fernández de los Ríos
Retoque de cubierta: mhbeyle

Editor digital: mhbeyle
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¿Quién ha visto nunca vida amorosa que no la viese ahogada en las
lágrimas del desastre o del arrepentimiento?

D. FRANCISCO MANUEL
(*Epanáfora amorosa*)

*Al Ilmo. y Excmo. Sr.
Antonio María de Fontes Pereira de Meló*

*Dedica
el autor*

Ilmo. y Excmo. Sr.

Mucha gente pensará que V. Exc.^a no da valor alguno a este libro, que mi gratitud le dedica, porque mucha gente está persuadida de que los ministros del Estado no leen novelas. Es un error. Yo oí una vez a un colega de V. Exc.^a discurrir en el parlamento acerca de ferrocarriles. Lo hacía con tanto ingenio, matizaba con tantas flores aquella materia, que me deleitó oírlo. En la noche de ese día encontré al colega de V. Exc.^a leyendo Fanny, aquella Fanny que sabía tanto como yo de ferrocarriles.

Que V. Exc.^a tiene novelas en su biblioteca es convicción mía. Que tiene allí algunas que no ha leído, porque le falta el tiempo, y otras que no merecen perderlo, también lo creo. Dé V. Exc.^a, en el lote de las segundas, un lugar a este libro, y habrá significado así que lo recibe y aprecia por llevar en él el nombre del más agradecido y respetuoso servidor de V. Exc.^a

*En la cárcel de la Audiencia de Oporto,
a 24 de setiembre de 1861.*

CAMILO CASTELO BRANCO

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

EN las Memorias de la cárcel, refiriéndome a la novela que nuevamente se imprime, escribí estas líneas.

«La novela, escrita a continuación de aquélla (La novela de un hombre rico), fue Amor de perdición. Desde niño, yo oía contar la triste historia de mi tío paterno Simón Antonio Botelho. Mi tía, hermana suya, solicitada por mi curiosidad, estaba siempre dispuesta a repetir el caso ligado a su juventud. Muchas veces, en la cárcel, me vino a la memoria que mi tío debería estar inscrito en el registro de entradas en la cárcel y en el de salidas para el destierro. Hojeé los libros desde 1800 y encontré la noticia con poco trabajo y alborozos de contento, como si de mí dependiese enaltecer su memoria como recompensa por sus trágicos y afrentosos dolores en vida tan breve. Sabía yo que en casa de mi hermana había arrinconados unos legajos de papeles antiguos, propios para esclarecer la nebulosa historia de mi tío. Pedí a quienes lo habían conocido noticias y detalles, a fin de entrar en conocimiento de causa en aquel trabajo. Escribí la novela en quince días, los más atormentados de mi vida. Tan horrorizada tengo de ellos la memoria, que nunca más abriré Amor de perdición, ni limaré sus defectos en ediciones futuras, si es que no salió tullido total de la primera. No sé si allí digo que mi tío Simón lloraba, y menos sé si el lector lloró con él. De mí le juro que...».

Han pasado casi dos años desde que afirmé que nunca más abriría esta novela. En el decurso de dos años tuve que enfrentarme con unos infortunios menos vulgares que la privación de libertad, y olvidé los horrores de los otros, a punto de recordarlos sin asombro y simplemente como eslabones indispensables de esta cadena mía, en la que ya me voy retorciendo y saboreando con infernal deleitación. Abrí el libro como si lo hubiese escrito en los días más alegres de mi juventud; aunque téngase en cuenta que, si hablo de días de juventud, es porque mi certificado de nacimiento me dice que fui joven, que, tocante a alegrías de juventud, estoy esperando ahora que vengan en el otoño, y es de creer que vengan asociadas al reumatismo y la gota.

Este libro, cuyo éxito se me antojaba malo cuando lo escribía, tuvo una recepción de primacía sobre todos sus hermanos. Movíame a desconfianza por ser libro triste, sin interpolación de risas, sombrío y rematado por catástrofe propia para angustiar el ánimo de los lectores que se interesan por la buena suerte de unos personajes y por el castigo de otros. En honra y loor de las personas que estimaron mi libro, confesaré agradablemente que las juzgué mal. No apruebo la calificación, pero la crítica escrita concordó con la opinión de la mayoría, que antepone Amor de perdición a La novela de un joven rico y a Estrellas propicias.

Contribuye en gran parte a este favorable, aunque insostenible juicio, la rapidez de las peripecias, la derivación concisa del diálogo hacia los puntos esenciales del enredo, la ausencia de divagaciones filosóficas, la llaneza del lenguaje y naturalidad

de las locuciones. Esto, en cuanto a mí, no puede ser un mérito absoluto. La novela que no se base en otros méritos más sólidos debe tener una fama muy poco duradera.

Estoy casi convencido de que la novela, tendiendo a apelar contra la inicua sentencia que la condena a brillar y apagarse, tiene que afirmar su duración en alguna especie de utilidad, tal como el estudio del alma o la pureza de la expresión. Y aprecio más el segundo merecimiento, pues el alma está sobradamente estudiada y revelada en las literaturas antiguas, en nombre o por amor de las cuales mucha gente abomina la novela moderna y jura morir sin haber leído la mejor del más famoso autor. Me considero sospechoso en esta cuestión. Gracias a Dios, todavía no escribí dos líneas en mi favor, ni siquiera en las noticias locales de los periódicos. Hasta recelo decir que deben leerse novelas, no vayan a pensar que recomiendo las mías.

Es cierto que he querido imprimir en algunos de mis libros el sello de la utilidad con el valor del lenguaje sano y acomodado a la expresión de las ideas, que parecían extrañas, como de hecho lo eran, y no se nos deparan en los escritos de los Sousas, Lucenas y Bernardes. En verdad, esto fue mirar muy lejos con vista muy corta; aun así, hice lo que pude; y en este libro diré que hice menos de los que podía. En los quince atormentados días en que lo escribí, me faltó el vagar y constancia que requiere el cepillar y pulir períodos. Lo que yo quería era ahogar las horas y ahogar tal vez la necesidad de vender mi tiempo, mis meditaciones silenciosas, y el derecho a desperezarme como todo el mundo, y el placer además de ser tan brillante en el lenguaje, cuanto, en diversas circunstancias, podía ser.

Lo que entonces no hice, tampoco lo hago ahora, a no ser en poquísima parte y muy de corrida. El libro agradó como está. Sería desacierto e ingratitud alterar sensiblemente, ya en la esencia, ya en la composición, lo que fue bien recibido tal cual es.

CAMILO CASTELO BRANCO

Oporto, septiembre de 1863.

INTRODUCCIÓN

HOJEANDO los libros antiguos de registro de la cárcel de la Audiencia de Oporto, leí en el de entradas de presos de 1803 a 1805, al folio 232, lo siguiente:

«Simón Antonio Botelho, que así dijo llamarse, soltero, estudiante en la Universidad de Coímbra, natural de la ciudad de Lisboa, y residente en Viseu en la época en que fue detenido, de dieciocho años de edad, hijo de Domingo José Correia Botelho y de doña Rita Preciosa Caldeirão Castelo Branco, estatura ordinaria, cara redonda, ojos castaños, pelo y barba negros, vestido con chaqueta de bayeta azul, chaleco de fustán y pantalón de paño pardo. Cuyo asiento fue hecho por mí, y lo firmo. —Felipe Moreira Días».

Al margen izquierdo del asiento se ve escrito:

«Salió para la India en 17 de marzo de 1807».

No entiendo que sea confiar demasiado en la sensibilidad del lector el creer que la deportación de un joven de dieciocho años le ha de causar lástima.

¡Dieciocho años! ¡La aurora de oro y rosas de la vida! ¡La lozanía del corazón, que aún no sueña en frutos y se embalsama con el perfume de las flores! ¡Dieciocho años! ¡El amor de aquella edad! ¡El paso del seno de la familia, de los abrazos de la madre, de los besos de las hermanas para las caricias más dulces de la virgen, que a su lado aparece como flor de la misma sazón y de los mismos aromas y a la misma hora de la vida! ¡Dieciocho años...! ¡Y deportado lejos de la patria, del amor y de la familia! ¡Perdido para siempre el cielo de Portugal; sin madre, sin hermanos, sin rehabilitación, sin dignidad, sin un amigo...! ¡Es triste!

El lector, seguramente, se conmovería; y la lectora, si le diesen en menos de un renglón la historia de aquellos dieciocho años, lloraría. Amó, se perdió y murió por su amor; ésta es la historia.

Y tal historia, ¿podría oírse sin derramar lágrimas la mujer, la criatura formada para los más tiernos afectos y que a veces nos trae consigo del cielo un reflejo de la divina misericordia? Ésa, mi lectora, la bondadosa amiga de todos los infelices, ¿no lloraría si le dijese que aquel pobre muchacho perdió honra, rehabilitación, patria, libertad, hermanas, madre, vida, todo, por el amor de la primera mujer, que le hizo despertar del sueño de los inocentes deseos?

¡Lloraba, sí, lloraba! ¿Cómo podría yo expresar la dolorosa emoción que me causaron aquellos renglones, exprofeso buscados, y leídos con amargura y respeto y al mismo tiempo odio? Odio, sí. A su tiempo verán si es perdonable el odio, o si no valdría más desde ahora abandonar un relato que sólo me puede acarrear censuras de los que sólo saben analizar fríamente el sentimiento, así como vituperios para las sentencias que yo aquí pronuncie contra la falsa virtud de los hombres, convertidos en fieras en nombre de su honra.

CAPÍTULO I

DOMINGO José Córrela Botelho de Mesquita y Meneses, hidalgo de linaje y uno de los más antiguos solariegos de Villa Real de Trás-os-Montes, era en 1779 juez de Cascáis y en este mismo año contrajo matrimonio con una dama de palacio, doña Rita Teresa Margarita Preciosa da Veiga Caldeirão de Gástelo Branco, hija de un capitán de caballos y nieta de otro, Antonio Azevedo Castelo Branco Pereira da Silva, tan noble por su jerarquía, como por haber compuesto un, en aquel tiempo, precioso libro acerca del arte de la guerra.

Diez años de pretendiente amoroso, y poco afortunado, consumió en Lisboa el licenciado provinciano. Para hacerse amar de la hermosa dama de doña María I, carecía de dotes físicas: Domingo Botelho era excesivamente feo. Para presentarse como partido ventajoso a una hija segunda, faltábanle bienes de fortuna; todos sus haberes no excedían de treinta mil cruzados en propiedades a las márgenes del Duero. Las cualidades de ingenio tampoco le recomendaban: era cortísimo de inteligencia, y entre sus condiscípulos de la Universidad se granjeó el epíteto de Brocas, con que aún hoy son conocidos sus descendientes en Villa Real. Bien o mal derivado, el epíteto Brocas viene de *broa*. Pensaban los estudiantes que la rudeza de su condiscípulo procedía del mucho pan de maíz que había tenido que digerir en su pueblo.

Domingo Botelho debía tener una vocación cualquiera, y la tenía; era excelente tocador de flauta; fue el primer flauta de su tiempo, y tocando la flauta se ganó el sustento en Coímbra durante dos años, en los cuales su padre hubo de suspenderle las mesadas porque todas las rentas de la casa no le alcanzaban para libertar otro hijo, autor de un delito de muerte.^[1]

Domingo Botelho se graduó en 1767 y fue a Lisboa a leer en el *Desembargo* de Palacio, iniciación banal de los que aspiraban a la carrera de la magistratura. Ya Fernán Botelho, padre del licenciado, fue bien acogido en Lisboa, y principalmente por el duque de Aveiro, cuya estimación puso en riesgo su cabeza cuando la tentativa de regicidio de 1758. El provinciano salió de los calabozos de la Junqueira limpio de tal mancha infamante y hasta bienquisto del conde de Oeiras por haber tomado parte en la prueba que éste hiciera de la primacía de su genealogía sobre la de los Pintos Coelhos, del Banjardim de Oporto; pleito ridículo, pero ruidoso, motivado por la negativa de la mano de su hija que el hidalgo portugués hizo al primogénito del marqués de Pombal.

Las artes con que el licenciado flautista logró insinuarse en el ánimo de doña María I y de don Pedro III no las conozco. Es tradición que nuestro hombre hacía reír a la reina con bufonadas y muecas en que lucía lo mejor de su ingenio. Ello es que Domingo Botelho frecuentaba el real palacio y recibía del bolsillo particular de la reina una buena pensión, con la cual el aspirante a la judicatura se olvidó de sí mismo, del futuro y del ministro de Justicia, el cual, muy rogado, fió a su inteligencia

y letras el encargo de juez de Cascáis.

Ya hemos dicho que él se atrevió a amores de palacio; no poetizando como Luis de Camoens o Bernardim Ribeiro, sino enamorando en su prosa provinciana y captándose la benevolencia de la reina, para ablandar la dureza de la dama. Debía al cabo ser feliz el doctor *Chusco*, que por tal nombre era conocido en la corte, para que no terminase la discordia en que siempre andan el talento y la dicha. Domingo Botelho se casó con doña Rita Preciosa. Rita era una hermosura que aún a los cincuenta podía preciarse de serlo.

Y no tenía otro dote, si no es dote una serie de abuelos, unos obispos, otros generales, y entre éstos el que murió frito en caldera en no sé qué tierra de la morisma; gloria en verdad un poco ardiente, pero de tal monta, que los descendientes del frito general se llamaron Calderones.

La dama de la reina no fue dichosa con su marido. Atormentábanla recuerdos de la corte, de la pompa de las cámaras reales y de los galanteos propios de su gusto y condición, que tuvo que inmolar para satisfacer el capricho de la reina. Tales sinsabores domésticos no les impidieron, sin embargo, reproducirse en dos muchachos y tres niñas. El mayor de los varones se llamó Manuel, y el segundo Simón; de las hembras, una tomó el nombre de María, otra el de Ana, y la última el de su madre, a la vez que heredó algunos rasgos de su belleza.

El nombrado juez en Cascáis, solicitando destino de mayor importancia, se había quedado en Lisboa y habitaba en la parroquia de Ajuda en 1784. En este año nació Simón, el penúltimo de sus hijos, y a poco, siempre acariciado por la fortuna, consiguió ser trasladado a Villa Real, lo que era su suprema ambición.

A distancia de una legua de Villa Real estaba la nobleza de la población esperando a su paisano. Cada familia llevaba su litera con el blasón de la casa. La de los Correias de Mesquita era la de hechura más anticuada, y las libreas de los criados las más raídas y apolilladas que figuraban en la comitiva.

Doña Rita, al avistar las literas, se llevó al ojo derecho su gran lente de oro, exclamando:

—¿Qué es eso, Meneses?

—Son nuestros amigos y parientes que salen a recibirnos.

—¿En qué siglo estamos en esta montaña? —replicó la ex dama de la reina.

—¡En qué siglo! Aquí, lo mismo que en Lisboa, estamos en el XVIII.

—¿Ah, sí? Al pronto creí que aquí no habían pasado del XII.

El marido creyó que debía reírse del chiste aunque no le había hecho mucha gracia.

Fernán Botelho, padre del nuevo juez, se adelantó al frente de la comitiva para dar la mano a su nuera, que en aquel momento se apeaba de su litera, y conducirla a la de la casa. Doña Rita, antes de mirar a la cara de su suegro, se dedicó a examinar, armada de su lente, las hebillas de acero y la bolsa de su coleta. Dio ella luego en decir que los hidalgos de Villa Real eran mucho menos limpios que los carboneros de

Lisboa. Antes de entrar en la litera abolenga de su marido, preguntó, con la más hipócrita gravedad, si no sería peligroso ocupar aquella venerable antigualla. Fernán Botelho aseguró a su nuera que su litera no tenía aún cien años, y que los machos no pasaban de treinta.

El modo altivo con que doña Rita recibió los saludos de la nobleza —antigua nobleza que allí vino a establecerse en tiempo de don Dinis, fundador de la villa—, hizo que el más joven de la comitiva, que aún vivía hace doce años, me dijese: «Sabíamos que era dama de doña María I; pero por la soberbia con que nos acogió casi llegamos a creerla la propia reina». Cuando la comitiva estuvo a la vista de Nuestra Señora de Almudena, repicaron las campanas del lugar. Doña Rita dijo a su marido que el recibimiento con campanas era tan ruidoso como barato.

Se aparearon a la puerta de la antigua casa de Fernán Botelho. La dama de palacio dirigió una rápida ojeada a la fachada del edificio, diciendo para sí: «Buen alojamiento para quien ha sido criada en Mafra y Sintra, en Bemposta y Queluz».

Pasados algunos días, doña Rita declaró a su marido que tenía miedo de ser devorada por las ratas; que aquella casa era una caverna; que los techos se estaban cayendo; que las paredes no resistirían el invierno, y que los preceptos de conformidad conyugal no podían obligar a morirse de frío a una mujer delicada y acostumbrada a la vida y comodidades de los palacios reales.

Domingo Botelho, cediendo a las exigencias de su querida mitad, empezó a construir una nueva casa. Sus recursos escasamente le llegaban para sacarla de cimientos; pero escribió a la reina y obtuvo generosos auxilios con que pudo concluirla. Los herrajes de los balcones fueron la última dádiva que la real viuda hizo a su ex dama, y pueden muy bien presentarse como un testimonio inédito de la demencia de doña María I.

Domingo Botelho mandó esculpir en Lisboa el escudo de armas; doña Rita se empeñó en que se pusieran también sus cuarteles; pero era tarde porque ya la obra acabada había sido remitida por el escultor, y el magistrado no podía hacer segunda vez el gasto, ni quería disgustar a su padre orgulloso de su blasón. Todo esto vino a parar en quedarse la casa sin escudo y triunfante como siempre doña Rita.

Parentela ilustre tenía el nuevo juez en la población, y la altivez de la dama algo se bajó ante los nobles provincianos, o más bien, se dignó elevarlos hasta ella. Doña Rita tenía una verdadera corte de primos, unos que se contentaban con serlo, otros que envidiaban la suerte del marido. El más atrevido de todos no se hubiera atrevido a mirarla cara a cara, cuando ella le dirigía su lente de oro con ademán entre altanero y burlón, y no sería aventurado afirmar que el lente de la señora doña Rita era el más vigilante centinela de su virtud.

Domingo Botelho, sin embargo, desconfiaba de la eficacia de sus propias dotes para llenar cabalmente el corazón de su mujer. Atormentábanle los celos, pero ahogaba sus suspiros, temeroso de que Rita se diese por injuriada con la sospecha. Y razón hubiera tenido ésta para tanto, porque a la verdad, la nieta del general, frito en

el caldero sarraceno, se reía de los primos que, por agradarle, rizaban y empolvaban sus pelucas con desgarrado esmero o cabalgaban estrepitosamente por delante de sus balcones, fingiendo que a los jinetes provincianos no les eran desconocidas las gracias hípicas del marqués de Marialva.^[2]

No lo creía así nuestro juez, y el intrigante que tales ansias proporcionaba a su espíritu era el espejo. Se veía sinceramente feo y a su mujer cada vez más seductora y más desdeñosa en el trato íntimo. No hallaba en la historia antigua ningún ejemplo de amor sin tropiezo entre un esposo deforme y una mujer bonita. Sólo uno le venía a la memoria, y ése, aun cuando perteneciese a la fábula, le era en verdad contrario: el casamiento de Venus con Vulcano. Se acordaba de las redes que había fabricado el cojo herrero para coger a los adúlteros dioses, y se admiraba de la paciencia de aquel marido. Decía para sí que si algún día él levantaba el velo de tal perfidia, ni iría a quejarse a Júpiter, ni se entretendría en armar ratoneras a los primos. Al par del arma con que Luis Botelho dio en tierra con el alférez, había en su casa una colección de trabucos en cuyo manejo era nuestro juez mucho más entendido que la interpretación del Digesto y de las Ordenaciones del Reino. Esta vida llena de sobresaltos duró seis años, o tal vez algo más.

Empeñando el juez a sus amigos para ser trasladado, consiguió más de lo que ambicionaba: fue nombrado, proveedor en Lamego. Rita dejó profundos recuerdos de su estancia en Villa Real y duradera memoria de su altivez, hermosura y gracias de ingenio. Del marido también quedaron anécdotas que aún hoy se repiten.

Dos solamente contaré por no ser enfadoso: Envióle un día de regalo un labrador una ternera joven, y con ella fue la vaca que la criaba, para poderla amamantar en la jornada. Domingo Botelho mandó recoger en su establo la vaca y su cría, diciendo que quien daba la hija se entendía que daba también la madre. En otra ocasión sucedió que le mandaron como obsequio unos pasteles en una hermosa bandeja de plata. El magistrado repartió los pasteles entre sus hijos y mandó guardar la bandeja, diciendo que hubiera recibido como un insulto el regalo de unos pasteles que podrían valer una miseria, y sólo los aceptaba viniendo naturalmente como ornato de la bandeja. Así es que en Villa Real, aún hoy, cuando sucede un caso análogo de quedarse alguien con el continente y el contenido, dice la gente del pueblo: «Ése es como el doctor Brocas».

Poco cuenta la tradición de las particularidades de la vida del proveedor en Lamego. Apenas sé que doña Rita aborrecía la comarca y amenazaba a su marido con irse a Lisboa con sus cinco hijos si él no conseguía salir de aquella inaguantable residencia. Según parece, la nobleza de Lamego, orgullosa de su antiguo linaje, que data de la aclamación de Almacave,^[3] respondió con desprecio a la altivez de la ex dama de palacio, y entresacó ciertas ramas podridas del tronco de los Botelhos Correias de Mesquita, desdeñando las sanas por el hecho de haber él vivido dos años en Coímbra tocando la flauta.

En 1801 hallamos a Domingo Correia Botelho de Mesquita de corregidor de

Viseu.

Manuel, el mayor de sus hijos, tiene veintidós años y está cursando el segundo de leyes. Simón, que ha llegado a los quince, estudia humanidades. Las tres niñas son la alegría y el encanto de la vida de su madre.

El hijo mayor escribió a su padre quejándose de que no podía vivir en paz con su hermano y asustado con su carácter pendenciero cuenta que a cada paso ve en peligro su vida, porque Simón emplea en pistolas el dinero que recibe para libros, se asocia con los más famosos perturbadores de la Universidad y recorre por la noche las calles insultando a los vecinos pacíficos y provocándoles a pendencia con sus escándalos. El corregidor admira la intrepidez de su hijo Simón, y dice a la consternada madre que el muchacho tiene la misma figura y condición de su bisabuelo Pablo Correia Botelho, el caballero más valiente de toda la provincia de Trás-os-Montes.

Manuel, cada vez más asustado de las tropelías de Simón, abandona Coímbra antes de las vacaciones, y va a Viseu a quejarse y a pedir a su padre que le dé otra carrera. Doña Rita quiere que su hijo sea cadete de caballería. De Viseu sale para Braganza Manuel Botelho, y allí justifica nobleza de cuatro costados para ser cadete.

Entretanto regresa Simón a Viseu aprobado con buenas notas en sus exámenes. El padre se maravilla del claro ingenio de su hijo y disculpa sus locuras por amor a su talento. Le pide explicación de sus disgustos con Manuel, y él le responde que su hermano quería obligarle a hacer vida monástica.

Con sus quince años, Simón aparenta tener veinte. Es de complexión robusta, guapo mozo con facciones de su madre, pero de carácter en todo opuesto. En la plebe de Viseu es donde él escoge sus amigos y compañeros. Si doña Rita censura tan indigna elección, Simón se burla de genealogías, y sobre todo del general Caldeirão, que murió frito. Esto bastó para granjearle la malquerencia de su madre. El corregidor, acostumbrado a verlo todo por los ojos de su mujer, participó de su disgusto, así como del desvío para su hijo. Las hermanas le temían, con excepción de Rita, la más joven, con quien él jugaba puerilmente, y a quien obedecía si ella le pedía con infantiles caricias que no anduviese en compañía de artesanos.

Iban a acabarse las vacaciones cuando el corregidor tuvo un gran disgusto. Uno de sus criados había llevado los machos a beber, y por descuido o intencionalmente, quebraron varios cántaros que había en el borde del pilón de la fuente pública, esperando vez para llenarlos. Los dueños de los cántaros, reunidos contra el criado, lo maltrataron de obra. Pasaba Simón por el lugar en aquel momento, y viendo lo sucedido, desencajó un varal de un carro, y armado con él partió a varios la cabeza y acabó el trágico espectáculo con la gracia de romper todos los cántaros que aún quedaban con vida. El populacho ileso huyó despavorido, porque nadie se atrevía con el hijo del corregidor; pero los heridos uno a uno se fueron incorporando y, juntándose, acudieron a pedir justicia a la puerta del magistrado.

Domingo bramaba de cólera contra su hijo, y dio orden a sus alguaciles que le prendiesen y pusieran a su disposición, para proveer a lo que hubiera lugar. Doña

Rita, no menos irritada, pero de la manera que pueden irritarse las madres, proporcionó por segundas manos dinero a Simón, para que sin pérdida de tiempo huyese a Coímbra y allí esperase el perdón de su padre.

El corregidor, cuando supo la conducta de su mujer, aparentó encolerizarse, y juró que lo haría capturar en Coímbra. Pero habiéndole calificado doña Rita de brutal en sus venganzas y de estúpido juez de una simple calavera de muchacho, el magistrado depuso la postiza severidad de su continente y confesó tácitamente que era un juez brutal y estúpido.

CAPÍTULO II

CON su hazaña de la fuente, Simón Botelho llevó a Coímbra arrogantes convicciones de su valentía. Se acordaba de todos los pormenores de la derrota de los treinta aguadores, del son hueco de los golpes, de la caída del uno completamente aturcido, del levantarse otro ensangrentado, del estacazo que había alcanzado de lleno a tres a un tiempo, y del que dio de bruces con otros dos, del general clamor y del estruendo final de la rotura de los cántaros. Simón se deleitaba con tales recuerdos, como no he visto hasta ahora en ningún drama al veterano de cien batallas conmemorando los laureles alcanzados en cada una, hasta que le faltan las fuerzas para seguir asombrando, cuando no es fastidiando, a los espectadores.

El estudiante, con su entusiasmo, podía, sin embargo, llegar a ser mucho más perjudicial que el perdonavidas de un teatro. Los recuerdos le impelían a realizar nuevas hazañas, y la Universidad era lugar entonces propio para ejecutarlas. Una buena parte de la juventud estudiosa simpatizaba con las balbucientes teorías de libertad, más por presentimiento que por estudio. Los apóstoles de la Revolución francesa no habían aún conseguido hacer llegar el fragor de sus clamores hasta este rincón del mundo; pero los libros de los enciclopedistas, fuentes de donde corrieron el virus y la sangre del noventa y tres, no eran del todo ignorados. Las doctrinas de la regeneración social por medio de la guillotina tenían ya algunos tímidos sectarios en Portugal, y éstos pertenecían en su mayor parte a la nueva generación. Fuera de esto, el rencor contra Inglaterra se propagaba entre las clases manufactureras, y la idea de librarse del yugo envilecedor de los extraños, tan apretado desde principios del siglo anterior, en virtud de pérfidos y ruinosos tratados estaba en el ánimo de muchos portugueses que preferían la alianza con Francia. Éstos eran los pensadores reflexivos; los sectarios de la Universidad, éstos expresaban más la pasión de la novedad que las doctrinas del raciocinio.

En el año anterior a 1800 fue Antonio Araújo de Azevedo, después conde de Barca, a negociar en Madrid y París la neutralidad de Portugal. Rechazaron las potencias aliadas sus pretensiones, no teniendo en cuenta para nada los dieciséis millones que el diplomático ofrecía al primer cónsul. Sin demoras fue nuestro territorio invadido por los ejércitos de España y Francia. Nuestras tropas, al mando del duque de Lafoens, no llegaron a trabar la desigual lucha, porque a ese tiempo, Luis Pinto de Sousa, más tarde vizconde de Balsemáo, negoció una paz ignominiosa en Badajoz, cediendo a España la plaza de Olivenza, excluyendo a los ingleses de nuestros puertos e indemnizando a Francia con algunos millones.

Estos acontecimientos irritaron contra Napoleón los ánimos de aquellos que odiaban al aventurero, al paso que a otros les dio ocasión para congratularse del rompimiento con Inglaterra. Entre los de esta última bandería, en la inquieta y alborotada Universidad, era voto de gran monta Simón Botelho, a pesar de sus

imberbes dieciséis años. Mirabeau, Danton, Robespierre, Desmoulins y otros muchos verdugos y mártires de la gran carnicería, eran nombres que resonaban armoniosamente en los oídos de Simón. Difamarlos en su presencia equivalía a insultarle, y el difamador tenía por seguro, o un revés de sus manos, o las pistolas montadas ante el pecho. El hijo del corregidor de Viseu sostenía que Portugal debía regenerarse en un bautismo de sangre, para que la hidra de la tiranía no alzase una de sus mil cabezas bajo la clava del Hércules popular.

Estos discursos, remedo de algunas de las violentas diatribas de Saint-Just, ahuyentaban de su compañía aun a aquellos mismos que le habían aplaudido cuando predicaba principios de libertad más racionales. Simón Botelho acabó por hacerse odioso a sus condiscípulos, que para destruir infamemente toda solidaridad con él, le delataron al obispo-conde, rector de la Universidad.

Predicaba un día el estudiante demagogo en la plaza de Sansón a los pocos oyentes que le quedaban, fieles unos por miedo, otros por analogía de condición. Estaba el discurso en el punto más culminante de la defensa de la idea regicida, cuando una cuadrilla de esbirros vino a apagar el fuego de la inspiración del tribuno. El orador quiso resistirse, llegando a sacar las pistolas; pero las gentes del obispo-conde sabían demasiado bien con quién tenían que habérselas.

El jacobino, desarmado y metido entre la escolta de los esbirros, fue conducido a las prisiones de la Universidad, de donde salió seis meses después, merced a grandes empeños de los amigos de su padre y de los parientes de doña Rita.

Perdido aquel curso, Simón se volvió a Viseu. El corregidor le mandó quitarse de su presencia, amenazándole con expulsarlo de casa. La madre, más bien guiada por el deber que por el corazón, intercedió por su hijo, consiguiendo sentarlo a la mesa paterna.

En el espacio de tres meses se operó una transformación maravillosa en las costumbres de Simón. Despreció la compañía de gente baja. Raras veces salía de casa, y esto, o solo, o en compañía de su hermana más joven, la predilecta. El campo, los árboles y los sitios más sombríos y agrestes eran su recreo. Las dulces noches de estío solía pasarlas fuera de casa hasta que apuntaba el alba. Los que así lo veían se admiraban de su aire pensativo y del recogimiento en que pasaba su vida. En casa se encerraba en su cuarto, de donde sólo salía cuando lo llamaban para sentarse a la mesa.

Doña Rita se pasmaba con tal mudanza, y su marido, completamente convencido de su sinceridad y persistencia, al cabo de cinco meses consintió que su hijo le dirigiese la palabra.

Simón Botelho amaba. Esta sola palabra explica la que podría parecer increíble transformación a los diecisiete años.

Amaba Simón a una vecina suya, joven de quince años, rica heredera, de no escasa hermosura y buen nacimiento. Desde la ventana de su cuarto fue donde la vio por vez primera para amarla por siempre. No quedó ella incólume al herir el corazón

de su vecino; le amó también y con más formalidad que la acostumbrada en sus años.

Los poetas nos cansan la paciencia habiéndonos del amor de la mujer a los quince años, como de pasión peligrosa, única e inflexible. Algunos escritores de novelas dicen lo mismo. Ambos se equivocan. El amor de los quince años es un juego infantil; es la última manifestación del amor a las muñecas; es la tentativa del avecilla que ensaya su vuelo fuera del nido, siempre con los ojos fijos en la madre que está desde la rama próxima llamándola: tanto sabe la primera lo que es amar mucho, como la segunda lo que es volar lejos.

Pero Teresa de Albuquerque debía ser una excepción en su amor.

Odiaba el padre de Teresa al magistrado y su familia, por haber dictado Domingo Botelho sentencias adversas a sus intereses en litigios que él sostenía. Por añadidura, dos criados de Tadeo de Albuquerque fueron de los heridos en el año anterior en la célebre aventura de los cántaros. Salta a los ojos que el amor de Teresa, llevando consigo la necesidad de incurrir en la justa cólera de su padre, debía ser fuerte y verdadero.

Era también este amor singularmente discreto. Durante tres meses se vieron y hablaron, sin denunciarse a la vecindad y ni siquiera despertar sospechas en ninguna de las dos familias. Los fines que ambos se prometían eran los más honrados; él iba a terminar su carrera, para que pudiesen vivir del fruto de su trabajo si no tenían otros recursos; ella esperaba que su anciano padre falleciese, para ser dueña de su albedrío, y poderle entregar su corazón al par que sus cuantiosos bienes. Digna de admirarles tal discreción, dada la índole de Simón y la presumible ignorancia de Teresa en las cosas materiales de la vida.

En la víspera de su salida para Coímbra estaba Simón Botelho despidiéndose de su tierra amada, cuando súbitamente fue ésta arrancada de la ventana. El alucinado joven oyó los gemidos de aquella voz que momentos antes murmuraba entre sollozos palabras de amorosa ternura. Le hirvió la sangre en la cabeza, rugió encerrado en su cuarto como la fiera en la jaula. En la impotencia que se veía para socorrerla tuvo tentaciones de poner fin a su propia existencia. Las horas restantes de aquella noche las pasó entregado a la ira y a proyectos de venganza. Al amanecer empezaron a calmarse sus arrebatos, y con la meditación renació la esperanza.

Cuando le llamaron para salir para Coímbra, se echó de la cama de tal manera desfigurado, que, avisada su madre del trastorno que en su fisonomía se notaba, fue a su cuarto a interrogarle y disuadirle de emprender su viaje mientras se hallase en aquel estado febril. Pero Simón, entre mil proyectos, se había fijado en el de irse a Coímbra, esperar allí mismo noticias de Teresa, y volver si podía ocultamente a Viseu para hablar con ella; pensando juiciosamente que con quedarse, sólo podía contribuir a empeorar su situación.

Después de abrazar a su madre y a sus hermanas y de besar la mano a su padre, que había reservado para aquel momento una amonestación severa hasta el punto de asegurarle que le abandonaría por completo si llegaba a recaer en sus antiguas

locuras, bajó el estudiante al patio de su casa. Al ir a poner el pie en el estribo, vio que imploraba su caridad una vieja mendiga que llevaba en la palma de la mano que le extendía un diminuto papel. Cogióle sobresaltado el joven; y a los pocos pasos de distancia de su casa, leyó las siguientes líneas:

«Mi padre dice que me va a meter en un convento por tu causa. Todo lo sufriré por tu amor. Tú no me olvides y me hallarás en el convento, o en el cielo, siempre tuya de corazón y siempre leal. Vete a Coímbra. Allí recibirás cartas mías, y en la primera te diré las señas con que puedes responder a tu pobre. —TERESA».

La transformación del estudiante admiró a la Universidad. No siendo en las cátedras, en parte alguna se le veía. De sus antiguas relaciones sólo conservó la de los condiscípulos sensatos que le dieron buenos consejos y le visitaron en la prisión durante seis meses alentándole y proporcionándole recursos que su padre no le daba y su madre con escasez suplía. Estudiaba con ardor, como quien echa los cimientos de la futura reputación que ha de servirle para alcanzar medios con que sostener dignamente a su mujer. A nadie confiaba su secreto, a no ser a Teresa en sus cartas; largas cartas en que se desahogaba la pasión y esparcía el espíritu, fuera de esto siempre consagrado al estudio. Respondíale a menudo la vehemente joven; y ya le decía que la entrada en el convento había sido una mera amenaza a la que no temía, porque conocía que su padre no podía pasarse sin ella.

Con esto se aumentó el amor de Simón a los estudios. Preguntado en puntos difíciles de las materias del primer año, de tal manera salió airoso de la prueba, que catedráticos y condiscípulos le consideraban ya como acreedor al primer premio.

Por esta época, Manuel Botelho, ya cadete en Braganza y destacado en Oporto, tomó licencia para estudiar en la Universidad las matemáticas. Animóle a ello la noticia de la mudanza de conducta de su hermano. Fue a vivir con él y lo halló pacífico, pero ensimismado y fijo en una idea que lo hacía misántropo e intratable por otro estilo. Poco tiempo vivieron juntos, siendo causa de su separación el amor desgraciado de Manuel Botelho por una señora de las Azores casada con un estudiante. La esposa seducida se dejó perder con las ilusiones de su ciego amante. Abandonó a su marido y huyó con Manuel a Lisboa, y de allí a España. En otra ocasión de este relato daré cuenta del fin de este episodio.

En el mes de febrero de 1803 recibió Simón Botelho una carta de Teresa. En el siguiente capítulo se cuenta minuciosamente la peripecia que obligó a la hija de Tadeo de Albuquerque a escribir aquella carta, que causó cruel sorpresa al estudiante, convertido a sus deberes, a la honra, a la sociedad y a Dios, por el amor.

CAPÍTULO III

EL padre de Teresa no hubiera puesto reparos a impureza de sangre del corregidor, si el ajustarse entre los dos hidalgos un enlace matrimonial fuese compatible con el odio del uno y el desprecio del otro. El magistrado se burlaba del rencor de su vecino, y el vecino acusaba de venal al magistrado. Éste sabía la injuriosa venganza con que el otro trataba de desquitarse, y se fingía invulnerable a la detracción; pero de día en día aumentaba su bilis, y es de creer que si no le hubiesen detenido consideraciones de posición y familia, hubiera aguantado menos, desahogándose por la boca de un trabuco, arma favorita de los Botelhos Correia de Mesquita. Reconciliarlos era, por lo tanto, obra sobrehumana.

Rita, la hermana más joven de Simón, estaba un día en la ventana del cuarto de éste, y desde allí vio a su vecina casi pegada a los cristales y con la cabeza apoyada en ambas manos. Teresa sabía que aquella niña era la hermana más querida de Simón, y la que más se le parecía de facciones. Salió de su fingida indiferencia, y respondió a la indiscreta mirada de Rita con un ademán de saludo y una sonrisa. La hija del corregidor se sonrió también; pero se retiró en seguida de la ventana, porque su madre les había prohibido a todas que ni siquiera mirasen a ninguna persona de aquella casa.

Al día siguiente, a la misma hora, atraída por la simpatía que le había infundido aquella señal de amistad, volvió Rita a la ventana y encontró a Teresa con los ojos fijos en ella, como si la estuviese esperando. Sonrieron las dos como con cautela, y alejándose a un tiempo de sus ventanas, se quedaron ambas de pie contemplándose desde el interior de sus aposentos. Como la calle era estrecha podían oírse, hablando bajo. Teresa, más con el movimiento de los labios que con palabras, preguntó a Rita si podía contar con ella. La joven respondió con un gesto afirmativo y echó a correr saludándola con la mano. Estas rápidas entrevistas se renovaron por algunos días hasta que, libres ambas de recelo, se atrevieron a prolongarlas con conversaciones a media voz. Teresa hablaba de Simón, contaba a la niña de once años el secreto de su amor y le decía que aún había de ser su hermana; encargándole, sobre todo, que no dijese nada a su familia.

En una de estas conversaciones, Rita, por descuido, levantó la voz de modo que fue oída por una de sus hermanas, que en seguida fue a acusarla a su padre. El corregidor llamó a Rita y, atemorizándola, consiguió que le confesase todo cuanto le había dicho su vecina. Fue tal la cólera del magistrado que, sin atender a las observaciones de su mujer, que acudió al oírle vociferar tan sin medida, corrió al cuarto de Simón, y encontrando aún a Teresa en su ventana:

—¡Oiga! —gritó a la pálida joven—, no se tome usted la libertad de dirigir siquiera su vista a nadie que sea de mi casa. Si quiere usted casarse, cátese con un zapatero, que será un digno yerno para su padre.

Teresa no oyó el fin de tan brutal apostrofe: había huido aturdida y avergonzada. Pero como el violento magistrado siguiese vociferando, acudió Tadeo de Albuquerque a la ventana, con lo cual redobló su cólera, y el torrente de las injurias, largo tiempo contenido, cayó sobre la frente del vecino que se quedó atónito y sin replicarle.

Tadeo interrogó a su hija y creyó que la causa de la saña de Domingo Botelho era estar las dos niñas hablando inocentemente por señas de cosas propias de su edad. Disculpó el viejo la niñería, amonestándola y prohibiéndole que volviese a asomarse a aquella ventana.

Esa mansedumbre del hidalgo, cuyo natural era violento, tenía su explicación en el proyecto de casar en breve a su hija con su primo Baltasar Coutinho de Castro Daire, mayorazgo de importancia y de linaje tan noble como el suyo.

Creía el viejo, presumiendo de conocer el corazón de las mujeres, que la dulzura sería el más seguro medio para hacer olvidar a su hija sus pueriles amores con Simón. Era máxima suya que el amor a los quince años carece de consistencia para sobrevivir a una ausencia de seis meses: no pensaba equivocadamente el hidalgo, pero la equivocación existía. Las excepciones han sido siempre el ludibrio de los más sesudos pensadores, tanto en lo especulativo como en la ciencia positiva. Y no era mucho que Tadeo de Albuquerque se engañase en cosas de amor y del corazón de la mujer, cuyas variaciones son tantas y tan caprichosas, que yo no sé si alguna máxima puede servirnos de guía en esta materia, a no ser ésta: «Hay en cada mujer cuatro mujeres incomprensibles, pensando alternativamente cómo se han de desmentir unas a otras». Esto es lo más seguro; pero no es, sin embargo, infalible. Ahí tenemos a Teresa, que parece ser una e indivisible. Se dirá tal vez que las tres que faltan a la cuenta, según la sentencia, no pueden coexistir con la cuarta a los quince años. También yo lo pienso así, y aun casi creo que aquella fijeza y constancia de su amor se fundaba en causas independientes del corazón: es tal vez porque Teresa no frecuenta la sociedad, no se le levanta un altar cada noche en un salón diferente, no ha recibido el incienso de otros galanes, no ha tenido aún una hora en que comparase la imagen amada, perjudicada con la ausencia, con la imagen amante, llena de un amor en las miradas y en las palabras, que llega a convencerla de que hay un corazón para cada hombre y una sola juventud para cada mujer. ¿Quién nos asegura que Teresa no contendría en sí las cuatro mujeres de la máxima, si el humo de cuatro incensarios viniese a perturbarle la razón? No es fácil ni necesario decidirlo. Volvamos a nuestra narración.

Acerca de Simón Botelho, nunca Tadeo de Albuquerque profirió una palabra delante de su hija, ni antes ni después de la violenta escena con el corregidor. Lo que hizo en seguida fue llamar a Viseu, a su sobrino Castro Daire, y enterarle de su designio, para que él procediese con Teresa como un verdadero enamorado, y de allí naciese una mutua pasión que pudiera ser base de una unión eterna y venturosa.

El fuego de la pasión inflamó tan pronto el corazón de Baltasar Coutinho, como el

de Teresa se encogió lleno de terror y de repugnancia. El señor de Castro Daire, atribuyendo la frialdad de su prima a modestia, inocencia y encogimiento, se recreó en la virginal ignorancia de aquella alma, saboreando de antemano el placer de una lenta pero segura conquista. Verdad es que Baltasar nunca había llegado a explicarse de manera que Teresa tuviese ocasión de darle una respuesta categórica. Un día, instigado por su impaciente tío, se atrevió el dichoso novio a hablar en estos términos a la melancólica joven:

—Es tiempo ya de que yo te declare los sentimientos de mi corazón, querida prima. ¿Estás dispuesta a escucharme?

—Yo siempre he estado dispuesta a escuchar cuando me hablan.

El tono de enojosa displicencia que acompañó a esta respuesta hizo vacilar al hidalgo en sus convicciones respecto a la modestia, inocencia y encogimiento de su prima; pero queriendo desde luego persuadirse de si era aquél el modo de expresar Teresa sus buenas disposiciones, continuó diciendo:

—Creo que nuestros corazones deben ya entenderse; ahora sólo falta que un enlace una nuestra suerte.

Teresa se puso pálida y bajó los ojos.

—¿Te he dicho algo que te sea desagradable? —añadió Baltasar, confuso con la alteración de la fisonomía de Teresa.

—Me has dicho una cosa que es imposible que se realice —contestó ella sin cortarse—. Te engañas, nuestros corazones no han llegado a entenderse. Te quiero bien como a un primo, pero nunca he pensado en ser tu mujer, ni había creído que tú pensases en semejante cosa.

—¿Eso es decir que me aborreces? —replicó cortado Baltasar.

—No, yo te he dicho que te quería bien; pero por eso mismo no puedo ser esposa de un amigo a quien no puedo amar. La desgracia no sería sólo mía, sino...

—Muy bien... Y se puede saber —dijo con falsa sonrisa el primo— ¿quién es el que me disputa el corazón de mi prima?

—¿Qué vas a ganar con saberlo?

—Gano el saber, por lo menos, que quieres a otro hombre... ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Y con tal pasión que desobedeces a tu padre?

—No le desobedezco; el corazón es más fuerte que la voluntad sumisa de una hija. Le desobedecería si me casase contra su voluntad; pero yo no te he dicho que voy a casarme, te he dicho únicamente que hay alguien a quien quiero.

—¿Sabes que estoy sorprendido de tu manera de hablar...! ¿Quién había de creer que tus dieciséis años habían de ser tan abundantes en palabras?

—No son sólo palabras —respondió gravemente Teresa—, son sentimientos que debían merecerte respeto porque son verdaderos. Si te hubiera engañado, ¿merecería mejor tu aprecio?

—No, seguramente; has hecho bien en decirme la verdad y decirla por completo.

Y mira, yo en tu caso no tendría reparo en decir cuál es el dichoso mortal a quien has preferido.

—¿A ti qué te puede importar saberlo?

—Mucho, prima mía; todos tenemos nuestra vanidad, y yo me alegraría de verme vencido por quien reuniese cualidades que yo no tengo a tus ojos. ¿Quieres decirme tu secreto como se lo dirías a tu primo Baltasar, si le tratases como un amigo íntimo?

—De esa manera no puedo ya tratarte —replicó Teresa sonriendo y casi contando como él las sílabas de cada palabra.

—¿Que no me quieres ni para amigo?

—Es que creo que no me perdonarás nunca la sinceridad con que te he hablado, y serás de hoy en adelante mi enemigo.

—Al contrario —respondió él, con mal encubierta ironía—, muy al contrario. Yo te daré pruebas de cómo te quiero, si alguna vez te llego a ver casada con un miserable indigno de ti.

—¡Casada...! —interrumpió Teresa; pero Baltasar le cortó la palabra diciendo:

—Casada con algún famoso borracho o camorrista, valentón con los aguadores y caballero distinguido, que pasa los cursos de estudios preso en las cárceles de Coímbra.

Era claro que Baltasar Coutinho conocía el secreto de Teresa. Su tío, naturalmente, le había contado lo que él creía niñería de Teresa, antes de pensar tal vez en ofrecérsela por esposa.

Oyó Teresa el tono sarcástico de aquellas palabras, y levantándose le respondió con altivez:

—¿No tienes nada más que decirme, Baltasar?

—Sí tengo; quédate aún sentada un rato; no pienses que hablas ahora al pretendiente despreciado; convéncete de que hablas a tu pariente más próximo y a tu más sincero amigo, y el más fiel guardián de tu dignidad y de tu honra. Yo ya sabía que tú, contra la expresa voluntad de tu padre, hablabas alguna vez por la ventana con el hijo del corregidor. No di importancia al caso, y lo tomé como niñería, propia de tus pocos años. Como hace dos estudié mi último curso en Coímbra, allí conocí de sobra a Simón Botelho. Cuando a la vuelta me contaron tus amores con este estudiante, me sorprendí de tu buena fe; luego creí que tu misma inocencia te serviría de ángel custodio. Ahora, como amigo tuyo, me duele verte como fascinada por tu perverso vecino. ¿No te acuerdas de haberle visto asociado con los más ínfimos villanos de la comarca? ¿No has visto a tus criados con las cabezas rotas por el tal camorrista de baja estofa? ¿No has sabido que en Coímbra andaba por las calles borracho y armado como un salteador de caminos, predicando a la canalla guerra a los nobles, a los reyes y a la religión de nuestros padres? ¿Acaso ignorabas todo esto?

—En parte lo ignoraba, y no siento saberlo. Desde que conocí a Simón me consta que no ha vuelto a dar el menor disgusto a su familia, y no he oído hablar mal de él.

—¿Y por eso estás persuadida de que Simón debe a tu amor la transformación de

sus costumbres?

—No lo sé, ni me ocupo de eso —respondió con impaciencia Teresa.

—No te enfades, primita. Te voy a decir las últimas palabras: yo, en cuanto viva, he de tratar de salvarte de las garras de Simón Botelho. Si te falta tu padre, yo quedo en su lugar. Si las leyes no te defienden de los ataques de ese demonio, yo haré ver al valentón que la victoria que obtuvo sobre los aguadores no es título suficiente para ahorrarle el disgusto de verse echado a puntapiés de la casa de Tadeo de Albuquerque.

—¿Es decir, que tú quieres mandarme? —le interrumpió Teresa llena de sorda cólera.

—Quiero dirigirte mientras tu razón necesite de auxilio. Ten juicio y no me mezclaré en tus asuntos. No te quiero molestar más, Teresa.

Baltasar Coutinho fue desde allí a buscar a su tío y le contó lo esencial de esta entrevista; Tadeo, atónito del valor de su hija y herido en el corazón y en sus derechos paternales, quería correr al cuarto de ella y maltratarla. Detúvolo Baltasar, haciéndole ver que tal violencia era el peor de los medios, y de temer que esto diera lugar a que Teresa se escapase de casa. Contuvo el padre su ira y reflexionó. Algunas horas después mandó llamar a su hija, le hizo sentarse a su lado y en términos comedidos y con ademán tranquilo le dijo que su deseo era verla casada con su primo, pero que sabía que la intención de su hija no era ésa. Añadió que no la violentaría, pero que tampoco consentiría nunca que ella, hollando el pundonor de su padre, diese su mano al hijo de su mayor enemigo, y que estando al borde del sepulcro, más pronto bajaría a él si perdiese el amor de su hija, a quien consideraría como muerta. Acabó preguntando a Teresa si ella querría entrar en un convento y esperar allí que su padre muriera, para ser después desgraciada, según su capricho.

Teresa respondió llorando que entraría en un convento, si tal era la voluntad de su padre, pero que no se privase él de tenerla a su lado, ni quisiese privarla a ella de sus afectos, por temor de que su hija cometiese alguna acción indigna, ni le desobedeciese en aquello que era de su deber obedecerle. Le prometió considerarse como muerta para todo hombre menos para su padre.

Tadeo la escuchó y no le contestó.

CAPÍTULO IV

EL corazón de Teresa estaba mintiendo. ¡Vayan ustedes a pedir sinceridad al corazón!

Para buenos entendedores, el diálogo del anterior capítulo debe haber definido a la hija de Tadeo de Albuquerque. Es mujer varonil, tiene fuerza de carácter, orgullo fortalecido por el amor, desprecio a vulgares preocupaciones, si entra en el número de ellas el sacrificio que una hija hace de su voluntad, a las caprichosas determinaciones de su padre. Dicen las buenas gentes que no, y yo abundo siempre en el parecer de las buenas gentes. No creo que sea malicioso atribuirle un poco de astucia o hipocresía, si se quiere; sería tal vez más correcto llamarle perspicacia. Teresa adivina que la lealtad tropieza a cada paso en el camino real de la vida, y que los mejores fines se alcanzan por atajos en los que no cabe la franqueza y la sinceridad. Estos ardidés son raros en la edad inexperta de Teresa; pero la heroína de una novela casi nunca es vulgar, y ésta de que hablan mis apuntes, no lo era. A mí me basta para creer en su distinción la celebridad que ella llegó a alcanzar a causa de su desgracia.

De la carta que escribió a Simón Botelho, contando las escenas antes descritas, la crítica deduce que la joven contemporizaba con su padre, fija la mira en el futuro y sin pasar por el disgusto del convento, ni declararse en abierta desobediencia contra su padre. En la relación que hizo al estudiante omitió las amenazas de Baltasar, noticia que, de haberla recibido, traería de Coímbra al joven, a quien sobran bríos y valor para defender su dignidad.

Pero no fue aún ésta la carta que sorprendió a Simón.

El horizonte se presentaba bonancible a Teresa. Su padre no hablaba ni del claustro ni del casamiento. Baltasar Coutinho había vuelto a su casa solariega de Castro Daire. Tranquila, la joven daba semanalmente estas buenas noticias a Simón, y éste, uniendo las venturas del corazón con las riquezas de su inteligencia, estudiaba sin cesar y pasaba las noches en vela fabricando el edificio de su futura reputación y gloria.

Al romper del alba de un domingo de junio de 1803, llamaron a Teresa para que fuese con su padre a la primera misa de la iglesia parroquial. Se vistió la joven llena de inquietud, y en la antesala se encontró a su padre, que recibéndola con mucho agrado le preguntó si se había levantado dispuesta a completar la felicidad de su padre en los últimos días de su vejez. El silencio de Teresa era interrogador.

—Hoy vas a dar la mano de esposa a tu primo Baltasar, hija mía. Es necesario que te dejes conducir ciegamente por tu padre. Luego que hayas dado este paso difícil, conocerás que tu felicidad es de aquellas que necesitan ser impuestas por la violencia. Porque repara, querida hija mía, que la violencia de un padre es siempre cariño. Cariño ha sido mi condescendencia y dulzura para contigo. Otro habría domado tu desobediencia con malos tratos, con los rigores del convento o tal vez derrochando tu

gran patrimonio. Yo, no. He esperado que el tiempo te ilumine, y me felicito de creerte libre del diabólico prestigio del infame que despertó tu inocente corazón. No te he consultado otra vez sobre este casamiento, temiendo que la reflexión dañase el fervor de buena hija con que vas a abrazar a tu padre y a agradecerle la prudencia con que él ha respetado tu genio, esperando siempre la hora de encontrarte digna de su amor.

Durante este tiempo, Teresa tuvo su mirada fija en la de su padre; pero estaba tan abstraída, que apenas oyó sus primeras palabras y absolutamente nada de las últimas.

—Teresa, ¿no me contestas? —dijo Tadeo estrechándole cariñosamente las manos.

—¿Qué he de contestar a usted, padre mío? —balbuceó la joven.

—¿Me concedes lo que te pido? ¿Quieres llenarme de satisfacción en los pocos días que me quedan aún de vida?

—¿Y usted será feliz con este sacrificio mío?

—No lo llames sacrificio, Teresa. Mañana a estas horas verás qué transformación se ha operado en tu alma. Tu primo es un conjunto de virtudes, ni la condición de ser bien parecido le falta, como si la riqueza, ciencia y prendas morales no bastasen a hacerle un excelente marido.

—¿Y él me quiere después de haberle desengañado? —dijo ella con amarga ironía.

—¡Si está loco por ti...!, y tiene bastante confianza en sí para creer que tú llegarás a quererle.

—¿Y no será más seguro que le odie siempre? Ahora mismo ya lo aborrezco como nunca había creído que pudiese aborrecer a nadie. ¡Padre mío —continuó Teresa llorando y con las manos alzadas—, máteme usted, pero no me obligue a casarme con mi primo! Es inútil toda violencia, porque yo no me caso...

Tadeo mudó de aspecto, y dijo lleno de ira:

—¡Te casarás! ¡Yo lo quiero! ¡Lo mando! Y si no me obedeces, te maldigo para siempre, Teresa. ¡Morirás en un convento! Esta casa y tus bienes irán a parar a manos de tu primo. Ningún infame ha de llegar a poner un solo pie en las alfombras de mis abuelos. Si eres un alma vil, no me perteneces, no eres hija mía, no puedes heredar apellidos honrosos que fueron por primera vez insultados por el padre de ese miserable a quien tú quieres. ¡Maldita seas! Entra en ese cuarto, y no esperes salir de él sino para otro donde nunca más verás un rayo de sol.

Teresa se levantó sin derramar una sola lágrima, y entró gravemente en su cuarto.

Tadeo de Albuquerque fue a buscar a su sobrino, y le dijo:

—No te puedo dar la mano de mi hija, porque ya no tengo hija. La miserable a quien di este nombre, se ha perdido para nosotros y para ella.

Baltasar, que a juicio de su tío era un conjunto de perfecciones, tenía, sin embargo, un defecto: absoluta carencia de valor. Malograda esta tentativa de amor, que podríamos calificar de emboscada, se volvió a su casa el primo de Teresa,

diciendo al tío que él la libertaría del asedio que Simón Botelho había puesto al corazón de su hija. No aprobó la reclusión en un convento, haciendo ver las suposiciones infamantes que inventaría la opinión pública. Le aconsejó que la dejase en casa y que esperase a que el hijo del corregidor volviese de Coímbra.

Pesaron en el ánimo del padre las razones de Baltasar. Teresa se admiró del aplazamiento inesperado de su padre, y le infundió recelo esta incoherencia.

Escribió a Simón; no le ocultó nada de lo sucedido, ni siquiera suprimió por delicadeza las amenazas de Baltasar. Terminaba participándole sus sospechas sobre alguna nueva trama mejor urdida para forzar su voluntad.

El estudiante al llegar al período de las amenazas ya no vio claro para poder descifrar el resto de la carta. La sangre se le agolpó en la cabeza, las sienes le latían con violencia; no era la emoción de un corazón apasionado, era su índole soberbia que le enardecía la sangre. Salir inmediatamente para Castro Daire y dar de puñaladas a Baltasar Coutinho en su propia casa fue el primer consejo que le suministró su ira. Con este propósito salió, alquiló un caballo y volvió a su casa a ponerse en traje de camino. Ya preparado, esperó con ansia que llegase el caballo. Pero quiso su suerte que tardase en venir media hora, y su ángel bueno en este espacio, vestido con las galas con que él vestía en su imaginación a Teresa, le inspiró el dulce recuerdo de aquellos tiempos, y hasta de las horas de aquel mismo día en que él soñaba en la felicidad que el amor le prometía, si él la buscaba por el camino del honor y del trabajo. Contempló sus libros con tanto cariño, como si en cada uno estuviese una hoja de la historia de su corazón; no había leído ninguna de aquellas páginas sin que se le presentase la imagen de Teresa para animarlo, para darle fuerzas con que vencer el tedio de una asidua aplicación y un ingrato trabajo, y para vencer los ímpetus de un natural inquieto y deseoso de emociones violentas. «¿Y así se ha de acabar todo? — pensaba él con la frente apoyada en ambas manos y reclinándose sobre su mesa de trabajo—. ¡Hace tan poco que era yo tan feliz! ¡Feliz! —repitió levantándose de repente—. ¡Quién puede ser feliz con la deshonra de una amenaza impune! ¡Pero yo voy a perderla! No la volveré a ver más...; huiré como un asesino, y mi padre será mi primer enemigo; ella misma se horrorizará de mi venganza... La amenaza sólo ella la oyó, y si yo hubiese quedado envilecido a los ojos de Teresa por los insultos de ese miserable, tal vez ella no me los hubiese repetido».

Simón Botelho releyó la carta dos veces, y a la tercera lectura halló menos afrentosas las bravatas del primo celoso. Los últimos renglones destruían completamente la sospecha de creerse envilecido, con que le atormentaba su orgullo; eran expresiones tiernas, llamamientos a su amor como recompensa de las pasadas y futuras penalidades, visiones encantadoras del futuro, nuevos juramentos y sentidas frases de recuerdo y pasión.

Cuando el arriero llamó a la puerta, Simón Botelho ya no pensaba en matar al señor de Castro Daire; pero había resuelto ir a Viseu, entrar y ver ocultamente a Teresa. Sólo le faltaba una casa de confianza donde esconderse. En las posadas en

seguida sería descubierto. Preguntó al arriero si conocía alguna casa en Viseu donde él pudiese pasar oculto una o dos noches sin temor de ser descubierta su presencia. El arriero contestó que a un cuarto de legua de la población vivía un primo suyo herrador, pero que en Viseu no conocía más que a posaderos. Simón creyó poder sacar partido del parentesco del arriero, y para disponerle en su favor le dio de regalo una zamarra y una faja de seda encarnada, prometiéndole mayor recompensa si se ponía a su servicio en su empresa amorosa.

Al día siguiente llegó el estudiante a casa del herrador, y el arriero contó a su pariente el trato que había hecho con Simón.

Fue el joven cautelosamente hospedado, y el arriero salió en seguida para Viseu con una carta dirigida a la mendiga, que vivía en uno de los callejones más extraviados de la población. La mendiga se informó minuciosamente de quién era la persona que enviaba aquella carta, y salió, mandando al mensajero que esperase. Poco después volvió con la respuesta, y el arriero partió a galope.

La contestación era un grito de alegría. Teresa no había reflexionado, al responder a Simón, que aquella noche se celebraba su cumpleaños y que se reunían en su casa todos los parientes. Le dijo que a las once en punto ella bajaría al jardín y le abriría la puerta.

No esperaba tanto el estudiante. Lo que él pensaba era hablarle desde la calle, si podía salir a la ventana, y aún temía no ver realizada tal dicha, que él juzgaba la mayor a que podía aspirar. Estrechar su mano, sentir su aliento, abrazarla tal vez, atreverse a darle un beso, estas esperanzas, que excedían a sus modestas y honradas aspiraciones, le alentaban al par que le atemorizaban. Temor y deleite, para los corazones que se estrenan en la comedia humana, son sentimientos que se unen e identifican.

Llegada la hora de salir, Simón temblaba y se pedía a sí mismo cuentas de su timidez, sin saber que los encantos de la vida, los más celestiales momentos para el alma, son esos ratos de misterioso sobresalto, que los más ricos en afectos del corazón gozan en diferentes épocas de su vida, y todos los hombres una vez al menos.

A las once en punto estaba Simón junto a la puerta del jardín, y a la distancia convenida el arriero con el caballo a la mano. Los acordes de la música que venían de las lejanas salas le alarmaron porque le sorprendía que fuese, aquélla, noche de fiesta en casa de Tadeo de Albuquerque. En el largo espacio de tres años nunca había oído música en aquella casa. Si él hubiera sabido la fiesta que se celebraba, se hubiera sorprendido menos de la extraña alegría que reinaba en aquellos salones, siempre tristes y cerrados como en días de duelo. Simón empezó a forjarse todas las quimeras, ora tristes, ora desvariadas, de que es capaz la fantasía de los apasionados. No hay límite racional para las bellas ni para las nobles ilusiones cuando el amor las inventa. Simón, con el oído pegado al ojo de la llave, apenas percibía, sino el agudo sonido de las flautas y los violentos latidos de su corazón.

CAPÍTULO V

BALTASAR Coutinho estaba en el salón, fingiendo marcada indiferencia a su prima. Sus hermanas y la demás parentela de la casa no dejaban respirar a Teresa. Jóvenes y viejos, de concierto y repetidamente, le aconsejaban que se reconciliase con su primo y le diese a su padre la alegría que el pobre viejo pedía a Dios le concediese antes de cerrar sus ojos. Contestaba Teresa que ella no quería mal a su primo, y ni siquiera estaba resentida con él, que le quería y le querría siempre bien, mientras la dejase en paz.

El padre fundaba grandes esperanzas en aquella noche de fiesta.

Algunos parientes, que presumían de circunspectos, le habían dicho que sería conveniente proporcionar a su hija placeres propios de su edad, dándole ocasión a que esparciese su espíritu, concentrado en una sola idea, con diversiones en que la natural vanidad se preocupa, y la fuerza del amor contrariado iría poco a poco debilitándose. Le aconsejaron que hubiera reuniones frecuentes, ya en su casa, ya en la de sus parientes, para que de este modo Teresa viese gentes, fuese cortejada y adulada y llegase a tener en poco al único hombre con quien había tratado y a quien creía superior a todos. El hidalgo accedió, pero con dificultad. La verdad es que él tenía un sistema suyo de juzgar a las mujeres; había llevado treinta años de vida libertina y de derroche, y estaba ahora haciendo economías y saboreando el reposo. El cumpleaños de Teresa era por primera vez celebrado con festejos. La joven supo entonces lo que era el minué de la corte y ciertos juegos de prendas con que en aquellos tiempos era costumbre llenar agradablemente los intervalos, sin cansancio para el cuerpo y sin ofensa a la moral.

Pero con la agitación en que estaba Teresa no podía participar del agrado que reinaba entre sus invitados. Desde que dieron las diez de la noche, la reina de la fiesta parecía tan ajena a todos los obsequios que señoras y hombres en competencia le tributaban, que Baltasar Coutinho llegó a notar el desasosiego de su prima, y tuvo la modestia de creer que su indiferencia le había herido el amor propio. Generoso hasta el perdón, el señor de Castro Daire, dando a su fisonomía una expresión grave y melancólica, se dirigió a Teresa, y le pidió perdón por su frialdad, que comparó a la de las montañas, cubiertas de nieve en las cimas y encerrando en su seno los volcanes. Teresa tuvo la ingenuidad de responder que no había reparado en la frialdad de su primo, y llamó a su lado a otra joven, para evitar sin duda que se abriese un volcán en la montaña. Poco después se levantó y salió de la sala.

Eran las once menos cuarto. Teresa corrió al fondo del jardín, abrió la puerta y, no hallando a nadie, volvió precipitadamente a los salones. Pero en el momento de subir la escalera que unía al jardín con la casa, Baltasar Coutinho, que la espiaba desde que salió del salón, se acercó a una de las ventanas que daban al jardín, bien lejos de imaginar que la vería. Se retiró apresuradamente y entró al mismo tiempo que Teresa

en el salón, pero por una puerta diferente. Pasados algunos minutos la joven salió otra vez y su primo también. Al llegar a la escalera Teresa oyó a lo lejos las pisadas de un caballo. Baltasar también las oyó, y notó que su prima, temerosa de ser descubierta por la blancura de su vestido, iba envuelta en una capa o chal que la cubría por completo. El señor de Castro Daire se echó hacia atrás para no ser visto; pero Teresa, en una rápida y recelosa mirada, aún llegó a entrever un bulto que se ocultaba. Tuvo miedo y retrocedió a dejar la capa, entrando fatigada y pálida de tantas emociones.

—¿Qué tienes, hija mía? —le dijo su padre—. ¡Ya has salido dos veces del salón y vuelves tan alterada! ¿Te sientes mal, Teresa?

—Tengo un ligero dolor y necesito salir a tomar el aire de cuando en cuando... No es nada, padre mío.

Tadeo lo creyó, y dijo a todo el mundo que su hija tenía un dolor; sólo dejó de decírselo a su sobrino, porque no lo encontró, y supo que había salido.

También Teresa notó la ausencia de su primo y fingió que iba a buscarlo, resolución que agradó sobremanera a su padre. Bajó al jardín, donde esperaba Simón, y le dijo con acento entrecortado por la emoción:

—Vete en seguida; vuelve mañana a la misma hora. ¡Vete, vete!

Simón, mientras oía, tenía los ojos fijos en un bulto que se le aproximaba cosido a la tapia del jardín. El arriero, que lo había visto primero, hizo una señal y soltó las riendas del caballo para quedarse en libertad en el caso de que el estudiante no pudiera dar cuenta del enemigo.

Simón Botelho no se movió de su sitio, y Baltasar Coutinho se paró a distancia de seis pasos. El arriero había avanzado lentamente hasta medio camino de su amo, cuando éste le mandó que no se aproximase, y dirigiéndose hacia el bulto, le dijo:

—Por aquí no se va a ninguna parte. ¿Qué se le ofrece a usted?

Baltasar no respondió.

—¿A que le abro la boca con una bala? —añadió Simón.

—¿A usted qué le importa quién soy? —dijo Baltasar—. Si yo tengo un secreto, como usted parece que lo tiene en este sitio, ¿necesito acaso decírselo?

Simón reflexionó, y replicó:

—Esta tapia pertenece a una casa donde vive una sola familia y hay una sola mujer.

—En esta casa están esta noche más de cuarenta mujeres —contestó el primo de Teresa—. Si usted espera a una, yo puedo esperar a otra.

—¿Y quién es usted? —replicó con arrogancia el hijo del corregidor.

—No conozco a la persona que me interroga, ni quiero conocerla. Quedémonos cada uno con nuestro incógnito. Buenas noches.

Baltasar Coutinho retrocedió, diciendo para sí: «¿Qué puede valer una espada contra dos hombres y dos pistolas?».

Simón montó a caballo y volvió a casa del hospitalario herrador.

El sobrino de Tadeo de Albuquerque entró en la sala sin denunciar la menor

alteración en su fisonomía. Vio que Teresa le observaba a hurtadillas, y supo disimular de modo que llegó a tranquilizarla. La pobre joven, cansada de emociones, vio con gusto levantarse a la primera familia que se retiró y dio la señal de partida a las demás, con excepción del señor de Castro Daire y sus hermanas, que quedaron hospedados en casa de su tío, con intención de pasar ocho días en Viseu.

Pasó Teresa en vela el resto de la noche, escribiendo a Simón minuciosamente la historia de sus angustias, y pidiéndole perdón por no advertirle que había baile en su casa, por haberse vuelto loca de alegría con la noticia de su venida. En cuanto al plan de verse en la noche siguiente, nada se alteraba en la carta. Esto sorprendió al estudiante. En su opinión, el bulto desconocido era Baltasar Coutinho, y el padre debía quedar enterado de todo aquella misma noche.

Le respondió contándole la aventura con el desconocido; pero temiendo después que con ello se malograra la entrevista, le escribió una nueva carta en la que no se traslucía temor alguno de ser atacado, y ni siquiera recelo de poner en peligro la buena fama de ella. A Simón le pareció que ésta era la manera más digna de conducirse un amante valeroso.

Pasó el estudiante aquel día contando sus largas horas y meditando algunas veces sobre los funestos resultados que podía tener la aventura, si aquel hombre era Baltasar Coutinho, que había guardado, para mejor ocasión, el vengarse de su insolente provocación. Pero en su fuero interno creía que pensar en tal cosa era más bien cobardía que prudencia.

El herrador tenía una hija, joven de veinticuatro años, de formas graciosas y de cara bella y melancólica. Notó Simón que frecuentemente fijaba en él sus ojos, y le preguntó el motivo de aquellas miradas tristes que le dirigía. Mariana se ruborizó, y sonriéndose con melancolía, le respondió:

—No sé bien lo que me dice el corazón respecto a usted. Creo que está a punto de sucederle alguna desgracia.

—No me diría usted eso —replicó Simón— sin tener algún antecedente.

—Algo sé —contestó ella.

—¿Lo ha contado el arriero?

—No, señor. Mi padre conoce al de usted y también le conoce a usted mismo; y hace poco que he oído decir a mi padre, hablando con el arriero, que es mi tío, que tenía sus razones para creer que le podía a usted pasar un contratiempo.

—¿Por qué?

—Por amor de una hidalga de Viseu, que tiene un primo en Castro Daire.

Simón se sorprendió de la publicidad de su secreto, y se disponía a enterarse de los pormenores del que hasta entonces había creído misterio entre dos familias, cuando el herrador Juan de la Cruz entró en la habitación en que tuvo lugar el diálogo antecedente. La joven, en cuanto oyó los pasos de su padre, salió rápidamente por la otra puerta.

—Con su permiso —dijo el maestro Juan.

Y diciendo esto cerró por dentro ambas puertas, y se sentó sobre un arcón.

—Vamos a ver, señor hidalgo —dijo bajándose la remangada camisa y abrochándose con dificultad los puños sobre sus gruesas muñecas como quien no ignora las exigencias de la etiqueta—, usted me dispensará que venga así en mangas de camisa pero no he encontrado la chaqueta...

—Está usted muy bien así, señor Juan —se apresuró a decirle el estudiante.

—Pues señor, yo le debo un favor a su padre de usted, y de los de órdago. Se armó aquí un día un buen belén por causa de una coz que un macho de un arriero le dio a una yegua que yo estaba herrando, y en tan mala hora, que le partió una pata por aquí, salva sea la parte.

Juan de la Cruz señaló en su pierna el lugar por donde se había fracturado la de la yegua, y continuó diciendo:

—Yo tenía en la mano el martillo, y sin poderme contener le di un trastazo en la cabeza al macho que lo tendí en tierra. El arriero de Carcáo, que era un valentón, echó mano a un trabuco que traía con la carga y, sin decir allá va eso, me hizo fuego. «¡Alma condenada!», le dije yo, «¿pues no has visto que tu macho me ha estropeado esta yegua que le costó veinte piezas de oro a su dueño y me tiras un tiro sólo por haberte aturrido al macho?».

—¿Y le acertó a usted el tiro? —preguntó Simón al herrero.

—Sí, señor; pero no crea usted que me mató; me entraron dos postas aquí en el brazo izquierdo. Y yo, ya se ve, me entré en casa, me fui a la cabecera de la cama, cogí la escopeta y se la descargué en medio del pecho. El arriero cayó como un tordo y sin decir esta boca es mía. Fui preso y me llevaron a Viseu, donde estaba hacía tres años, cuando el padre de usted vino de corregidor. Mucha gente andaba trabajando contra mí, y todos me decían que al fin y al cabo iría a bailar en la horca. Había en la cárcel conmigo un preso cumpliendo sentencia, y me dijo que el señor corregidor era muy devoto de los Siete Dolores de Nuestra Señora. Un día que pasaba para misa, en compañía de su familia, yo le dije: «Señor corregidor, por los Siete Dolores de María Santísima, le pido que me haga comparecer ante usía para que pueda yo explicarle cómo fue el motivo por el que estoy preso». Su padre de usted llamó al alguacil y le mandó que apuntase mi nombre. Al día siguiente comparecí ante el señor corregidor, y le conté la verdad de lo ocurrido, enseñándole las cicatrices del brazo. Su padre me oyó y me dijo: «Vaya, vete, que yo haré lo que se pueda». El caso es, hidalgo, que yo salí absuelto, cuando mucha gente decía que me habían de ahorcar. Haga el favor de decirme si yo no debo poner mi boca donde su padre ponga los pies.

—Sin duda alguna tiene usted motivos, señor Juan, para estarle agradecido.

—Ahora oiga el resto. Antes de ser herrador, he sido lacayo en casa del señor de Castro Daire, don Baltasar Coutinho. ¿Lo conoce usted? ¡Ya lo creo que lo conoce...!
—Lo conozco de nombre.

—Él fue quien me adelantó diez monedas de oro para establecerme; pero, gracias a Dios, ya se las he pagado. Hará unos seis meses que me mandó llamar a Viseu, y

me dijo que me daría treinta piezas si yo le hacía un servicio. «Lo que usted mande, hidalgo», le dije yo; y él me contestó que lo que quería es que despachase a un sujeto al otro barrio. Esto me hizo así un rebullicio acá por dentro; porque, a decir verdad, un hombre que mata a otro en un apuro, no es para tratarlo como a un asesino de oficio, ¿no es así?

—Seguramente —respondió Simón, adivinando el fin del cuento—; ¿y quién era el sujeto a quien quería despachar?

—Era usted... ¡Demonios! —dijo el herrador sorprendido—. ¡Ni siquiera ha mudado usted de color!

—Yo no me altero por nada, señor Juan —repuso el estudiante.

—¡Estoy pasmado!

—Usted, por lo que veo, no quiso encargarse del negocio —añadió Simón.

—¡Yo, ca, no señor! Si cuando me dijo de quién se trataba, lo que yo hubiera querido era estamparle los sesos contra una esquina.

—¿Y él no le dijo el motivo por el que me quería matar?

—No, señor; ya verá usted. A la semana siguiente, cuando supe que don Baltasar (¡así le parta un rayo!) se había marchado de Viseu, fui a hablar con el señor corregidor y le conté todo lo que pasaba. El señor corregidor se paró a pensar un rato y me dijo, y usted me ha de perdonar que le repita, sin quitarle una letra, lo que me dijo su padre.

—Sí, hombre, adelante.

—Su padre empezó a refregarse la nariz, y me dijo: «Yo bien sé de qué se trata. Si aquel tunante de mi hijo Simón tuviese vergüenza, no miraría siquiera a la cara a la prima de ese asesino. ¡Cree el muy canalla que yo consentiría que mi hijo se casara con una hija de Tadeo de Albuquerque...!». Aún me añadió algo más que no recuerdo, pero con lo dicho quedé enterado. Pues bien: esto es lo que hubo. Ahora usted se me ha presentado aquí, y anoche se fue a Viseu. Perdone la confianza; yo supe que iba usted a ver a la tal joven, y estuve con tentaciones de acompañarle; pero como iba mi cuñado, que es hombre para tres, quedé tranquilo. Ya me ha contado el encuentro que tuvo usted a la puerta del jardín de la joven. Si vuelve allá, le aconsejo que vaya preparado para algo más gordo. Ya yo sé que usted no le tiene miedo a nadie, pero de una traición nadie se libra. Si quiere usted que le acompañe, no tiene más que mandar; la escopeta con que despaché al arriero aún está en casa, y como dijo el otro, despabila a un hombre en menos de lo que se persigna un fraile loco. Pero si usted me permite que le diga mi sentir, es mejor no meterse en esos berenjenales. Si quiere usted casarse con ella, pídale permiso a su padre, y deje lo demás por mi cuenta, que si ella quiere, yo en un abrir y cerrar de ojos me la echo a ancas de un potro de primera, que tengo ahí, como quien dice oyendo la conversación, y el padre y el primo se quedan con un palmo de narices.

—Muchas gracias, amigo mío —respondió Simón—, aprovecharé sus ofrecimientos cuando llegue el caso. Esta noche necesito, lo mismo que ayer, ir a

Viseu. Si hay alguna novedad, entonces veremos lo que se ha de hacer. De todos modos, cuento con usted, como con un amigo.

El maestro Juan de la Cruz no replicó. De allí se fue a examinar detenidamente el estado de su escopeta y a ponerse de acuerdo con su cuñado sobre ciertas precauciones necesarias. Mientras hablaban descargó su arma y la cargó de nuevo con unas postas especiales que él solía llamar almendras de valentones.

En este intervalo, Mariana, la hija del herrador, entró en la habitación y dijo con dulzura a Simón:

—¿Conque está usted decidido a ir?

—Sí, voy; ¿por qué no había de ir?

—Pues entonces que la Virgen Santísima le acompañe —le respondió ella, y salió en seguida para ocultar sus lágrimas.

CAPÍTULO VI

AQUEL mismo día, a las diez y media de la noche, tres embozados, viniendo de distintas direcciones, se reunieron en la callejuela poco frecuentada a que daba la puerta del jardín de Tadeo de Albuquerque. Se detuvieron algunos minutos como para ponerse de acuerdo.

De los tres había uno cuyas palabras eran oídas en silencio y sin réplica por los otros. Dirigiéndose a uno, le decía:

—No conviene que estés cerca de la puerta. Si aparece aquí el cadáver, las sospechas recaerían sobre mí o sobre mi tío. Poneos a distancia uno de otro y estad atentos a oír las pisadas del caballo. En seguida apretáis el paso de modo que podáis dispararle lejos de aquí.

—Pero —interrumpió el otro—, ¿quién nos dice que si ayer vino a caballo hoy no puede venir a pie?

—¡Es verdad! —dijo el otro.

—Si viene a pie, yo os avisaré para que lo sigáis después hasta cogerlo a tiro, pero lejos de aquí, ¿entendéis? —dijo Baltasar Coutinho.

—Sí, señor; pero ¿si él sale de la casa o entra sin darnos tiempo?

—Tengo la seguridad de que no está aún en la casa, ya os lo he dicho. Basta de hablaturías. Iros a apostar detrás de la iglesia, y ojo alerta.

El grupo se dispersó, y Baltasar permaneció algunos momentos recostado contra la pared del jardín. Dieron las once menos cuarto.

El señor de Castro Daire aplicó el oído a la puerta y se retiró apresuradamente al escuchar el ligero rumor que producían las hojas secas holladas por los pies de Teresa.

Apenas Baltasar, enteramente pegado a la pared, había desaparecido, otro bulto asomó del lado opuesto y se adelantó rápidamente. No se detuvo, sino al revés, se dirigió a todos los puntos en que las sombras podían ocultar a un hombre. Dio vuelta a la iglesia, que estaba a unos doscientos pasos de distancia, y halló a los dos embozados que estaban colocados en el ángulo formado por la capilla mayor y protegidos por la sombra de la torre. Mirólos de reojo, y cayó en sospecha: no los conocía; pero en cuanto pasó, uno de ellos dijo al otro en voz baja:

—¡Es Juan de la Cruz, el herrador, o el diablo en su lugar...!

—¿Qué vendrá a hacer por aquí a estas horas?

—¡Qué sé yo!

—¿No te parece que tal vez andará metido en este lío?

—¡Qué cosas tienes! Si acaso, sería para ayudarnos. ¿Tú no sabes que ha estado en casa del amo?

—¡Toma!, y sé también que se estableció con dinero que le adelantó el señor. — Entonces, ¿qué miedo tienes?

—No tengo miedo, pero también me acuerdo que fue el corregidor quien lo libró de la horca.

—Eso no le hace. El corregidor no se mete en este asunto, y ni siquiera sabe que su hijo ha venido.

—Puede ser, pero a mí esto no me gusta... Juan es un hombre de mil demonios.

—Sea lo que fuere, lo mismo se le encaja una bala en el cuerpo que a cualquier cristiano.

La conversación siguió con estas y otras conjeturas. De todo cuanto habían dicho, sólo una cosa había cierta: ser el desconocido Juan de la Cruz, el herrador.

Había éste andado trescientos pasos, cuando los criados de Baltasar oyeron el lejano rumor del trote de un caballo. Al tiempo que ellos salían de su escondrijo, Juan de la Cruz se adelantó al frente del jinete. Simón montó las pistolas, y el arriero su escopeta.

—No hay novedad —dijo el herrador—; pero sepa usted que a estas horas podía estar ya derribado del potro y con cuatro postas en el cuerpo.

El arriero reconoció a su cuñado.

—¡Hola!, ¿eres tú, Juan? —le dijo.

—Sí, hombre; he llegado antes que tú.

Simón alargó la mano al herrador, y le dijo conmovido:

—Deme usted esa mano; quiero estrechar con la mía la de un hombre honrado.

—En las ocasiones se conocen los hombres —respondió el herrador—. Vamos a lo que importa; no tenemos tiempo para muchas conversaciones. A usted le tienen preparada una emboscada.

—¿De veras? —dijo Simón.

—Detrás de la iglesia están dos hombres, que no he podido conocer; pero juraría que deben ser criados de don Baltasar. Apéese usted, que va a haber danza. Yo ya le dije a usted que no viniera; pero no quiso hacerme caso, y ahora no hay más que seguir adelante, y no volver la espalda.

—Mire que yo no sé lo que es miedo, maestro Juan —contestó el hijo del corregidor.

—Toma, ya lo sé, y ahora lo veremos, que el enemigo estará pronto a la vista.

Simón se apeó; el herrador cogió el caballo por las riendas y, retrocediendo algunos pasos, fue a atarlo a la argolla que había en la pared de una posada.

Volvió y dijo a Simón que le siguiese a él y a su cuñado a distancia de unos veinte pasos, y que si los veía pararse cerca del jardín de Albuquerque, no pasara del punto donde los viese.

El estudiante quiso protestar contra un plan que lo humillaba, protegiéndolo con la defensa de dos hombres; pero el herrador no admitió objeciones.

—Haga lo que le digo, hidalgo —le dijo con energía.

Juan de la Cruz y su cuñado, reconociendo todas las esquinas, llegaron enfrente del jardín de Teresa y vieron desaparecer un bulto en el ángulo de la pared.

—Vamos a ellos —dijo el herrador—, que se han corrido al atrio de la iglesia, y entretanto, usted llega a la puerta del jardín y entra; luego volveremos para ampararle a la salida.

Con este fin apresuraron el paso, y Simón se dirigió hacia la puerta con las pistolas montadas.

Enfrente de la pared del jardín de Teresa se levantaba una especie de terraplén de cascote, con rápida pendiente que daba acceso a una alameda sombría.

Los dos criados de Baltasar, cuando dejaron de oír las pisadas del caballo, se acordaron de las órdenes de su amo para el caso en que Simón viniese a pie. Buscaron lugar a propósito para vigilar su salida, y entraban en la alameda cuando Simón llegó a la puerta del jardín.

—Ahora ya lo tenemos seguro —dijo uno.

—Si no se queda dentro —respondió el otro, viéndole entrar y cerrar la puerta.

—Pero ¿no ves que por ahí vienen dos hombres? —dijo el más receloso, dirigiendo sus miradas a la otra entrada de la alameda.

—Y flechados a nosotros. Monta la escopeta.

—Vale más largarnos. A quien esperamos no es a ellos. Anda, vente.

Y sin esperar a convencer a su compañero, se deslizó por la pendiente rápida del terraplén. El más intrépido tuvo también la prudencia propia de los asesinos pagados, y siguió al acobardado, dándole la razón al oír detrás de sí las rápidas pisadas de sus perseguidores. Salióles al encuentro su amo, cuando doblaron la esquina del jardín, y les dijo:

—¿Por qué huís, cobardones?

Los dos se pararon avergonzados y montaron sus trabucos.

Juan de la Cruz y el arriero llegaban en este momento, y Baltasar, dirigiéndose a ellos, les gritó:

—¡Alto!

El herrero dijo a su cuñado:

—Habla tú, que no quiero que me conozca.

—¿Quién nos da el alto? —dijo el arriero.

—Son tres escopetas —respondió Baltasar.

—Mira a ver si los entretienes para dar tiempo a que salga el hidalgo —dijo Juan de la Cruz al oído del arriero.

—Vaya, ya nos hemos parado —dijo el servidor de Simón—. ¿Qué es lo que se ofrece?

—Quiero saber qué es lo que tenéis que hacer por estos sitios.

—¿Y ustedes qué están haciendo?

—No admito preguntas —dijo Baltasar, aventurando algunos pasos vacilantes hacia adelante—. Quiero saber quién sois.

El tío Juan dijo al oído a su cuñado:

—Dile que, si da un paso más, lo dejas seco.

El arriero repitió la intimidación, y Baltasar se paró.

Uno de los criados le llamó entonces aparte para decirle que, de aquellos dos hombres, el que no hablaba debía ser Juan de la Cruz.

El caballero dudó y quiso ponerlo en claro; pero el herrador había oído las palabras del criado y dijo a su cuñado:

—Vámonos, que me han conocido.

Diciendo esto volvió la espalda y se alejó a lo largo de la pared del jardín. Los criados de Baltasar, ufanos de la retirada, como si ya fuera derrota segura, apresuraron el paso, detrás de los supuestos fugitivos. Baltasar les dijo que no los siguiesen; pero ellos, poco antes tan cobardes, querían tomar el desquite, corriendo detrás del enemigo tanto cuanto éste les había hecho huir.

Simón Botelho oyó unas pisadas ligeras, y compelido por la alarma de Teresa abrió la puerta del jardín, sin saber aún de quién eran los pasos. Juan de la Cruz, con aire de broma y cuando ya se alcanzaba a ver a los perseguidores, dijo al estudiante que, si estaba ajustado ya el casamiento, no había que perder más tiempo en requilorios.

Simón comprendió el aviso, apretó febrilmente la mano de Teresa y salió. Aún deseaba dirigirse a reconocer a los dos hombres que se habían parado a cierta distancia; pero Juan de la Cruz, con el tono imperioso de quien no admite contradicción, le dijo:

—Váyase por donde ha venido, y no mire hacia atrás.

Simón se alejó hasta el sitio en que había quedado el caballo, montó en él y esperó a sus dos atrevidos compañeros, que le seguían a paso lento. Les había sorprendido la súbita desaparición de los dos criados de Baltasar, y temían que hubiesen ido a emboscarse en el camino, ya fuera de la población. El herrador conocía el atajo que podía conducir a los dos asesinos al camino, y reveló sus temores a Simón, diciéndole que saliese a galope tendido, que él y su cuñado ya irían a parar a casa. El estudiante recibió con desagrado la advertencia, rogándoles que no le tuvieran en tan poca cuenta; y refrenó intencionalmente su caballo, para no obligarles a apresurar el paso.

—Vaya usted como quiera —dijo el maestro Juan—, que lo que es nosotros vamos a echarnos por fuera del camino.

Se dirigieron cuesta arriba por un olivar, y bajaron después encubriéndose entre altas matas de retama, para seguir pegados a una tapia paralela al camino.

—El atajo sigue por ahí, donde la sierra hace aquel recodo —dijo el herrador a su cuñado—; por allí han de pasar, si es que ya no han pasado. El camino real va por la quiebra de aquel otero. Es allí desde donde van a hacer fuego, encubiertos por el matorral. ¡No te duermas!

Y apresurando el paso llegaron a un vallado, donde oyeron las pisadas de los dos hombres a quienes seguían, que en aquel momento atravesaban por el paso de una zanja.

—Ya no llegamos a tiempo —dijo apurado Juan de la Cruz—; los hombres van a dispararle, porque el caballo viene aún muy atrás.

Y corrían ya sin temor a ser vistos, porque los otros habían doblado el otero a cuyo pie corría el camino.

—Le van a hacer fuego ahora —repitió el herrador.

—Podemos gritar al hidalgo que no pase adelante.

—Ya no es tiempo... Pero, muerto él o vivo, lo que es esos picaros no escapan de caer en mis manos.

Habían pasado ya el puentecillo y subían la ladera, cuando oyeron dos detonaciones.

—¡Arriba! —exclamó Juan de la Cruz—, no vayan a meterse por el camino, si han matado al hidalgo.

Habían vencido el llano, sofocados e inquietos, con las escopetas montadas.

Los criados de Baltasar, según la conjetura del herrador, retrocedían por el atajo, suponiendo que los compañeros de Simón habían pasado adelante explorando el camino o, por el contrario, se habían retrasado.

—¡Ahí vienen! —dijo el arriero.

—Pues aquí los esperamos —respondió el herrador, sentándose a cubierto de un matorral—. Siéntate tú también, que ya no necesitamos correr más.

Los asesinos, a diez pasos, vieron levantarse los dos bultos, y cada uno huyó por su lado, uno saltando a una viña labrada y el otro echándose entre las matas.

—¡Tira al de la izquierda! —dijo Juan de la Cruz.

Las dos detonaciones fueron simultáneas. El tiro del herrador tendió sin vida a uno de los asesinos. Las postas del arriero no alcanzaron al otro entre las breñas en que se había metido.

En este momento apareció Simón en lo alto del repecho, desde donde le habían hecho fuego.

—¿Es usted, hidalgo? —gritó el herrador.

—Sí, soy yo.

—Vaya, ¿conque no lo han despachado?

—Creo que no —respondió Simón.

—Este animal ha dejado escapar el pájaro —añadió Juan de la Cruz—; pero lo que es el mío ha estirado la pata en la viña. Voy a verle la jeta.

El herrador se dirigió al sitio donde había caído el hombre, e inclinándose sobre el cadáver dijo:

—¡Alma de cántaro!, si yo hubiera tenido dos escopetas no habrías ido solo al infierno.

—Hombre, ven acá —gritó el arriero—, deja a ese demonio, que el hidalgo está herido en un hombro. Vamos, rápido, que se está desangrando.

—Yo vi dos cabezas que me estaban atisbando desde encima del ribazo y creí que eran ustedes —dijo Simón, mientras el herrador, con la destreza de un hábil cirujano,

le vendaba con los pañuelos el brazo herido—. Paré el caballo y dije: «¡Hola!, ¿hay novedad?». En cuanto vi que no me contestaban, eché pie a tierra; pero cuando aún tenía el pie en el estribo, me hicieron fuego. Quise atravesar el matorral, pero no pude romper la maleza y tuve que dar una gran vuelta para hallar la subida; entonces fue cuando noté que estaba herido.

—Esto es un arañazo —dijo Juan de la Cruz—. ¡Mire usted que yo entiendo de eso, hidalgo! Estoy acostumbrado a curar heridas.

—¿A los burros, maestro Juan? —dijo el herido sonriéndose.

—Y a los cristianos también, hidalgo.

Sepa usted que en Portugal hubo un rey que, según cuentan, no quería más médico que un albéitar. Yo le enseñaré mi cuerpo, que está como una criba de heridas, y nunca me ha visto un cirujano. Con cerote y vinagre soy yo capaz de resucitar a aquel condenado que está allí tendido, oyendo la conversación.

En esto se oyó un leve rumor entre las ramas de unos árboles, hacia el sitio donde había saltado el compañero del muerto.

Juan de la Cruz, como perro de buen olfato, alargó la oreja y dijo entre dientes:

—¿Quieres ver cómo se arma? ¿A que el otro está todavía por ahí temblando de miedo?

El rumor continuó, y una bandada de pájaros salió con algazara de entre la maleza.

—Ahí le tenemos —dijo el herrador—. Don Simón, deme usted una de esas pistolas.

Corrió hacia el sitio indicado el maestro Juan, y se oyó en el matorral un nuevo rumor de ramas quebradas.

—Va abriéndose camino como un cochino de monte —exclamó el herrador—. ¡Cuñado, tira unas cuantas piedras a la maleza; quiero ver salir al jabalí de su guarida!

Al otro lado del matorral había un campo cultivado. Simón, dando la vuelta, consiguió llegar hasta él.

—Cuidado —gritó Simón al herrador—, no me vaya usted a tirar a mí.

—¡Pues qué! ¿Ya está usted ahí, señor? Entonces ya está encerrado el bicho en la madriguera. Yo voy a hacer de hurón. Si éste se nos escapa, bien se puede decir que no hay nada seguro en este mundo.

No se engañaban. El criado de Baltasar Coutinho, al tirarse entre las breñas, se dislocó una pierna por la rodilla y cayó aturdido. Al volver en sí, pasado el atolondramiento de la caída, se arrastró lentamente hasta un grupo de árboles silvestres en que estaban posados unos pájaros. Cuando se levantó la bandada, nuestro hombre retrocedió hasta los matorrales, creyéndose allí bien oculto; pero el arriero empezó a tirar enormes piedras en todas direcciones, y algunas acertaban mejor que las balas de su escopeta. Juan de la Cruz sacó del bolsillo de su chaqueta una podadera y empezó a cortar la maleza que se enmarañaba alrededor del

escondrijo. Pero cansado al fin, por lo poco que le lucía su trabajo, que a aquel paso podía dar para rato, dijo al arriero:

—Saca la yesca y el pedernal, y tráeme de ahí un poco de rastrojo seco, que vamos a pegar fuego al matorral, a ver si asamos a ese tunante.

El perseguido, al oír esto, con el peligro sacó fuerzas de flaqueza, y en cuatro saltos se plantó en el campo de rastrojo, donde el arriero estaba recogiendo paja y Simón esperaba el desenlace de aquella especie de montería. Corrieron a un tiempo sobre él el arriero y el estudiante. Viendo que le alcanzaban, el fugitivo se puso de rodillas y juntando las manos pidió perdón, diciendo que era su amo quien le había obligado a meterse en aquellos trabajos. Ya el arriero le iba a dar un culatazo en el pecho con su escopeta, cuando Simón le detuvo el brazo.

—¡No se pega así a un hombre arrodillado! —dijo el joven—; ¡levántate, muchacho!

—No puedo, señor. Tengo una pierna rota, y me he quedado lisiado para toda mi vida. En esto llegó el herrador y exclamó:

—¿Qué, aún está vivo ese tunante?

Y se echó sobre él con la podadera.

—No le mate, señor Juan —dijo el estudiante.

—¡Que no le mate! ¡Hombre, pues me gusta la ocurrencia! ¡Vaya, conque usted quiere pagarme con la horca el favor de acompañarle!

—¿Con la horca? —dijo Simón.

—¡De seguro! ¿Quiere usted dejarle para que vaya a contar el cuento? ¿Le gusta a usted el lance? Usted, como es hijo del juez, no le da cuidado; pero yo, que soy herrador, esta vez podía tener por seguro la sogá al pescuezo. No me acomoda ese arreglo. Déjeme usted despachar mis cuentas con este tunante.

—No le mate usted, señor Juan; déjele usted irse en paz, se lo ruego. Un testigo no nos puede hacer daño.

—¡Cómo! —replicó el herrador—, usted entenderá mucho de otras cosas; pero de estos negocios no sabe ni jota, y perdone usted mi atrevimiento. Basta un solo testigo para poner en autos a la justicia. Un testigo presencial y cuatro de oídas, con el señor de Castro Daire bullendo en el asunto, sería la horca segura, como dos y dos son cuatro.

—Yo no diré nada; no me maten ustedes, que ni volveré a aparecer por Castro Daire —exclamó el criado de Baltasar.

—Déjele usted, Juan de la Cruz... ¡Vámonos!

—¡Eso es! —replicó el herrador—. ¡Llámeme usted por mi nombre, para que este canalla quede sabiendo a ciencia cierta que soy Juan de Cruz! ¡Vaya, que no sé qué pensar de usted, queriendo dejar sano y salvo a un condenado que le ha descerrajado un tiro para matarle!

—Bueno, sí, tiene usted razón; pero yo no sé ensañarme con miserables que ya no resisten.

—Y si él le hubiese matado, ¿le dejaba sin castigo? Respóndame a esto.

—¡Vámonos —replicó Simón—, dejemos en paz a ese miserable!

El maestro Juan permaneció algunos momentos pensativo, y rascándose la cabeza, al fin murmuró entre dientes y en tono de disgusto:

—Bueno, vámonos... Quien perdona a su enemigo, a sus manos viene a morir.

Habían ya abandonado el lugar de esta escena y bajaban hacia el camino, cuando el herrador exclamó:

—¡Caramba!, que me he dejado la escopeta allí. Vayan ustedes andando que yo los alcanzaré.

De allí a poco, Simón oyó unos gritos y supuso de qué se trataba.

—Juan está arreglando las cuentas —dijo el arriero—. Déjelo usted, que él es hombre que sabe lo que se hace.

Juan de la Cruz los alcanzó de allí a poco, y venía limpiando con unas yerbas la podadera, toda ensangrentada.

—¡Es usted cruel, señor Juan! —dijo el estudiante.

—No soy cruel —dijo el herrador—, está usted muy equivocado; ya sabe usted lo que dice el refrán: morir por morir, que muera mi padre que es más viejo. Tanto da matar uno como dos. Cuando se está con las manos en la masa, lo mismo es amasar una hogaza que tres. Los negocios deben concluirse por completo o no meterse en ellos. Ahora ya llevo la conciencia tranquila. La justicia que lo pruebe si quiere, pero no ha de ser porque le lleve el soplo ninguno de los dos a quienes he despachado de regalo al demonio.

Simón se horrorizó por un momento de la ferocidad del herrador, y se arrepintió de haberse unido a tal hombre.

CAPÍTULO VII

LA herida de Simón era demasiado seria para que pudiese aliviarse prontamente con el plan curativo del herrador y los recursos de su ciencia de albéitar. La bala le había rozado la parte muscular del brazo izquierdo, y algún vaso importante habría tocado, cuando no bastaban vendas para restañarle la sangre. A las pocas horas de herido le sobrevino la fiebre, y el estudiante tuvo que acostarse, entregándose a los cuidados del herrador. El arriero volvió a Coímbra con encargo de esparcir la noticia de que Simón Botelho se había quedado en Oporto.

Más que los dolores y el temor de la amputación, atormentaba al enfermo el ansia de tener noticias de Teresa.

Juan de la Cruz estaba sobre aviso y en guardia contra los procedimientos judiciales que pudieran intentarse. Las personas que venían de feriar en la ciudad contaban todas que habían aparecido dos cadáveres junto al camino, y que resultaban ser los muertos criados de un caballero de Castro Daire. Nadie, sin embargo, había oído hasta entonces imputar el asesinato a determinada persona.

Una tarde recibió Simón la siguiente carta de Teresa:

«Dios habrá permitido que llegases a salvo a casa de esa pobre gente. Yo no sé bien lo que sucede, pero hay un misterio aquí que no puedo descifrar. Mi padre ha pasado toda la mañana encerrado en su cuarto con mi primo, y a mí no me deja salir de mi cuarto. Me ha mandado quitar el tintero; pero felizmente yo me había provisto de otro. La Virgen Santísima ha querido que la pobre viniese a pedir limosna bajo la ventana de mi cuarto; a no ser por esto, yo ni tenía manera de avisarle para que viniese a recoger esta carta. No sé bien lo que me ha dicho. Me ha hablado de unos criados muertos; pero no he podido entenderla a punto fijo... Tu hermana Rita me está haciendo señas detrás de los cristales de tu cuarto...

»Me dice tu hermana que eran criados de mi primo los que han aparecido muertos junto al camino. Ahora ya lo entiendo todo. Iba a decirle que estás aquí; pero no me dieron tiempo.

»Mi padre de hora en hora viene a dar unos cuantos paseos por el corredor y le oigo lanzar imprecaciones y hondos suspiros.

»Querido Simón mío, ¿qué será de ti a estas horas? ¿Estarás herido? ¿Seré yo la causa de tu muerte? Dime lo que pasa. Yo ya no pido a Dios sino tu vida. Huye de aquí; vuelve a Coímbra y espera a que con el tiempo mejore nuestra posición. Ten fe en esta desgraciada, que es digna de tu cariño... Vuelve la mendiga, no quiero que espere. Le pregunto si se dice algo de ti, y me responde que no. Dios lo quiera».

Simón respondió tratando de tranquilizar el ánimo de Teresa. De su herida se ocupaba tan ligeramente que daba a entender que no le había obligado ni siquiera a guardar cama. Le prometía volver a Coímbra tan pronto como pudiera verificarlo, sin recelo de dejarla en una situación crítica. Le pedía que le llamase cuando llegara el

caso, de realizarse las amenazas de meterla en un convento.

Entretanto Baltasar Coutinho, llamado ante las autoridades judiciales para declarar en la sumaria instruida, dijo que efectivamente los dos hombres hallados muertos eran criados suyos, que le habían acompañado a él y a su familia desde Castro Daire. Añadió que no le constaba que tuvieran enemigos en Viseu, ni podía alegar contra nadie la menor prueba o indicio.

Los habitantes de los alrededores del sitio donde se habían encontrado los dos cadáveres sólo declararon que a altas horas de la noche habían oído dos tiros a un tiempo, y otro poco después; uno sólo añadía una cosa que poco más podía servir para esclarecer a la justicia, y era que las matas alrededor del sitio de la ocurrencia aparecían holladas en parte, y en parte empezadas a talar. En tal oscuridad la justicia no podía adelantar ni un paso.

Tadeo de Albuquerque era cómplice en la tentativa de asesinato contra Simón Botelho. Él fue quien discurrió este golpe de mano, cuando su sobrino le descubrió la verdadera causa de las frecuentes salidas de Teresa en la noche del baile. Tanto al uno como al otro convenía evitar todo indicio que pudiera envolverlos en el misterio de aquellas dos muertes. Los dos criados no valían la pena de una venganza que implicase el desdoro de sus amos. No podían presentar pruebas contra Simón Botelho, y a aquella hora ya le suponían camino de Coímbra o refugiado en casa de su padre. Les quedaba aún la esperanza de que hubiese sido herido, yendo a morir lejos del sitio de la emboscada.

En cuanto a Teresa, resolvió su padre encerrarla en un convento de Oporto, escogiendo el de Monchique, donde era superiora una parienta suya bastante próxima. Escribió a la abadesa para que preparase habitación, y a su procurador para solicitar las licencias eclesiásticas necesarias para la entrada. Sin embargo, temiendo el hidalgo algún acontecimiento inesperado que pudiera surgir mientras se obtenían estas licencias, determinó no tener a Teresa en casa y solicitó su entrada provisional en un convento de Viseu.

Acababa Teresa de leer y esconder en el pecho la respuesta de Simón Botelho, que la vieja le había puesto al oscurecer atada a un hilo que le tendió para este fin, cuando entró su padre al cuarto y le mandó vestirse. La joven obedeció, cogiendo la capa y el pañuelo.

—Vístete como quien eres, y acuérdate que aún llevas mi apellido —dijo con severidad el anciano.

—Yo creí que no era necesario más arreglo para salir de noche —contestó Teresa.

—¿Sabes tú acaso dónde vas?

—No lo sé... padre mío.

—Pues entonces vístete y no me hagas reflexiones.

—Pero padre mío, escúcheme usted un momento.

—Habla.

—Si su propósito es casarme con mi primo...

—¿Qué?

—No me casaré; antes moriré, y moriré contenta, pero no me caso.

—Tampoco él lo desea, porque eres indigna de Baltasar. Uno de mi sangre no acepta por esposa a una mujer que habla por las noches en el jardín con su amante. Vístete pronto, que vas a entrar en un convento.

—En seguida, padre mío. Eso es lo que deseo, y ya se lo he rogado.

—Basta de reflexiones. Dentro de un rato preséntate ya vestida. Tus primas te esperan para acompañarte.

Cuando se vio sola, Teresa se deshizo en lágrimas y quiso escribir a Simón. Pero a aquella hora, ¿quién le había de llevar la carta? Acudió al retablo de la Virgen, a quien había hecho confidente de su amor. De rodillas le rogó que la amparase, que diese fuerzas a Simón para resistir este golpe y guardarle la fe a través de todas las vicisitudes que se preparaban. Después se vistió, metiéndose en el pecho un paquete que contenía papel, tintero y pluma, y las cartas de Simón. Salió de su cuarto, volviendo los ojos arrasados en lágrimas al cuadro de la Virgen, y al encontrar a su padre le pidió permiso para llevar consigo aquella devota imagen.

—Allá te la enviaré. Si tuvieses tanta vergüenza como devoción, más feliz sería tu porvenir que el que te espera.

Una de sus primas, hermana de Baltasar, la llamó aparte, y le dijo en secreto:

—Hija, en tu mano está aún el poner remedio a todo esto.

—¿Qué remedio es ése? —preguntó Teresa con fingida ingenuidad.

—Di a tu padre que estás pronta a casarte con Baltasar.

—Baltasar no me quiere —replicó sonriendo.

—¿Quién te ha dicho eso, Teresita?

—Mi padre.

—No le hagas caso; si está desatinado con lo que te quiere. ¿Quieres que yo le hable? —¿Para qué?

—Para acabar así este disgusto de toda la casa.

—¡Te estás burlando, prima! Yo sólo sería tu cuñada si no tuviese corazón. Tu hermano tiene la seguridad de que yo amo a otro hombre. Querría vivir para él; pero si quieren que por él muera, bendeciré a todos mis verdugos. Puedes decirle esto a Baltasar, y díselo antes que se te olvide.

—¿Vamos? —dijo Tadeo.

—Estoy dispuesta, padre mío.

Se abrió la portería del monasterio. Teresa entró sin derramar una lágrima. Besó la mano de su padre, que no se atrevió a retirarla delante de las monjas. Abrazó a sus primas con aire risueño; y al cerrarse la puerta exclamó con gran sorpresa de las monjas:

—Ahora estoy más libre que nunca. La libertad del corazón es la mayor de todas.

Las monjas se miraron entre sí; como si el proferir la palabra «corazón» fuese una herejía, una blasfemia en la casa del Señor.

—¿Qué dice usted, hija mía? —preguntó la priora, mirándola por encima de los espejuelos y limpiándose con un pañuelo encarnado la destilación del rapé.

—Señora, yo he dicho que me encontraba aquí muy bien.

—No diga usted señora —interrumpió la escribana.

—Pues, ¿cómo he de decir?

—Diga usted «señora madre priora».

—Pues bueno, señora madre priora, decía yo que me encontraba aquí muy bien.

—Pues quien viene a estas casas de Dios no es para encontrarse bien —replicó la madre abadesa.

—¿No? —contestó Teresa con sincera sorpresa.

—Quien viene aquí, hija mía, ha de mortificar su espíritu y dejar allá fuera todas sus pasiones mundanas. Para eso está aquí nuestra madre maestra de novicias, a quien corresponde encaminarla y dirigirla.

Teresa no replicó; hizo un saludo respetuoso a la maestra de novicias y siguió el camino que la superiora le indicaba.

La madre priora entró en sus aposentos y dijo a Teresa que era su huésped mientras allí permaneciese, y le añadió que no sabía si su padre escogería aquel convento u otro.

—¿Qué importa que sea éste u otro? —dijo Teresa.

—Eso es según. Su padre de usted puede querer que profese en orden rica de benitas o bernardas.

—¡Profesar! —exclamó Teresa—. Yo no quiero ser monja ni aquí ni en otra parte. —Usted será lo que su padre desee.

—¿Monja? A eso no puede nadie obligarme —replicó Teresa.

—Así es —contestó la superiora—, pero como usted tiene que pasar el noviciado de un año, con ello le sobra para acostumbrarse a esta vida, y ya verá que no hay otra más descansada para el cuerpo, ni más saludable para el alma.

—Pero madre abadesa —replicó Teresa sonriendo, como si la ironía le fuese natural—, ¿no ha dicho usted antes que a estas casas nadie viene para encontrarse bien?

—Ésa es una manera de hablar, hija mía. Todas tenemos mortificaciones y obligaciones de coro y de otros servicios para los cuales no siempre está el espíritu bien dispuesto. Ésa es la cuestión. Pero en comparación de lo que pasa en el mundo, el convento es un paraíso. Aquí no hay pasiones, ni cuidados que quiten el sueño, ¡bendito sea el Señor! Vivimos unas con otras como Dios con los ángeles. Lo que una quiere, quieren las demás. Malas lenguas no ha de encontrar usted aquí, hija mía, ni intrigas, ni chismes de mujeres. En fin, Dios hará lo que fuere servido. Yo voy a la cocina a buscar la cena de usted, y vuelvo en seguida. Aquí la dejo con la señora madre organista, que es una paloma sin hiel, y con nuestra maestra de novicias, que mejor que yo sabe explicar lo que es la virtud en estas santas casas.

Apenas la superiora volvió la espalda, la organista, dirigiéndose a la maestra de

novicias, dijo:

—¡Qué farsantona!

—¡Y qué estúpida! —respondió la otra—. No se fíe usted, hija mía, de esta trapisondista, y procure usted que su padre la ponga al lado de otra de las madres que no sea la abadesa, porque es la mayor intrigante del convento. Después de haber cumplido los setenta, habla de las pasiones del mundo como quien las conoce por dentro y por fuera. Mientras fue joven, era la monja que más escándalos daba en la casa; ya vieja, era la más ridícula, porque aún pretendía amar y ser amada; ahora que está decrepita, anda siempre haciendo misiones y curando indigestiones.

Teresa, a pesar de su dolor, no pudo contener la risa, acordándose de la vida de Dios con los ángeles que allí llevaban las esposas del Señor, según decía la madre abadesa.

Poco después entró con la cena, y salieron las otras dos monjas.

—¿Qué le parecen a usted las dos religiosas que se han quedado acompañándola? —dijo a Teresa.

—Me han parecido muy bien, señora.

La vieja frunció los labios, y murmuró:

—¡Hum...! ¡Vaya, vaya! A decir verdad, no son de las peores; pero si fuesen mejores, no se perdía nada... Vamos a lo que importa, hija mía; aquí tiene usted un cuarto de gallina y un caldo que lo pueden comer los ángeles.

—Muchas gracias, yo no pienso tomar nada, señora —dijo Teresa.

—¡Qué disparate! ¿No va usted a tomar nada? Debe usted comer, sin comer nadie puede pasarse. ¡Pasiones...! Cargue con ellas el malo. ¡Las mujeres son siempre las engañadas, que ellos no tienen nada que perder! Yo por mí sé decir que hasta ahora, a Dios gracias, no sé lo que son pasiones; pero quien lleva cincuenta y cinco años de convento tiene mucha experiencia por lo que ve penar a tantas casquivanas. Y sin ir más lejos, estas dos que acaban de salir han pagado bien su tributo a las vanidades mundanas. Dios me perdone si peco. La organista tiene ya sus cuarenta cumpliditos y aún va al locutorio a derretirse con galanes; y la otra, a pesar de ser maestra de novicias, a falta de mejor que quiera serlo, si yo no la vigilase de cerca, me pervertiría a las muchachas.

Este edificante discurso de caridad fue interrumpido por la madre escribana, que venía escarbándose los dientes, a pedir a la superiora una copita de cierto vino estomacal con que todas noches la obsequiaba.

—Estaba yo diciendo a esta niña qué par de piezas son la organista y la maestra —dijo la superiora.

—¡Ya, ya! Buen par son. Ya se han ido a la celda de la portera. No será malo el sayo que le estén cortando a estas horas, hija mía, esas lenguas viperinas que no perdonan a nadie.

—Anda a ver si oyes, pichoncita —dijo la abadesa.

La escribana, satisfecha con el encargo, se deslizó en silencio a lo largo de las

celdas hasta pararse delante de una puerta, a través de la cual se oían ruidosas carcajadas.

Entretanto hablaba así la superiora a Teresa:

—Esta escribana no es mala mujer; sólo tiene el defecto de empinar el codo de manera que después no hay quien la aguante. Tiene una buena renta, pero se lo gasta todo en vino, y hay veces que entra en el coro haciendo unas eses que da pasión verla. No tiene otro defecto; es un alma sencilla y amiga de sus amigas. Verdad es que suele... —(Al decir esto la superiora salió a escuchar fuera, y al volver cerró la puerta)—. Verdad es que suele, cuando está bebida, decir despropósitos, y hasta descubrir los defectos de sus amigas. A mí ya me armó un chisme, diciendo que cuando salía del convento por temporada de tomar aires no iba sólo a eso, sino que andaba por ahí fuera haciendo lo que hacen otras. ¡Qué picardía! Si fuera otra quien lo dijese, vamos; pero ella, que tiene siempre unos galanes de mala vida que se ponen a beber con ella en el locutorio, es ya demasiado; pero, en fin, no hay nadie perfecto... Después de todo, es buena muchacha... Si no fuera por ese maldito vicio...

Al llegar a este punto la campana tocó a coro, y la venerable abadesa, después de beberse una segunda copa de vino estomacal, dijo a Teresa que la esperase un cuarto de hora, que iba al coro y que pronto volvería. A poco de haber salido la superiora, entró la escribana, a tiempo que Teresa, cubriéndose la cara con las manos, mentalmente exclamaba: «¡Qué convento, Dios mío! ¿Esto es un convento?».

—¿Está usted sola? —dijo la escribana.

—Sí, señora.

—Pues qué, ¿esa grosera se ha ido dejando a una acogida sola? ¡Cómo se le conoce que es hija de un hojalatero! Sin embargo, tiempo ha tenido de adquirir práctica del mundo, que ha andado por él suelta algo más de lo preciso. Yo debería irme al coro también; pero me quedaré para acompañar a usted, hija mía.

—Váyase usted, señora, que yo me quedo muy bien sola —dijo Teresa, con la esperanza de poder libremente desahogar su pena en el llanto.

—¡No faltaba más!, no voy... Se moriría usted de miedo sola; pero la superiora no debe tardar. Ella en pudiendo escurrirse del coro, no se queda allí mucho tiempo. Apuesto cualquier cosa a que le ha estado a usted hablando mal de mí.

—No señora, al contrario...

—Vamos, diga usted la verdad, hija mía. Yo sé que esta cigüeña vieja no habla bien de nadie. Para ella todas son libertinas y borrachas.

—No, señora; está usted equivocada; no me ha dicho nada de ninguna del convento.

—Aunque lo dijese, que lo diga. Ella el vino no lo bebe, sino se le sume por la boca: es una esponja viva. En cuanto a libertina, si me diesen a mí tantos miles de cruzados como amantes ha tenido, podía decir que estaba rica. Ni siquiera podría usted figurárselo, hija mía.

Y bebiéndose otra copa del vino de la superiora continuó:

—¡Qué figurárselo! Si es más vieja que un palmar. Cuando yo profesé ya parecía tan vieja como ahora, con corta diferencia. Ahora bien, yo soy monja hace veintiséis años, ¡calcule usted cuántas arrobas de rapé habrá absorbido por aquellas narizotas! Pues mire usted, me crea o no me crea, le he conocido más de una docena de chichisbeos, sin contar al padre capellán, que aún ahora es quien se encarga de proveerla de este vino, a nuestra costa por supuesto. Es una disipadora de las rentas de la casa. Yo, que soy la escribana, sé muy bien lo que ella roba. Mucho siento verla, hija mía, a cargo de esa hipócrita. No se deje engañar con sus farsas, pichoncita. Yo sé que su padre de usted le ha hablado, encargándole sobre todo que no la deje escribir ni recibir cartas; pero mire, hija mía, si quiere hacerlo, mi celda está a su disposición, y allí tiene tintero, papel y obleas. Si alguien quiere escribirle, puede dirigirle las cartas a mi nombre; me llamo Dionisia de la Inmaculada Concepción.

—Muchas gracias, señora —dijo Teresa animada con el ofrecimiento—. Si pudiera mandar un recado a una pobre que vive en el callejón de...

—Lo que usted quiera, hija mía. Yo lo mandaré en cuanto amanezca. Puede usted estar tranquila. No se fíe de nadie, sino de mí. Mire que la maestra de novicias y la organista son muy falsas. No les dé pie para nada que, en confiándose a ellas, está perdida. Ahí viene esa cócora... Hablemos de otra cosa...

Al acercarse la superiora, la escribana continuó de este modo:

—No hay nada más agradable que la vida de convento, sobre todo cuando hay la suerte de tener una superiora como la nuestra... ¡Ah! ¿Eras tú, pichona? ¡Mira si estuviese hablando mal de ti!

—Yo sé muy bien que tú nunca hablas mal de mí —dijo la priora dirigiendo un guiño a Teresa—; ahí está esa joven, que puede repetir lo que le he dicho de tus buenas cualidades.

—Pues lo que yo he dicho de ti —respondió sor Dionisia de la Inmaculada Concepción— no necesitas preguntarlo, porque felizmente has alcanzado a oír lo que estaba diciendo. ¡Ojalá se pudiera decir otro tanto de algunas que deshonran la casa y traen todo metido en un lío de intrigas, que es hasta un pecado!

—¿Pero no vas al coro, hija? —interrumpió la superiora.

—Ahora ya me parece tarde... Pero tú me absolverás de la falta, ¿no es verdad?

—Bueno, te absolveré; pero te doy por penitencia beber otra copita.

—¿Del estomacal?

—¡Claro...!

Sor Dionisia cumplió la penitencia, y se fue, según dijo, para dejar a la prelada hacer sus oraciones.

No ampliaremos esta muestra de la vida evangélica y ejemplar del convento, a donde Tadeo de Albuquerque había llevado a su hija a respirar el aire purísimo de los ángeles, mientras le preparaba en el monasterio de Monchique un crisol en que se depurase mejor de todos los sedimentos del vicio.

En aquellas primeras horas de vida conventual, el corazón de Teresa se llenó de amargura y repugnancia. Había oído hablar del claustro como de un refugio para la virtud, para la inocencia y para las esperanzas inmortales. Había leído algunas cartas de su tía, la superiora de Monchique, y por ellas la tenía en concepto de una santa. De aquellas mismas dominicas, en cuyo convento se hallaba, había oído decir a las señoras viejas y devotas de Viseu maravillas de virtud y de caridad, y hasta milagros. ¡Qué desengaño tan triste, y al mismo tiempo qué vehemente deseo de abandonar aquella mansión!

La cama de Teresa estaba en la misma celda de la superiora, pero en alcoba separada y con cortinas a la entrada.

La abadesa le dijo que se acostase cuando quisiera, y ella le preguntó si podría escribir a su padre. La monja respondió que lo haría al día siguiente, aun cuando el señor de Albuquerque lo había prohibido, añadiendo que se lo permitiría si estaba provista de tintero y papel.

Teresa se acostó, y la superiora, arrodillándose delante de su oratorio, empezó una corona a media voz. Si el murmullo de la oración hubiese incomodado a la acogida, no podía ser grande el motivo de queja, porque la devota monja, al segundo padrenuestro, daba tales cabezadas, que ya no atinó a decir la primera ave maría. Se levantó tambaleándose, hizo una reverencia a las imágenes del santuario, y se metió en la cama, empezando a roncar de allí a poco.

Teresa recorrió con cuidado las cortinas de su cuarto y sacó de entre su traje el tintero y papel.

La lámpara del oratorio dirigía un pálido reflejo sobre la silla donde Teresa había puesto sus vestidos. Se bajó de la cama y, arrodillada delante de la silla, se puso a escribir a Simón, contándole minuciosamente todos los sucesos del día. Así terminaba la carta:

«Nada temas por mí, Simón. Todos estos trabajos me parecen cortos si los comparo a lo que tú has padecido por amor de mí. La desgracia no abate mi firmeza, ni te debe desanimar en tus proyectos. Son sólo algunos días de borrasca, y nada más. Cualquiera nueva resolución que mi padre tome, te daré de ella aviso tan pronto como pueda. Siempre que te falten noticias mías, no debes creer sino que me es imposible dártelas. Quiéreme más aún desgraciada, porque me parece que los desgraciados son los que más necesitan cariño y consuelos. Voy a ver si puedo encontrar pasajero alivio en el sueño. ¡Qué triste es todo esto, querido Simón mío...! Adiós».

CAPÍTULO VIII

MARIANA, la hija de Juan de la Cruz, cuando vio a su padre levantar el vendaje del brazo de Simón, perdió el sentido. El herrador se rió estrepitosamente de la debilidad de la muchacha, y el estudiante extrañó tanta sensibilidad por parte de una mujer acostumbrada a curar las heridas que, como laureles, traía su padre a menudo de las ferias y romerías.

—Aún no hace un año que me hicieron tres brechas en la cabeza, cuando fui a Nuestra Señora de los Remedios a Lamego, y ella fue quien me afeitó el casco y me lo dejó como la palma de la mano —dijo el herrador—. Por lo que veo, la sangre del hidalgo dio vuelta al estómago de la muchacha... Pues estamos aviados. Yo tengo mis quehaceres, y hubiera querido que me cuidase al enfermo... ¿Quieres tú, o no quieres, muchacha? —dijo, dirigiéndose a su hija, que acababa de abrir los ojos y parecía como corrida de su debilidad.

—Sí, señor; con mucho gusto, si usted lo permite.

—Pues entonces, mira, en vez de irte a coser a la puerta, vente a la cabecera de don Simón. Dale caldos a menudo; cuida de la herida; vinagre y más vinagre cuando notes que se pone así un poco más oscura en los bordes. Háblale; no me le dejes cavilar mucho, ni escribir demasiado; que nada de eso es bueno cuando está débil la cabeza. Y usted no me vaya a andar con cumplidos, ni le diga a Mariana: «Hágame usted el favor de darme esto o aquello». Al revés: «¡Eh!, muchacha, tráeme un caldo; muchacha, lávame el brazo; tráeme una venda». Así, y nada de ceremonias. Aquí está para servirle a usted, como su criada, porque ya sabe usted que si no fuera por su padre, el señor corregidor, a estas horas estaría ella pidiendo limosna, o tal vez aún peor. Es verdad que yo podía dejarle alguna cosa de lo que he ganado ahí sudando en la bigornia, hace más de diez años, aparte de unos cuatrocientos mil reis que heredé de mi madre, que esté en gloria; pero usted sabe mejor que yo que si hubiera llegado el caso de ir a la horca o por esos mares, la justicia se hubiera presentado aquí y hubiera arramblado con todo, para el pago de las costas.

—Hombre, estando usted tan bien de intereses —dijo Simón—, podría, si quisiera, casarla con un labrador acomodado.

—Si ella quisiera, lo que es maridos no le faltarían, a Dios gracias; hasta un alferez de buena familia la quería, con tal que yo le diese todo lo que tengo, que no es mucho, pero ya serán sus cuatro mil cruzados largos de talle. Y el caso es que la muchacha no se ha querido casar, y yo, a decir verdad, como no tengo en el mundo más que a ella, no quisiera quedarme solo, y trabajo para mejorar su suerte como un negro. Si no fuera por ella, hidalgo, cuántos disparates habría ya hecho. Cuando voy a ferias y romerías, si la llevo conmigo, no hay novedad; pero si voy solo, de seguro armo jarana. Ya la muchacha conoce cuándo se me sube el vino a la cabeza, y entonces me coge por la chaqueta, y con buenos modos me saca fuera de la romería.

Si alguien me llama para echar otro trago, ella no me deja que vaya; y a mí me cae en gracia eso de obedecerla a la muchacha, que me lo pide por el alma de su madre. Porque mire usted, yo, cuando me mientan el alma de mí mujer, que era una santa, ya no sé lo que me pasa.

Mariana oía lo que su padre decía, escondiendo vergonzosa la cara entre los pliegues de su blanco delantal. Simón parecía recrearse en la sencillez de aquel cuadro rústico, pero sublime de poesía y naturalidad.

Llamaron a Juan de la Cruz para herrar un caballo, y se despidió en estos términos:

—Ya lo has oído, muchacha; ahí te entrego el enfermo; trátalo como quien es y como si fuese tu hermano o tu marido.

El rostro de Mariana se encendió súbitamente cuando aquella última palabra salió sencillamente, como todas, de la boca de su padre.

La joven permaneció recostada contra el dintel de la puerta de la alcoba de Simón.

—No ha sido mala calamidad la que le ha caído a usted encima, Mariana —dijo el estudiante—. La han convertido a usted en enfermera, privándola tal vez de ir a hacer su labor a la puerta de casa y hablar con las personas que pasen.

—¡A mí qué me importa eso! —respondió ella, sacudiendo el delantal y bajándose a su lugar con infantil gracia.

—Siéntese, Mariana; su padre así se lo ha encargado. Vaya a buscar su labor, y tráigame también una hoja de papel y un lápiz, que están en esa cartera.

—Usted también debe acordarse que mi padre me encargó antes que no le dejase escribir —replicó ella sonriendo.

—Siendo poco, no me hará daño. Voy sólo a poner cuatro palabras.

—Vea bien lo que hace —comentó Mariana, entregándole el papel y el lápiz—, no vaya a perderse una carta y se descubra algo.

—¿Qué hay que descubrir? ¿Usted sabe algo?

—¿Me cree usted acaso tonta? ¿No le he dicho ya que sabía que usted quiere a una joven hidalga de la ciudad?

—Sí, me acuerdo; pero eso, ¿qué relación tiene...?

—Ha sucedido lo que yo temía. Usted ha sido herido y todo el mundo habla ya de unos hombres que han aparecido muertos junto al camino.

—Y yo, ¿qué tengo que ver con esos hombres que han aparecido muertos?

—¿Para qué trata usted de disimular conmigo? Pues qué, ¿no sé yo que esos hombres eran criados del primo de la tal señorita? Cualquiera creería que usted no se fía de mí, cuando está guardando un secreto que yo quisiera ocultar aún mejor, para ahorrarles a usted y a mi padre los disgustos que tal vez van a tener.

—Tiene razón, Mariana; reconozco que no debo tratar de ocultarle el mal encuentro que hemos tenido.

—¡Y Dios quiera que sea el último...! No sabe usted lo que yo le he pedido al

Cristo de los Pasos: que dé remedio a sus males, y eso que yo creo que lo peor aún está por ver.

—No, esto ya se acabó; en cuanto esté bueno me vuelvo a Coímbra, y la joven de la ciudad se quedará en su casa.

—Si así es, ya le tengo prometido dos cirios de a libra a la imagen del Cristo de los Pasos; pero el corazón me está diciendo que usted no va a hacer lo que dice.

—Le estoy muy agradecido por el bien que me desea —dijo Simón conmovido—; no sé a qué debo tanto interés por su parte.

—Pues qué, ¿no basta con lo que su padre ha hecho por el mío? —respondió ella limpiándose las lágrimas—. ¡Qué habría sido de mí si hubiera llegado a faltarme y hubiera parado en la horca, como todo el mundo decía...! Yo era aún muy joven cuando él estaba en la cárcel. Tenía trece años, pero estaba resuelta a tirarme a un pozo si le condenaban a muerte. Si hubiera sido deportado, habría ido con él a morir donde él muriese. No pasa un día en que yo no pida a Dios que dé a su padre tantas satisfacciones como estrellas tiene el cielo. Fui expresamente a la ciudad para echarme a los pies de su madre, y vi a sus hermanas, de las cuales una, la más joven, me dio una saya de alepín, que aún tengo ahí guardada como una reliquia. Después, siempre que iba a la feria, daba una gran vuelta para pasar por la casa y ver si estaba a la ventana doña Rita; y muchas veces también le veía a usted... Tal vez no sepa que yo estaba en la fuente cuando armó usted aquella gran gresca con los aguadores, que era tal el tumulto que parecía el fin del mundo. Yo se lo vine a contar a mi padre, y si viera usted que hasta se caía riéndose como un loco... Desde entonces no le he vuelto a ver hasta que ha venido de Coímbra con mi tío; pero ya sabía lo que iba a suceder; porque he tenido un sueño en que veía mucha sangre, y yo me echaba a llorar porque veía una persona a quien estimaba mucho que se caía en una zanja muy profunda.

—¡Ésos son sueños, Mariana!

—Son sueños, sí, señor; pero yo nunca he soñado nada que no venga a suceder. Cuando mi padre mató al arriero, había yo soñado que le había visto tirar un tiro a un hombre; antes de morirse mi madre, me desperté una noche llorando por ella, y la pobrecita se murió a los dos meses. Las gentes de la ciudad se ríen de los sueños; pero Dios sólo sabe lo que es eso... Ahí viene mi padre... ¡Dios mío, ojalá no nos traiga una mala noticia!

Juan de la Cruz entró con una carta que le había entregado la consabida mendiga. Mientras Simón leía la carta, escrita desde el convento, Mariana tenía fijos sus grandes ojos azules en la fisonomía del estudiante, y a cada contracción que notaba en su frente, se le encogía el corazón de angustia. No pudiendo contener su inquietud, preguntó:

—¿Es alguna mala noticia?

—¡Muchacha!, ¿qué atrevimiento es ése? —dijo Juan de la Cruz.

—No; déjela usted —se apresuró a decir el estudiante—. No es una mala noticia, Mariana. Señor Juan, permítame que trate a su hija como a una amiga, que los

desgraciados son los que mejor pueden comprender la amistad.

—Eso es verdad; pero yo creo que no debía atreverse a preguntar lo que dice la carta.

—Padre, ni yo tampoco quería saberlo; no fue más sino que pareció que don Simón se había mostrado inquieto al leerla.

—Y no se equivocaba —dijo Simón volviéndose al herrero—, porque he sabido que Teresa ha sido encerrada en un convento por su padre.

—¡Qué canalla! —dijo el herrador, haciendo instintivamente el ademán de quien ahoga a alguien con ambas manos.

Un observador perspicaz hubiera podido notar en los ojos de Mariana una fugaz expresión de inocente alegría al oír esta noticia.

Simón se incorporó en la cama y se puso a escribir sobre una silla que Mariana le había acercado, ya antes de pedirla, diciéndole al mismo tiempo:

—Mientras usted escribe, voy a cuidar el caldo que está en la lumbre.

«Es necesario sacarte de ahí —decía en su carta Simón—. Ese convento deber tener una salida secreta. Búscala y dime el día y la hora en que debo esperarte. Si no puedes escaparte, esas puertas han de abrirse ante mi cólera. Si de ése te trasladan a otro convento más lejano, avísame, que yo saldré solo o acompañado a robarte en el camino. Es necesario que cobres entereza de ánimo para no intimidarte ante los extremos de mi pasión. Eres mía; no sé de qué me serviría la existencia si no la sacrificase para salvarte. En ti cree, Teresa; en ti tan sólo. Me has de ser fiel, viva o muerta. No sufras con paciencia; lucha con heroísmo. La sumisión es una ignominia cuando el poder paternal es una afrenta. Escíbeme siempre que puedas. Estoy ya casi bueno. Dime una palabra; llámame, y ya verás que la pérdida de sangre no disminuye las fuerzas del corazón».

Simón pidió su cartera, sacó de ella alguna plata que entregó al herrador, encargándole que se la diese a la mendiga a la vez que la carta.

Después se quedó leyendo otra vez la de Teresa y recordando los términos de la respuesta que acababa de darle.

El maestro Juan se fue a la cocina, y dijo a Mariana:

—¿Sabes lo que te digo, muchacha?

—¿Qué?

—Que nuestro enfermo no tiene dinero.

—¿Y cómo lo ha sabido usted, padre?

—Me acaba de pedir la cartera para sacar dinero, y pesaba tanto como una vejiga de cerdo llena de aire. A mí esto, me está así, dándome como lástima. Yo quisiera ofrecerle dinero, pero no me atrevo, ni sé cómo decirle...

—Yo, ya lo pensaré —dijo Mariana.

—Bueno, piénsalo, que tú sueles tener mejores ocurrencias que yo.

—Y si usted no quiere tocar los cuatrocientos mil reis, yo tengo aquel dinero de mis terneros que vendí y son casi once monedas de oro.

—Ya hablaremos; ahora piensa tú en el mejor modo de que él pueda aceptar sin *remordimientos*.

La palabra *remordimientos*, en el lenguaje poco correcto del maestro Juan, venía a ser sinónima de *escrúpulos* o *repugnancia*.

Mariana fue a llevar el caldo a Simón que, abstraído en su profunda meditación, lo rechazó fríamente.

—Pues qué, ¿no toma usted el caldito? —dijo ella con tristeza.

—No puedo, no tengo gana, Mariana; luego. Déjeme usted un rato solo; váyase; no pase su tiempo al lado de un enfermo fastidioso.

—¿No quiere usted que esté aquí? Me iré y volveré cuando me llame.

Mariana dijo esto saltándosele las lágrimas.

Simón lo notó, y le conmovió un instante la abnegación sumisa de la joven; pero no añadió ni una palabra.

Se quedó meditando sobre su difícil situación. Ocurríanle ideas de una clase que los novelistas raras veces atribuyen a sus héroes. En la novela todas las crisis se explican, menos la crisis innoble de la falta de dinero. Creen los novelistas que es materia baja y plebeya. El estilo se adapta de mala gana a las cosas rastreras. Balzac habla mucho de dinero, pero de dinero por millones. No conozco, en los cincuenta libros que de él tengo, uno solo de sus galanes que en el entreacto de su tragedia se ponga a cavilar sobre el modo de conseguir la cantidad necesaria para pagar a su sastre y para verse libre de las redes que el usurero le tiende desde los estrados del juez a todas las esquinas de las calles, desde donde le asaltan el capital y el interés del ochenta por ciento. De esto es de lo que los maestros en el arte de hacer novelas huyen siempre. Bien saben ellos que el interés del lector se enfría a medida que el héroe se va encogiendo, hasta llegar a la talla de aquellos de quien el lector rico huye por instinto, y el que no lo es, porque no puede valerle. La cosa es vilmente prosaica. No hace buen efecto eso de dejar uno vulgarizarse a su héroe hasta el punto de pensar en la falta de dinero, pocos momentos después de haber dirigido a la mujer adorada una carta como la que escribió Simón Botelho. Quien la leyese diría que el muchacho tenía apostadas en las diferentes carreteras del país berlinas y pujantes tiros de caballos con que transportar a París, a Venecia o al Japón a la hermosa fugitiva. Los caminos en aquel tiempo debían ser buenos para ello; pero no estoy cierto de que hubiese carretera para el Japón. Ahora creo que ya la hay, porque oigo decir que hay de todo.

Ya he hecho saber a mis lectores, por boca del maestro Juan, que el hijo del corregidor no tenía dinero, y ahora les digo que era en dinero en lo que pensaba cuando Mariana le llevó el caldo.

A mi ver, estas cavilaciones debían atribular su espíritu.

¿Cómo pagaría la hospitalidad de Juan de la Cruz?

¿Con qué daría una muestra de su agradecimiento, por sus cuidados, a Mariana?

Si huyese con Teresa, ¿con qué recursos atendería a la subsistencia de entrambos?

Ahora bien: Simón Botelho salió de Coímbra con su mesada, que no era grande, y casi toda quedó absorbida por el alquiler de la cabalgadura y la generosa propina con que gratificó al arriero, a quien debía el precioso conocimiento del herrador.

El resto de este dinero se lo había mandado dar hacía poco a la portadora de la carta. ¡Mala situación!

Pensó en escribir a su madre. Pero ¿qué le diría? ¿Cómo explicaría su estancia en aquella casa? ¿No daría así indicios de la misteriosa muerte de los criados de Baltasar Coutinho?

Y fuera de esto, él sabía de sobra que su madre no le profesaba gran cariño; y, si le mandaba en secreto algún dinero, sería escasamente el necesario para volverse a Coímbra. ¡Terrible aprieto!

Cansado de discurrir estaba, cuando vino la providencia de los infelices a socorrerle con un profundo sueño.

Mariana entró de puntillas en la sala, y oyéndole respirar tranquila y regularmente, se aventuró a llegar a la alcoba. Le echó un pañuelo fino sobre la cara, ya rodeada por una nube de moscas; y viendo la cartera sobre una silla, la cogió y salió del cuarto con el mismo cuidado que había entrado. La abrió, vio papeles, que no supo leer, y en una de las divisiones dos monedas de cobre. Volvió a poner la cartera en su lugar, y cogió de una percha los pantalones, el chaleco y el chaquetón, a la española, de su huésped. Registró todos los bolsillos, y no le encontró ni una blanca.

Se fue a un rincón de la cocina, y allí se puso a meditar. Media hora permaneció así, y cada vez más angustiada, la pobre muchacha. De repente se levantó y se fue a donde estaba su padre, con quien estuvo hablando un buen rato. Juan de la Cruz la escuchó, le replicó; pero se veía que iba de vencida ante las razones de su hija, hasta que al fin le dijo:

—Haré lo que quieras, Mariana. Dame tu dinero, y no iré a levantar la losa del hogar para andar en el cajón de los cuatrocientos mil reis. Lo mismo da el uno que el otro; todo es tuyo.

Mariana se apresuró a dirigirse a su arca, de la cual sacó un saquito de hilo que contenía dinero en plata y oro, y cadenas, sortijas y arracadas. Guardó el oro en una bolsa, y se lo entregó a su padre.

Juan de la Cruz ensilló su yegua y se puso en marcha. Mariana volvió al cuarto del enfermo.

Simón se despertó.

—¿No sabe usted lo que pasa? —dijo Mariana, fingiendo con tino en el semblante entre alegría y sobresalto.

—¿Qué sucede?

—Su madre sabe que está usted aquí.

—¿Que lo sabe? ¡Eso es imposible! ¿Quién se lo puede haber dicho?

—Yo no sé; lo único que puedo decirle es que ha mandado llamar a mi padre.

—¡Mucho me admira...! ¿Y no me ha escrito?

—No, señor... Pero mire usted, ahora me acuerdo que tal vez ella supiese que usted había estado aquí, y crea que ya no está, y por eso no le ha escrito... ¡Podía muy bien ser!

—Sí; pero ¿quién se lo habrá dicho? Si esto llega a saberse, pueden levantarse sospechas sobre la muerte de los dos hombres.

—Puede ser que no; y aunque las hubiese, faltan testigos. Mi padre ha dicho que no tiene miedo. Lo que fuere sonará. No se ponga usted ahora a cavilar sobre eso... Ahora ya querrá usted el caldito, ¿no es verdad?

—Bueno, Mariana. El cielo me ha dado en usted una nueva y cariñosa hermana.

No halló la joven en su alegre corazón con las que responder a la expresión de dulzura que en la fisonomía del estudiante se había reflejado.

Volvió con el caldito, diminutivo que la retórica de un lenguaje cariñoso aprueba, pero contra el cual protestaba la succulenta media gallina que le servía de acompañamiento.

—¡Cuánta cosa! —exclamó sonriendo Simón.

—Coma lo que pueda —dijo ella ruborizándose—. Yo bien sé que los señoritos de las ciudades no comen en estos platos tan grandes, pero yo no tengo más pequeños; puede usted comer sin repugnancia; éste, aunque ordinario, está nuevo y he ido yo misma a comprarlo a la tienda, porque he creído que, si ayer no comió usted, fue porque le dio asco de los otros.

—No sea usted injusta, Mariana; ayer no comí por la misma razón que no como ahora; porque ni tenía ni tengo ganas.

—Coma usted al menos porque yo se lo pido... Perdone usted mi atrevimiento... Suponga usted que es su hermana quien se lo pide... antes me dijo usted...

—Que el cielo me había dado en usted una nueva hermana...

—Sí, señor, y por eso...

Simón halló el sacrificio tan necesario a su conservación, como para complacer a la cariñosa Mariana. Pasóle por la mente, sin sombra de vanidad, que tal vez era amado por aquella dulce joven. Para sus adentros, pensó que sería una crueldad darse por enterado de una pasión que no podía pagar ni con la debida correspondencia ni con el engaño. Pero aun así, lejos de sentirlo, le lisonjeaba el interés demostrado por una bonita muchacha. Nadie siente en sí el peso del amor que inspira y no comparte. En los mayores dolores, en las últimas horas del corazón y de la vida, le es aún grato sentirse amado, aun al mismo que ya no puede hallar en el amor alivio a sus penas.

Vanidad o insaciabilidad del corazón humano, sea lo que fuere, por el amor que nos profesan es como graduamos lo que valemos, en lo íntimo de nuestra conciencia.

No desagradaba, por tanto, el amor de Mariana al amante apasionado de Teresa. Esto será un delito ante el severo tribunal de mis lectores; pero si me permiten dar mi opinión, diré que la culpa de Simón Botelho está en la frágil naturaleza, que es toda galas, en el cielo, en el mar y en la tierra, y toda incoherencias, absurdos y vicios en

el hombre, llamado rey de la creación.

CAPÍTULO IX

Dos horas estuvo Juan de la Cruz fuera de casa. Volvió cuando la curiosidad del estudiante había llegado a convertirse en tormento.

—¿Habrán preso a su padre? —había dicho a Mariana.

—No me lo dice el corazón, y mi corazón nunca me engaña —respondió ella. Y Simón replicó:

—¿Qué es lo que le dice su corazón respecto a mí, Mariana? Mis desventuras, ¿van a tener término?

—Le diré la verdad de lo que creo... Pero no, no se lo digo.

—Dígalo, se lo ruego, porque tengo fe en el ángel bueno que la inspira. Dígalo.

—Bueno, lo diré... Mi corazón me dice que sus desventuras no han hecho más que empezar.

Simón la oyó atentamente y no le respondió. Vino a turbarle el ánimo una idea torcida y afrentosa para la sencilla muchacha. «¿Pensará tal vez en apartarme de Teresa para hacerse amar?», dijo para sí.

En este punto se hallaba de sus meditaciones, cuando se presentó el herrador.

—Ya estoy de vuelta —dijo con semblante satisfecho—. Su madre me ha mandado llamar.

—Ya lo sé. ¿Y cómo ha sabido que estaba aquí?

—Sabía que había estado aquí; pero creía que se había vuelto a Coímbra. Quién se lo ha dicho, ni lo sé, ni se lo he preguntado; porque a una persona de tal respeto no se le hacen preguntas. Me dijo que sabía el fin con que usted se había venido a esconder aquí. Se enfadó bastante, pero yo, aquí a mi modo, traté de calmarla, y tan campante. Me preguntó qué estaba usted haciendo aquí después de que la niña había entrado en el convento. Yo le dije que estaba en cama, porque había tenido la desgracia de dar una caída del caballo. Me dijo que si usted tenía dinero, y yo le contesté que no sabía. Y entonces se fue adentro y volvió de allí a un rato con este lío, encargándome que se lo entregase. Aquí lo tiene lo mismo que lo recibí. Ni sé lo que hay.

—¿Y no me ha escrito?

—Me dijo que no podía escribir, porque en aquel momento estaba en el despacho el señor corregidor —respondió sin titubear el maestro Juan—, y también me encargó que no le escribiese usted, sino desde Coímbra, porque si su padre llegaba a saber que usted estaba aquí, se armaba en casa la de Dios es Cristo. Conque ahí tiene lo que me dijo. —¿Y no le habló de los criados de Baltasar?

—¡Ni jota...! Ya no habla nadie en la ciudad de eso.

—¿Y qué le dijo de doña Teresa?

—Nada, a no ser lo que de que había entrado en el convento. Conque déjeme ir a abrigar la yegua, que la he traído sudando a chorros. Muchacha, tráeme la manta.

En tanto que Simón contaba once monedas menos un pico, asombrado de tan inesperada liberalidad, Mariana, en la habitación vecina, abrazaba a su padre, exclamando:

—¡Ha arreglado usted muy bien el embuste!

—¡Muchacha, quien ha mentido has sido tú! De esa cabecita es de donde ha salido todo. Pero la cosa no se ha hecho mal, ¿no es verdad? Se la ha tragado de veras. Eso sí, tú te quedaste sin terneros; pero ya vendrá día en que te los pueda pagar con bueyes hechos.

—Yo, padre, no lo he hecho por interés —contestó ella medio resentida.

—¡Toma!, ya lo sé. Pero, como dijo el otro, quien siembra recoge.

Mariana permaneció pensativa diciendo para sí: «Felizmente que él no puede pensar de mí lo que piensa mi padre. Dios sabe que ningún interés me ha guiado en lo que he hecho».

Simón llamó al herrador, y le dijo:

—Mi querido Juan, si yo no tuviese dinero, aceptaría sin reparo sus favores y creo que usted me los haría sin esperanza de lucrarse con ello; pero como he recibido esta cantidad, me va usted a permitir que le dé una parte de ella para atender a mi alimento.

Motivos de gratitud por deudas de las que no se pagan con nada, aún me quedan muchos para no olvidarme nunca ni de usted ni de su hija. Tome usted este dinero.

—Las cuentas se arreglan al fin —respondió el herrador retirando la mano— y nadie nos ha de oír, si Dios quiere. Si yo necesito dinero, vendré a pedírselo. Por ahora, el corral está aún lleno de gallinas, y el pan se cuece todas las semanas.

—Pero acéptelo —insistió Simón—, y dele la aplicación que mejor le parezca.

—En mi casa nadie manda más que yo —replicó el maestro Juan con fingida aspereza—. Guárdese usted su dinero, hidalgo, y no hablemos de eso, si quiere usted que nos entendamos.

En los cinco días siguientes, Simón recibió regularmente cartas de Teresa, unas en tono triste y resignado, otras escritas en la violenta exasperación del sentimiento. En una le decía:

«Mi padre debe saber que estás ahí, y en tanto estuvieres, de seguro no me saca del convento. Sería mejor que te volvieres a Coímbra y dejásemos olvidar a mi padre los últimos acontecimientos. Si no, querido esposo mío, ni él me devolverá la libertad, ni yo sé cómo podré escaparme de este infierno. ¡No puedes figurarte lo que es un convento! Si yo pudiese hacer a Dios el sacrificio de mi corazón, habría de buscar una atmósfera menos viciada que ésta. Creo que en todas partes se puede rezar y ser virtuosa, menos en un convento».

En otra carta se expresaba de este modo:

«No me abandones, Simón; no vuelvas a Coímbra. Yo temo que mi padre me quiera trasladar de este convento a otro más seguro. Una monja me ha dicho que yo no me quedaría aquí; otra me ha asegurado positivamente que mi padre está tratando

de hacerme pasar a un monasterio de Oporto. Sobre todo, lo que me aterra, aunque no me hará doblegarme, es saber que su intento es hacerme profesar. No puedo profesar sin pasar el año de noviciado y ser explorada mi voluntad tres veces, y he de responder siempre que no. ¡Si me pudiese escapar...! Ayer fui a la huerta y vi una puerta que debe dar al camino. Supe que aquella puerta se abre algunas veces para entrar carros de leña; pero desgraciadamente no se volverá a abrir hasta la entrada del invierno. Si antes no puedo, Simón mío, me escaparé en esa ocasión».

Entretanto, los pasos dados por Tadeo de Albuquerque tuvieron favorable y pronto éxito. La superiora de Monchique, religiosa de virtud suma, creyendo que la hija de su primo entraba en el claustro por su mucha devoción y amor a Dios, le preparó habitación, congratulándose con su sobrina de tan piadosa resolución. La carta de congratulación no la recibió Teresa, porque fue a parar a manos de su padre. Contenía reflexiones encaminadas a hacerle variar de propósito, si sólo algún disgusto pasajero la impelía a buscar un refugio allí donde las pasiones se exacerbad más.

Tomadas todas sus precauciones, Tadeo de Albuquerque hizo decir a su hija que su tía, la superiora de Monchique, la quería tener a su lado durante algún tiempo, y que la salida tendría lugar al amanecer del día siguiente.

Teresa, cuando recibió tan sorprendente noticia, ya había escrito su carta diaria a Simón. En su angustiada perplejidad, resolvió fingirse enferma, y estaba realmente, con las emociones de que era presa, en un estado tan febril, que el artificio era casi inútil. Su padre no quería transigir con la enfermedad, pero el médico del convento protestó contra su inhumanidad y la de la superiora, interesada en este acto de violencia. Teresa quiso escribir aquella noche a Simón, pero la lega de la superiora, por sospechas de ésta, no se apartó de la cabecera de la cama de la enferma. La causa de esta vigilancia era que la escribana, en una hora de mala digestión del consabido vino estomacal, había dicho que Teresa pasaba las noches en oración mental y estaba en correspondencia con un ángel del cielo, por intervención de una mendiga. Algunas monjas habían visto a la mendiga en el patio del convento esperando la limosna de Teresa, pero creían que era una pobre protegida por la joven. Las palabras de la escribana fueron comentadas, y la mendiga recibió orden de salir de la portería. Teresa, al saber esto, en un ímpetu de desesperación, corrió a la ventana y llamó a la mendiga, que se retiraba asustada, echándole un papel que contenía estas palabras:

«Es imposible seguir nuestra correspondencia. Voy a ser trasladada de aquí a otro convento. Espera en Coímbra noticias mías».

Llegó esto rápidamente a conocimiento de la superiora, y por su orden salió el hortelano a alcanzar a la mendiga; la siguió hasta fuera de puertas, y allí se echó sobre ella; la maltrató, y le quitó el papel, volviendo al convento a presentárselo a Tadeo de Albuquerque. La mendiga no retrocedió a pesar de todo; se encaminó hasta casa del herrador, y contó a Simón todo lo ocurrido.

Simón se echó en seguida fuera de la cama, y llamó a Juan de la Cruz. En aquella

situación, necesitaba poder llamar amigo, apretar la mano de un hombre capaz de blandir un puñal. El herrador oyó el relato, y dio su opinión de esta manera: «Esperar, hasta ver en lo que para». Simón rechazó la prudente frialdad de su confidente, y dijo que iba a ponerse inmediatamente en camino para Viseu.

Mariana estaba presente, oyó lo que se dijo, y encontró la opinión de su padre la más acertada. Sin embargo, viendo la impaciencia de su huésped, pidió permiso para hablar sobre lo que no se le consultaba, y dijo:

—Si usted quiere, yo iré a la ciudad y preguntaré en el convento por Joaquina Brito, que es una muchacha amiga mía, lega de una monja, y a ella podré entregarle una carta para hacerla llegar a manos de la hidalga.

—¿Sería posible, Mariana? —exclamó Simón con ganas hasta de abrazar a la joven.

—¡Vaya!, ¿por qué no? —dijo el herrador—; lo que se puede hacer, se hace. Avíate tú, muchacha, que yo voy a ponerle el albardón a la yegua.

Simón se puso a escribir. Acudían en tal confusión las ideas a su mente, que no atinaba a formar un plan arreglado a las circunstancias. Al cabo de grandes vacilaciones, dijo a Teresa que se escapase a la hora del día en que la puerta estuviese abierta, o si no, obligase violentamente a abrísela a la hermana portera. Le añadía que señalase ella la hora del día siguiente en que podría esperarla con los caballos dispuestos para la fuga. Como recurso extremo, prometía atacar con hombres armados el convento o incendiarlo, para abrirse las puertas. Estos proyectos eran los más conformes con la índole arrebatada del estudiante, y su cabeza ardía en vivo fuego en aquellos momentos. Cerrada la carta, empezó a pasearse agitadamente, y parecía presa de opuestos impulsos. Se clavaba las uñas en la cabeza y se arrancaba los pelos. Se daba con la cabeza en la pared, y luego se sentaba para volverse a levantar con nuevo ímpetu. Maquinalmente montaba las pistolas, y sacudía los brazos como amenazando. Abría la carta para volverla a leer, y estaba a punto de rasgarla, creyendo que iría tarde, o que no llegaría a sus manos. En esta lucha de contrarias resoluciones se hallaba, cuando entró Mariana, y muy alucinado debía estar Simón para no notar sus lágrimas.

¡Lo que tú sufrías, noble corazón de una mujer pura! Si lo que haces por ese joven es por gratitud al hombre que salvó la vida a tu padre, ¡qué rara virtud es la tuya! Si le amas, y por mitigar sus penas, tú misma le desbrozas el camino por donde ha de huir de ti para siempre, ¡qué nombre deberé dar a tu virtud! ¡Qué ángel destinó tu corazón a la santidad de tan oscuro martirio!

—Ya estoy lista —dijo Mariana.

—Aquí tiene usted la carta, mi mejor amiga. Haga usted cuanto sea dable por no volver sin respuesta —dijo Simón, dándole con la carta un papel con dinero.

—¿El dinero es también para la señorita? —preguntó ella.

—No, es para usted; para comprarse una sortija.

Mariana cogió la carta y volvió rápidamente la espalda para que Simón no notase

un gesto de despecho, si no era desprecio.

El estudiante no se atrevió a insistir, viéndola apresurarse en bajar al corral, donde el herrador enjaezaba la yegua.

—No le des con la vara —dijo Juan de la Cruz a Mariana, que de un salto se había sentado en el albardón cubierto con una manta encarnada—. Pero chica, ¡estás amarilla como una cidra! —dijo él, reparando en la palidez de la joven—. ¿Qué tienes?

—¡Nada!, ¿qué he de tener? Deme usted la vara, padre.

La yegua salió a galope, y el herrador, plantado en medio del camino, recreándose en admirar a un tiempo a su hija y a su yegua, decía en soliloquio que Simón alcanzó a oír:

—Vales tú sola, muchacha, más que cuantas hidalgas hay en Viseu. Por la más pintada no daba yo a mi yegua, y si viniese el miramamolín de Marruecos a pedirme a mi hija, que el diablo cargue conmigo si yo se la daba. ¡Esto sí que se llama una mujer, y lo demás es tontería!

CAPÍTULO X

MARIANA se apeó enfrente del convento y se encaminó a la portería a buscar a su amiga Brito.

—¡Qué buena moza! —dijo el padre capellán, que estaba en el postigo lateral de la puerta hablando con la abadesa acerca de la salvación de las almas y de unos barrilitos de vino de Pinháo, que había recibido aquel día, y del cual ya había embotellado una arroba para fortificar el estómago de la superiora—. ¡Qué buena moza! —repitió el capellán mirando, ora a la joven, ora al postigo, detrás del cual la celosa priora se mordía los labios.

—Deje usted en paz a la muchacha, y dígame cuándo he de mandar a buscar el vino. —Cuando quiera, señora priora... Pero repare bien en los ojos, en el cuerpo y en la gracia de esa muchacha.

—Repare usted, si quiere, padre Juan —replicó la monja—, que yo tengo otras cosas de que ocuparme.

Y se retiró llena de ira.

—¿De dónde es usted? —dijo con la mayor dulzura el padre capellán a Mariana.

—Soy de la aldea —contestó ella.

—Eso ya lo veo, ¿pero de qué aldea?

—No vengo a confesarme.

—Podría usted hacerlo conmigo, hija mía, porque soy sacerdote...

—Ya lo veo.

—¡Qué mal genio tiene usted!

—Regular.

—¿A quién busca en el convento?

—Ya he dicho adentro a quién busco.

—¡Mariana! ¿Eres tú? ¡Ven acá!

La joven saludó fríamente al padre capellán y se fue al locutorio, de donde salía aquella voz.

—Yo quería hablar contigo en particular, Joaquina —dijo Mariana.

—Voy a ver si arreglo una reja sola.

El sacerdote se había ido del patio, y Mariana, mientras esperaba, examinó una a una las ventanas del convento. En una de ellas, a través de las rejas, vio a una joven sin hábito.

«¿Será ésa? —preguntó Mariana a su palpitante corazón—. ¡Si me amase a mí como a ella...!».

—Sube por aquella escalera y entra en la primera puerta del corredor, que allá voy yo —le dijo Joaquina.

Mariana dio algunos pasos, miró de nuevo a la ventana, donde había visto a la joven sin hábito, y volvió a repetir:

—¡Si me amase a mí como a ella...!

Luego que entró en el locutorio dijo a su amiga:

—Dime, Joaquina, ¿quién es una joven, blanca como la leche, que estaba ahí hace poco a la ventana?

—Sería alguna novicia; ahora hay dos aquí muy bonitas.

—Pero ésta no tenía hábito de ninguna clase.

—¡Ah!, ya sé quién es, doña Teresita de Albuquerque.

—Entonces no me he equivocado —respondió Mariana pensativa.

—¿Tú la conoces?

—No; pero por mor de ella es por lo que he venido aquí a hablar contigo.

—¿De qué se trata? ¿Qué tienes tú que ver con esa hidalga?

—Yo, por mi parte, nada; pero conozco a una persona que la quiere mucho.

—¿El hijo del corregidor?

—El mismo.

—Pero si está en Coímbra.

—Yo no sé si está o no está. ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Si es cosa que yo pueda...?

—Sí lo es... Yo quería hablar con ella.

—¡Caramba!, eso sí que no sé si podremos conseguirlo, porque las monjas no la pierden de vista y se va a ir mañana.

—¿A dónde va?

—Va a otro convento, no sé si de Lisboa o de Oporto. Los baúles están ya preparados, y ella deseando salir de aquí. ¿Y tú de qué quieres hablarle?

—No te lo puedo decir, porque no sé... Quería entregarle un papel... Haz de modo que ella venga, y te daré percal para un vestido.

—¡Qué rica estás, Mariana! —replicó Joaquina riéndose—. Yo no necesito tu percal, chica. Si yo puedo avisarla que venga, sin que nadie se entere, lo haré. Ahora es buena hora, porque están llamando a coro... Voy allá.

Joaquina salió airoso de su difícil encargo. Teresa estaba sola, absorta y meditando, con los ojos fijos en el lugar donde había visto a Mariana.

—Señorita, ¿hace usted el favor de venir conmigo de prisita? —le dijo la lega.

Teresa la siguió y entró en el locutorio, que Joaquina cerró diciendo:

—Lo más pronto que sea posible llame usted para que le abra la puerta. Si me preguntan por usted, diré que creo que se ha ido al jardín.

La voz de Mariana temblaba, cuando Teresa le preguntó quién era.

—Soy portadora de esta carta para usted.

—¿Es de Simón? —exclamó Teresa.

—Sí, señora.

La joven, toda convulsa, leyó la carta dos veces, y dijo:

—Yo no puedo escribirle, porque me han robado mi tintero, y nadie quiere darme otro. Dígale usted que esta madrugada salgo para el convento de Monchique, en

Oporto.

Que tenga ánimo, porque yo seré siempre la misma. Que no venga por aquí, porque sería inútil y muy peligroso. Que me vaya a ver a Oporto, que allí arreglaré yo modo de poder hablar. Repítale todo esto, ¿entiende usted?

—Sí, señora.

—No se olvide de nada. Venir aquí, de ningún modo. Es imposible huir, porque voy muy acompañada. Vendrá mi primo Baltasar y sus hermanas, mi padre y no sé cuántos criados con los bagajes y literas. Salirme a robar en el camino sería una locura de consecuencias funestas. Le dirá usted esto, ¿no es así?

Joaquina vino a decir por fuera:

—Señorita, mire usted que la superiora anda buscándola por ahí dentro.

—Adiós, adiós —dijo Teresa llena de sobresalto—. Tome usted, este recuerdo como prueba de mi gratitud.

Y se sacó del dedo una sortija de oro, que ofreció a Mariana.

—No puedo aceptar, señora.

—¿Y por qué?

—Porque yo a usted no le he hecho ningún favor. Si yo recibiese alguna recompensa, sería de quien me ha mandado venir aquí. Quede usted con Dios, señora, y ojalá sea feliz.

Teresa se alejó y Joaquina entró en el locutorio.

—¿Qué, te vas ya, Mariana?

—Sí, tengo prisa. Otro día vendré más despacio a hablar contigo. Adiós, Joaquina.

—¿Qué, no me cuentas lo que pasa? ¿El novio de la hidalga está cerca de aquí? Cuéntame lo que haya, que yo no le digo nada a nadie.

—Otra vez, otra vez; muchas gracias, Joaquinita.

Mariana, durante su apresurada marcha, fue repitiendo el recado de Teresa, y si alguna vez se distraía de este ejercicio de memoria, era para pensar en las facciones de la novia de su huésped y decir, como en secreto, a su corazón: «No le bastaba ser noble y rica, es además tan linda como no he visto otra». Y el corazón de la pobre muchacha, rindiéndose a lo que la conciencia le iba diciendo, lloraba.

Simón esperaba ansioso y aplicaba el oído para ver si oía el galope de la yegua resonar a lo lejos.

Al oír a Mariana bajó al huertecillo despreciando toda precaución y olvidado ya de la herida, cuya crisis de peligro empeorara aquel día, el octavo después del tiro.

La hija del herrador dio su recado sin alteración de una sola palabra. Simón la escuchó plácidamente hasta el punto que le dijo que el primo Baltasar la acompañaba a Oporto.

—¡Baltasar...! —murmuró él con una sonrisa siniestra—; este primo Baltasar va cavando su sepultura y la mía...

—¡La suya, hidalgo! —exclamó Juan de la Cruz—, ¡que reviente y carguen con

su alma treinta legiones de demonios! Pero usted ha de vivir en cuanto yo me llame Juan. Déjela que vaya a Oporto, que en el convento no corre ningún peligro. Dios mejora sus horas. Usted se vuelve a Coímbra, y se está allí algún tiempo; y en un abrir y cerrar de ojos, y cuando el viejo menos lo sospeche, la hidalguita lo engaña, y es tan suya como es verdad esta luz que nos alumbra.

—Tengo que verla antes de irme a Coímbra —dijo Simón.

—Mire usted que ella me ha encargado que no vaya —objetó Mariana.

—¿Por causa del primo? —repuso Simón irónicamente.

—Es posible, y porque tal vez no serviría de nada que usted fuese —repuso tímidamente la joven.

—Lo que es, si usted se empeña —gritó Juan—, se le quita la mujer en el camino. Y no hay más que hablar.

—¡Padre, no quiera usted meter a este señor en mayores trabajos! —dijo Mariana.

—No tenga usted cuidado, niña —se apresuró a decir Simón—, yo soy el que no quiero proporcionar a nadie compromisos. Sabré luchar solo con mi desgracia, por grande que sea.

Juan de la Cruz, tomando un aire de gravedad, con que raras veces se ennoblecía su fisonomía, dijo:

—Señor, usted no sabe nada del mundo. No se meta usted solo en aventuras que, como dijo el otro, cuando a un hombre le van mal dadas, no le dejan tiempo ni para resollar. Yo soy un rústico; pero a bien decir, soy como aquel que sostenía que el mal de sus borricos se lo había causado el albéitar. Pasiones, el diablo cargue con ellas y con quien de ellas engorde. Por amor de una mujer, aunque sea hija del rey, no se debe perder un hombre. Mujeres hay más que se quiere, y son como las ranas, que por una que se zambulle, salen cuatro a flor de agua. Un hombre rico y de condición como usted, donde quiere topa con un palmito de cara, como Dios manda, y una dote para no ayunar. Déjela que se vaya con Dios o con el diablo, que si ha de ser suya, a la mano se le vendrá, y que, según dice un refrán antiguo, tanto hace andar para atrás como para adelante. Mire que esto no es tenerle asco al negocio, hidalgo, porque Juan de la Cruz sabe lo que es espanzurrar a un par de mozos en menos que se canta un credo, pero nunca ha sabido lo que es miedo. Si usted quiere salir al camino y robar la tal persona a su padre, a su primo, y aunque sea a un regimiento, yo me voy a montar la yegua, y de aquí a tres horas estoy de vuelta con cuatro hombres, que son cuatro fieras.

Simón fijó su ardiente mirada en el herrador, y Mariana exclamó cruzando las manos sobre el pecho:

—Padre, ¡no le dé usted esos consejos!

—¡Cállate, muchacha! —dijo el maestro Juan—. Ve a quitar el albardón a la yegua, ponle la manta y dale su ración. Tú no tienes vela en este entierro.

—No se apure usted, Mariana —dijo Simón a la joven, que se retiraba afligida—, no voy a seguir los consejos de su padre. Le oigo de buen grado porque me quiere

bien, pero yo sólo haré aquello que la honra y el corazón me aconsejen.

Al anochecer, hallándose solo, Simón se puso a escribir una larga carta, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

«Te considero perdida para mí. Puede ser que yo no alcance a ver el nuevo sol. Todo a mi alrededor toma un aspecto fúnebre. Me parece que el frío de la sepultura ha empezado a penetrar en mi sangre y en mis huesos.

»No puedo ser lo que tú querías que fuese. Mi pasión no se conforma con la desgracia. Eras mi vida entera. Creía tener la seguridad de que los sucesos no me privarían de ti. Sólo el temor de perderte me mata. Lo que me queda del pasado es el valor de ir a buscar una muerte digna de ti y de mí. Si tú tienes fuerzas para una agonía lenta, yo no puedo resistirla.

»Podría vivir con una pasión desgraciada; pero este rencor sin venganza es un infierno. Me perderás, Teresa; pero no quedará ahí un infame que te persiga después de mi muerte. Tengo celos de todos tus instantes. Tú te acordarás con ternura de tu esposo del cielo, y nunca apartarás de mí los ojos de tu alma, para ver a tu lado al miserable que mató la realidad de tantas bellas esperanzas.

»Esta carta la leerás sólo cuando yo ya esté en otro mundo mejor, esperando las oraciones de tus lágrimas. ¡Las oraciones! ¡Me admira este rayo de fe que me ilumina en mis tinieblas...! Tú me has dado con el amor la religión, Teresa mía. Aún creo; no se apaga la luz que es tuya; pero la Providencia divina me ha desamparado.

»Acuérdate de mí. Vive para explicar al mundo, con tu lealtad a una sombra, la razón por la que me trajiste a un abismo. Escucharás entonces orgullosa la voz del mundo, diciendo que eras digna de mí.

»A la hora en que leas esta carta...».

No le dejaron continuar las lágrimas, ni después la presencia de Mariana. Venía a poner la mesa para la cena, y mientras extendía el mantel, dijo en voz baja y como quien habla consigo mismo:

—Ésta va a ser la última vez que ponga la mesa a don Simón en mi casa.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque me lo dice el corazón.

Esta vez el estudiante calificó de supersticiones los vaticinios del corazón de la joven; pero con su actitud meditabunda le dio la evidencia de que no se engañaba.

Cuando volvió con la fuente de la gallina, venía llorando la hija de Juan de la Cruz.

—¿Llora usted por mi causa, Mariana? —le dijo enternecido Simón.

—Lloro porque creo que no le volveré a ver, o si le veo será de modo que ojalá me muriese antes de verle.

—Tal vez no sea así, amiga mía.

—¿Sería usted capaz de hacer una cosa que yo le pida?

—Según sea.

—No salga usted esta noche ni mañana.

—Me pide usted un imposible. He de salir, porque si no salgo me mato.

—Entonces, perdone usted mi atrevimiento. Que Dios le guíe y le proteja.

La muchacha fue a contar a su padre la intención del estudiante. Acudió en seguida el maestro Juan a combatir la idea ponderando el peligroso estado de la herida. Viendo que no podía disuadirle, le propuso acompañarle. Simón agradeció el ofrecimiento, pero lo rehusó categóricamente. El herrador no cedía en su propósito, y estaba ya preparando la escopeta y dando ración doble a la yegua, por lo que pudiera suceder, cuando el estudiante le dijo que, pensándolo mejor, había resuelto no ir a Viseu y seguir a Teresa en cuanto hubiera convalecido por completo. Juan de la Cruz le creyó fácilmente; pero Mariana, siempre atenta a lo que su corazón le decía, dudó de tal mudanza, y dijo a su padre que vigilase al hidalgo.

A las once de la noche se levantó el estudiante; escuchó en el interior de la casa; no oyó el más ligero ruido, a no ser el del ronزال de la yegua contra el pesebre. Puso nuevo cebo a sus pistolas. Escribió una carta dirigida a Juan de la Cruz, incluyéndole la que había escrito a Teresa. Abrió las maderas de las ventanas de su cuarto, y por allí salió a la veranda de madera, desde la cual el saltar al camino no ofrecía peligro. Había dado el salto y algunos pasos, cuando se entreabrió otra ventana, y oyó la voz de Mariana que le decía:

—¡Conque adiós, señor! Yo quedo rogando a la Virgen Santísima que vaya en su compañía.

El estudiante se paró y le pareció oír una voz íntima que le decía: «El ángel de tu guarda habla por boca de esa mujer, que no tiene más inteligencia que la del corazón, iluminado por su amor».

—Dé usted un abrazo a su padre de mi parte, Mariana —le dijo Simón—, y adiós... hasta pronto, o...

—Hasta el juicio final —le interrumpió ella.

—Se tiene que cumplir el destino... sea lo que Dios quiera.

Simón había desaparecido en las tinieblas; Mariana encendió la lámpara de su oratorio y se arrodilló ante una imagen, rezando con el fervor de las lágrimas.

Era la una, y Simón se hallaba enfrente del convento contemplando una a una sus rejas. En ninguna había visto brillar luz, sólo la lámpara del Santísimo Sacramento se reflejaba pálidamente en las vidrieras de una de las ventanas del templo. Se sentó en la escalinata de la iglesia, y allí, inmóvil, le dieron las cuatro de la madrugada. De las mil visiones que asaltaron a su atribulado espíritu, la más frecuente era la de Mariana, con las manos alzadas y suplicante, pero al mismo tiempo creía oír los gemidos de Teresa, atormentada por su alejamiento y pidiendo al cielo que la sacase de manos de sus verdugos. La figura de Tadeo de Albuquerque arrastrando a su hija a un convento no inflamaba su sed de venganza; pero cada vez que se presentaba a su mente la imagen odiosa de Baltasar Coutinho, instintivamente las manos del estudiante iban a parar al gatillo de sus pistolas.

A las cuatro y cuarto empezó a despertarse la naturaleza saludando al alba con

himnos y aclamaciones. Los pajarillos entonaban en la huerta del convento melodías interrumpidas por el toque solemne de las avemarías en la torre de la iglesia. El horizonte había pasado de enrojecido a blanquecino. La púrpura de la aurora, como inmensa hoguera, se había deshecho en partículas de luz, que ondeaban por las pendientes de las montañas y se extendían sobre las llanuras y las praderas, como si el ángel de Señor, a la voz de Dios, fuese desenvolviendo ante los ojos de las criaturas las maravillas del amanecer de un día de estío.

Y ninguna de estas galas del cielo y de la tierra encantaba los ojos del joven poeta.

A las cuatro y media oyó Simón las campanillas de las mulas de las literas que se dirigían a aquel punto. Abandonó el sitio en que se hallaba, y tomó por una calle estrecha inmediata al convento.

Las literas, que venían vacías, pararon en la portería, e inmediatamente después, llegaron tres señoras en traje de viaje, que debían ser las hermanas de Baltasar, acompañadas por dos lacayos con mulas a la rienda. Las señoras fueron a sentarse en los bancos de piedra de la portería. En seguida se abrió la puerta grande, rechinando sobre sus goznes, y entraron las tres señoras.

Algunos momentos después vio Simón llegar a Tadeo de Albuquerque apoyado en el brazo de Baltasar Coutinho. El anciano denotaba en su aspecto quebranto y desfallecimiento. El señor de Castro Daire, bien compuesto de figura y lujosamente vestido a la castellana, gesticulaba con el aplomo de quien presenta irrefutables razones y consuelos, tomando a risa el dolor ajeno.

—Nada de flaquezas, tío —decía—. La mayor desgracia sería verla así casada. Yo le prometo a usted devolvérsela curada antes de un año. Un año de convento es un excelente remedio para los males del corazón. No hay nada como eso para limpiar del sarro del vicio a los corazones de las niñas criadas con excesivo mimo. Si usted desde muy niña la hubiese acostumbrado a obedecerle ciegamente, ahora la hallaría sumisa, y no se creería autorizada para escoger por sí misma marido.

—¡Era hija única, Baltasar! —dijo el anciano sollozando.

—Pues por eso mismo —replicó el sobrino—. Si tuviera usted otra, le sería menos sensible su pérdida y menos funesta su desobediencia. Dejaría usted su casa a su hija más querida, aun cuando para esto fuese necesario obtener licencia regia para desheredar a la primogénita. De este modo no veo otro remedio sino del aplicar el cauterio a la llaga; con emplastos no se conseguirá nada.

Se abrió de nuevo la portería y salieron las tres señoras y, detrás de ellas, Teresa.

Tadeo enjugó sus lágrimas y se dirigió hacia su hija, que no levantaba los ojos del suelo.

—Teresa... —dijo el anciano.

—Aquí estoy, señor —contestó la hija sin levantar la mirada.

—Aún es tiempo —replicó el señor de Albuquerque.

—Tiempo, ¿de qué?

—Tiempo de que demuestres que eres una buena hija.

—No me acusa la conciencia de no serlo.

—¡Todavía...! ¿Quieres volver a casa y olvidar al infame que nos hace a todos desgraciados?

—No, padre mío. Mi destino es el convento. No le olvidaré ni en la muerte. Seré hija desobediente, pero falsa, nunca.

Teresa, dirigiendo una mirada alrededor, vio a Baltasar, y se estremeció exclamando:

—¡Ni siquiera aquí!

—¿Hablabas conmigo, primita? —dijo Baltasar.

—¡Contigo hablaba! ¿Ni siquiera aquí me he de ver libre de tu odiosa presencia?

—Soy uno de los servidores que te han de acompañar en tu viaje. Otros dos tenía yo hace días dignos de servirte de escolta, pero éstos hubo un asesino que los mató. A falta de ellos yo me ofrezco en su lugar.

—Con mucho gusto te hubiera dispensado de tal servicio —replicó Teresa con vehemencia.

—Yo soy el que no puedo dispensarme a falta de mis fieles criados, a quienes un malvado ha dado muerte.

—Así debía ser —respondió ella con igual ironía—, porque los cobardes se guarecen siempre tras de sus criados, a quienes dejan matar.

—Esa cuenta aún no está liquidada... mi querida prima —contestó Baltasar.

Ese diálogo fue mucho más breve que su relato, y mientras don Tadeo saludaba a la superiora y otras religiosas. Las cuatro señoras, seguidas por Baltasar, habían salido del atrio del convento y en esto se encontraron cara a cara con Simón Botelho, recostado contra la esquina de la calle próxima.

Teresa le vio, más bien le presintió antes que todos, y exclamó:

—¡Simón...!

El hijo del corregidor no se movió de su sitio.

Baltasar, asombrado del encuentro y fijando en él sus ojos, aún dudaba.

—¿Es creíble que este infame se presente aquí? —exclamó de Castro Daire.

Simón dio algunos pasos y dijo plácidamente:

—¡Infame yo...! ¿Y por qué?

—Infame, e infame asesino —replicó Baltasar—. Retírese usted de mi presencia.

—Este hombre es tonto —dijo el estudiante—. Yo no discuto con usted... Señora —dijo a Teresa con la voz conmovida y con el semblante animado sólo por los afectos del corazón—. Sufra usted con la resignación de que yo le doy ejemplo. Lleve su cruz sin maldecir la violencia, y tal vez a medio camino de su calvario la misericordia divina le aumente sus fuerzas para el sufrimiento.

—¿Qué dice este canalla? —dijo Tadeo.

—Viene aquí a insultarle —respondió Baltasar—. ¡Tiene la petulancia de presentarse a su hija para animarla en su extravío! ¡Esto es demasiado! Retírate,

villano, si no quieres que te aplaste.

—Villano es el infeliz que me amenaza sin atreverse a dar un solo paso hacia adelante —contestó el hijo del corregidor.

—No lo he hecho —exclamó enfurecido Baltasar— por creer que podía envilecerme castigándote en presencia de los criados de mi tío, a quienes puedes suponer mis defensores, ¡canalla!

—Si así es —replicó sonriendo Simón—, me parece que nunca llegaré a hallarme frente a frente con usted. Le creo tan cobarde, tan sin dignidad, que me veré tal vez obligado a mandarle apalear por el primer ganapán en una esquina.

Baltasar Coutinho se echó ciego de cólera sobre Simón. Llegó a apretarle la garganta con las manos, pero pronto perdieron el vigor sus dedos. Cuando las señoras llegaron a querer interponerse entre los dos, Baltasar tenía la parte alta del cráneo abierta por una bala que le había entrado por la frente. Vaciló un segundo, y cayó desplomado a los pies de Teresa.

Tadeo de Albuquerque prorrumpió en altas exclamaciones. Los mozos y lacayos rodearon a Simón, que conservaba el dedo en el gatillo de la otra pistola. Animándose unos a otros y excitados por las exhortaciones del anciano, iban a lanzarse sobre el homicida, con riesgo de su vida, cuando un hombre, con la cara cubierta por un pañuelo, desembocó de la calle próxima y vino rápidamente, con un trabuco montado, a colocarse al lado de Simón. Los criados no se atrevieron a seguir adelante.

—Huya usted, que la yegua está al fin de la calle —dijo el herrador a su huésped.

—No huyo... usted es quien debe retirarse, y pronto —respondió Simón.

—Huya, que se va juntando gente, y de aquí a nada acudirá tropa.

—Ya le he dicho a usted que no huyo —replicó el novio de Teresa, fija su mirada en ella, que había caído sin sentido sobre la escalinata de la iglesia.

—¡Está usted perdido! —replicó Juan de la Cruz.

—Ya lo estaba. Retírese, amigo mío, se lo ruego por su hija. Mire que puede serme aún útil. Huya.

Cuando el herrador emprendió la fuga, hasta llegar a donde estaba la yegua y montar en ella, empezaban a abrirse todas las puertas.

Uno de los primeros vecinos que, a razón de su oficio, salió a la calle fue el alguacil mayor.

—¡Prenderle, prenderle, que es un asesino! —gritaba Tadeo de Albuquerque.

—¿Cuál es? —preguntó el alguacil.

—Soy yo —respondió el hijo del corregidor.

—¡Usted, señor! —dijo el alguacil sorprendido, y aproximándose añadió a media voz—: Venga, que yo le dejaré escapar.

—Yo no huyo —dijo Simón—, me doy preso. Aquí tiene mis armas.

Y entregó las pistolas.

Tadeo de Albuquerque, cuando llegó a calmarse, hizo transportar a su hija a una

de las literas, y mandó que dos criados la acompañasen a Oporto.

Las hermanas de Baltasar siguieron al cadáver de su hermano hasta casa de su tío.

CAPÍTULO XI

EL corregidor se despertó con el gran ruido que había en toda la casa, y preguntó a su mujer, a quien suponía también despierta en el cuarto inmediato, qué trastorno general era aquél. No recibiendo respuesta alguna, agitó frenéticamente la campanilla y empezó a gritar al mismo tiempo, aterrado con la idea de que pudiese haber fuego en la casa.

—¿Qué estruendo es éste? ¿Quién grita así? —exclamó Domingo Botelho.

—Aquí quien grita más eres tú —respondió doña Rita.

—¡Yo! ¿Pero quién está llorando?

—Son las niñas.

—¿Y por qué? Vamos, dime, ¿qué pasa?

—Lo vas a saber. Simón mató a un hombre.

—¿En Coímbra...? ¿Y meten ustedes tanta bulla por eso?

—No ha sido en Coímbra, es en Viseu —replicó doña Rita.

—¿Te estás burlando de mí? Estando el muchacho en Coímbra hace una muerte en Viseu. Ése sería un caso que no se halla previsto en las ordenanzas del reino.

—Tú eres el que lo toma a broma. Nuestro hijo ha muerto esta madrugada a Baltasar Coutinho, sobrino de Tadeo de Albuquerque.

Domingo Botelho mudó enteramente de tono.

—¿Ha sido preso? —preguntó el corregidor.

—Está en casa del juez.

—Mándame llamar al alguacil mayor. ¿Sabes cómo y por qué ha sido esa muerte? Mándame llamar al alguacil sin tardanza.

—¿Por qué no te vistes tú y vas a casa del juez?

—¿Y a qué voy a ir yo a casa del juez?

—A enterarte por nuestro mismo hijo de cómo fue el lance.

—Antes que padre, soy corregidor. No es a mí a quien toca tomarle declaración. Señora doña Rita, basta de lágrimas; diga a las niñas que se callen o que se vayan a llorar al jardín.

Llamado el alguacil, dijo detalladamente cuanto sabía, y añadió que se había averiguado que amores con la hija de Albuquerque habían sido la causa de aquella desgracia.

Acabado el relato, Domingo Botelho dijo al alguacil:

—El señor juez que cumpla la ley. Si no es rígido, yo le obligaré a que lo sea.

Cuando se hubo retirado el alguacil, doña Rita dijo a su marido:

—¿Qué significa esa manera de tratar a tu hijo?

—Significa que soy corregidor de esta comarca, y no protejo a asesinos por celos, y celos de la hija de un hombre a quien detesto. Preferiría ver antes mil veces muerto a Simón que enlazado a esa familia. Le he escrito muchas veces diciéndole que le

expulsaría de mi casa si llegaba a tener la seguridad de que mantenía correspondencia con tal mujer. No pretenderás tú que yo vaya a sacrificar mi reputación de íntegro a un hijo desobediente, y por añadidura homicida.

Doña Rita, en parte por afecto maternal, y más aún por espíritu de contradicción, disputó largo rato; pero desistió, obligada a ello, por la insólita pertinacia y cólera de su marido. Tan iracundo y duro en la expresión, nunca le había visto ella. Cuando llegó a decirle: «Señora, en casos de poca monta su dominio podía ser tolerante; pero en tocando a cuestiones de honra, se acaba por completo; déjeme usted en paz». Doña Rita, oyéndole y contemplando la fisonomía de Domingo Botelho, comprendió que era al fin y al cabo una mujer, y se retiró sin añadir una palabra más.

A la sazón llegaba a la antesala el juez, y el corregidor salió a recibirlo, no con el semblante amable de quien va a agradecer un favor y solicitar indulgencia, sino que, por lo adusto, parecía dispuesto a reprender al juez por haber venido con aquella visita a dar a entender que la balanza de la justicia podía ser infiel en sus manos.

—Empiezo por darle el pésame por la desgracia de su hijo —dijo el juez.

—Muchas gracias. Lo sé todo. ¿Está incoada la causa?

—Yo no podía menos de admitir la denuncia.

—Si no la hubiese usted admitido, yo le hubiera obligado a cumplir con su deber.

—La situación de don Simón es pésima. Confiesa todo. Dice que ha muerto al verdugo de la mujer que amaba.

—Ha hecho muy bien —dijo con voz ronca el corregidor.

—Le pregunté si había sido en propia defensa, y le hice señal para que respondiese afirmativamente. Me respondió que no; que para defenderse hubiera empleado la punta de la bota y no un arma de fuego. He buscado todos los medios honrosos de hacerle responder en términos que denotasen alucinación o demencia; pero como contesta y replica con tanto seso y presencia de espíritu, es imposible suponer que el asesinato no fuese perpetrado muy intencionadamente y en el goce de su plena razón. He aquí una triste y especialísima posición. Hubiera querido favorecerle, pero no puedo.

—Y yo no puedo ni quiero, señor juez letrado. ¿Está en la cárcel?

—Aún no; está en mi casa. Vengo a saber si usted determina que se le prepare decentemente el calabozo.

—Yo no determino nada. Figúrese usted que el preso no tiene aquí ningún pariente.

—Pero señor corregidor —dijo el juez en tono triste y compungido—, usted es padre.

—Yo, en este momento, no soy más que magistrado.

—Es demasiada severidad, perdone usted mi reflexión amistosa. Ahí está la ley para castigarle; pero no le castigue usted con su odio. La desgracia aplaca el rencor de los extraños, cuanto más el afectuoso resentimiento de un padre.

—Yo no le odio, lo que hago es desconocer a ese hombre de quien me habla.

Cumpla usted con su deber, que así se lo manda el corregidor, y el amigo, más tarde, le agradecerá su atención.

Salió el juez de casa del corregidor y fue a encontrar a Simón en la misma actitud en que lo había dejado.

—Vengo de hablar con su padre —dijo el juez—; lo he encontrado más encolerizado de lo que era de suponer. Creo que por ahora no puede usted esperar nada de su influencia y protección.

—¿Y eso qué importa? —respondió tranquilamente Simón.

—Importa muchísimo, señor Botelho. Si su padre quisiera, habría mil remedios de dulcificar el rigor de las leyes.

—¿Y a mí qué me importa la sentencia? —replicó el hijo del corregidor.

—Por lo que veo, no le importa subir a la horca.

—No, señor.

—¡Cómo! ¡Qué dice! —contestó estupefacto el juez.

—Digo que mi corazón es indiferente al destino de mi cabeza.

—¿Y sabe usted que su padre no le da amparo, ni siquiera le socorre en sus primeras necesidades mientras esté en la cárcel?

—No lo sabía, ¿y qué? ¿Qué más da morir de hambre o morir en el patíbulo?

—¿Por qué no escribe usted a su madre? Pídale que...

—¿Y qué le he de pedir a mi madre? —interrumpió Simón.

—Pídale que aplaque la cólera de su padre, si no no va usted a tener ni quien le alimente.

—¿Usted me cree acaso un miserable ocupado en saber dónde he de almorzar hoy? Creo que no es al juez a quien incumben estas menudencias del estómago.

—Seguramente no —respondió el juez—. Haga lo que quiera.

Y llamando al alguacil mayor, le entregó al reo, dispensándole de reclamar el auxilio de fuerza armada para acompañarle.

El carcelero recibió respetuosamente al preso, y lo alojó en una de las habitaciones mejores de la cárcel, pero desprovista de toda clase de muebles.

Otro preso le prestó una silla ordinaria. Simón se sentó, cruzó los brazos sobre el pecho y se puso a meditar.

Poco después, entró un criado de su padre trayéndole el almuerzo, y diciéndole que su madre se lo mandaba a escondidas, y le entregó una carta, cuyo contenido importa saber. Simón, antes de tocar el almuerzo, que dejó con su cesta en el suelo, leyó lo siguiente:

«¡Infeliz, estás perdido!

»Yo no te puedo favorecer, porque tu padre se muestra inexorable. A escondidas de él te mando el almuerzo, y no sé si podré mandarte la comida.

»¡Qué destino el tuyo! ¡Ojalá hubieses muerto al nacer!

»Muerto me dijeron que habías nacido; pero el sino fatal no quiso perder su víctima.^[4]

»¿Para qué abandonaste Coímbra? ¿A qué has venido, desgraciado? ¡Ahora acabo de saber que te hallas fuera de Coímbra hace quince días, y nunca has tenido una palabra para tu madre!...».

Simón suspendió la lectura, y exclamó para sí:

«¡Cómo es esto! ¿Pues mi madre no mandó llamar a Juan de la Cruz, y me envió dinero?».

—Mire que el almuerzo se enfría, señorito —dijo el criado.

Simón continuó leyendo sin oír al criado.

«Debes estar sin dinero, y yo desgraciadamente no puedo mandarte ni un *pinto*.^[5] Tu hermano Manuel, desde que se fugó a España, absorbe todas mis economías. Veremos, pasado algún tiempo, lo que puedo hacer; pero temo mucho que tu padre salga de Viseu y nos lleve a Villa Real, para abandonarte por completo a toda la severidad de las leyes.

»¡Pobre Simón mío! ¿Dónde has estado escondido quince días? Hoy mismo es cuando tu padre ha recibido carta de un profesor, participándole tu ausencia de las clases y tu salida para Oporto, según decía el arriero que te había acompañado.

»No puedo más. Tu padre ya ha pegado a Rita, porque decía que quería ir a la cárcel.

»Cuenta con lo poco que puede valer una pobre madre al lado de un hombre enfurecido, como lo está tu padre».

Simón reflexionó algunos instantes, y, vino a dar en la cuenta de que el dinero que había recibido era de Juan de la Cruz. Cuando abandonó su espíritu esta meditación, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—No llore, señorito —dijo el criado—, los trabajos se han hecho para los hombres, y Dios hace siempre todo por lo mejor. Vamos, almuerce don Simón.

—Llévate el almuerzo —contestó el estudiante.

—¡Qué! ¿No quiere usted almorzar?

—No, ni que vuelvas por aquí. Yo no tengo familia. No quiero absolutamente nada de casa de mis padres. Di a mi madre que yo estoy tranquilo, bien alojado y feliz y satisfecho de mí. Puedes retirarte.

El criado salió y dijo al carcelero que su amo estaba loco; doña Rita encontró probable la suposición del sirviente, y halló en las palabras de su hijo la evidencia de su locura.

Cuando el carcelero volvió al cuarto, venía acompañado por una muchacha aldeana: era Mariana. La hija de Juan de la Cruz, que hasta aquel momento no había ni siquiera dado la mano a su huésped, corrió a él con los brazos abiertos y la cara bañada en lágrimas.

El carcelero se retiró, diciendo para sí: «Ésta me parece aún más bonita que la hidalga».

—No quiero ver lágrimas, Mariana —dijo Simón—. Aquí si alguien debe llorar, soy yo; pero lágrimas dignas de mí, lágrimas de gratitud por los favores que he

recibido de usted y de su padre. Acabo de saber que mi madre nunca me ha mandado dinero alguno y que, por consiguiente, era de su padre de usted el dinero que recibí.

Mariana escondió la cara en el delantal, con que secaba sus lágrimas.

—¿Ha corrido algún peligro su padre? —dijo Simón en tono sólo para ella perceptible.

—No, señor.

—¿Está en casa?

—Sí, señor, y está fuera de sí. Quería venir aquí; pero yo no le he dejado.

—¿Le persiguió alguien?

—No, señor.

—Dígale usted que esté sin cuidado, y vaya usted en seguida a sosegarle.

—Yo no puedo irme sin cumplir lo que él me ha encargado. Voy a salir y vuelvo de aquí a un rato.

—Mándame comprar una mesa, una silla, tintero y papel —dijo Simón dándole dinero.

—Luego vendrá todo; ya podía estar aquí; pero mi padre me ha dicho que no comprase nada hasta saber si su familia le mandaba lo necesario.

—Yo no tengo familia, Mariana. Tome el dinero.

—No puedo recibir dinero sin permiso de mi padre. Para esas compras me sobra con lo que traigo. ¿Y cómo está usted de su herida?

—Hasta ahora no me había vuelto a acordar de que estoy herido —dijo Simón sonriendo—. Debe ir bien, porque no me duele. ¿Ha sabido algo de Teresa?

—He sabido que ha salido para Oporto. Me han contado que su padre la ha mandado meter, sin sentido, en la litera, y hay mucha gente reunida a la puerta de la casa del señor de Albuquerque.

—Bien está, Mariana... No hay desgraciado sin amparo. Vaya, piense en su huésped y sea su ángel de misericordia.

De nuevo se le saltaron las lágrimas a la joven y, entre sollozos, le dijo estas palabras:

—Tenga resignación. No será abandonado. Figúrese que se le ha presentado hoy su mejor hermana.

Y diciendo esto sacó de sus grandes bolsillos un paquete con bizcochos y una botella de licor de canela, que puso en la silla.

—Mal almuerzo es éste, pero no he encontrado otra cosa a mano —y salió apresuradamente como para evitar las expresiones de gratitud del desgraciado preso.

CAPÍTULO XII

EN aquel mismo día, el corregidor mandó a su mujer e hijas que se preparasen para salir a la mañana siguiente de Viseu con todo lo que pudiese ser transportado a lomo.

Voy a transcribir la sencilla y triste reminiscencia de una señora de aquella familia, tal como la poseo, por una carta que me dirigió hace algunos meses.

«Ya han pasado cincuenta y siete años y aún me acuerdo, como de lo sucedido ayer, de aquellos tristes acontecimientos de mi juventud. No sé por qué hoy se me presentan a la memoria con más claridad que nunca las cosas de la infancia. Creo que hace treinta años no las recordaba con tantas circunstancias y pormenores.

»Cuando mi madre nos dijo, a mí y a mis hermanas, que hiciésemos nuestros baúles, todas nos desatamos a llorar, de manera que encendió en ira a nuestro padre. Mis hermanas, como mayores o más conocedoras del rigor de los castigos, se callaron en seguida; yo, sin embargo, que sólo una vez, y únicamente por causa de Simón, había sido castigada, continué llorando, y tuve el inocente atrevimiento de pedir a mi padre que me dejase ir a ver a mi hermano en la cárcel, antes de salir de Viseu.

»Entonces fui castigada por segunda vez y rudamente.

»El criado que llevó la comida a la cárcel, volvió con ella y nos contó que Simón ya tenía algunos muebles en su cuarto y estaba comiendo, y al parecer tranquilo. A aquella hora todas las campanas de Viseu tocaban a difuntos por el alma de Baltasar.

»Al lado de mi hermano, dijo el criado que estaba una linda aldeana, triste y llorosa.

»Señalándola al criado, cuando en ella reparó, dijo Simón: “Ésta es mi familia”.

»Al día siguiente de madrugada salimos para Villa Real. Mi madre no cesaba de llorar; mi padre, enfadado con esto, salió de la litera en que venía, me metió en su lugar e hizo toda la jornada en mi cabalgadura.

»Cuando llegamos a Villa Real eran frecuentes las riñas en casa con motivo de Simón, que mi padre dejó la familia y se fue a vivir solo a la quinta de Montezelos. Mi madre quiso también abandonarnos y marcharse a Lisboa a casa de sus primos, para obtener que mi hermano fuese puesto en libertad. Pero mi padre, cuyo carácter se había transformado por completo cuando supo esta determinación, amenazó a mi madre con obligarla judicialmente a no salir de casa de su marido.

»Escribía mi madre a Simón y no recibía respuesta. Creía ella que su hijo no le quería contestar; muchos años después hallamos entre los papeles de mi padre todas las cartas que ella había escrito. Era evidente que mi padre las había interceptado en el correo.

»Una señora de Viseu escribió a mi madre, elogiándola por el mucho cariño y caridad con que atendía a las necesidades de su desgraciado hijo. Esta carta le fue entregada por un arriero, si no, hubiera tenido el mismo destino que las otras.

Admirada quedó mi madre de lo que decía su amiga, y le confesó que ella no le había socorrido, y Simón había rechazado lo poco que ella había intentado hacer en su favor. A esto respondió la señora de Viseu que una muchacha, hija de un herrador, estaba viviendo en la vecindad de la cárcel, cuidaba del preso con esmero y abundancia, y decía a todo el mundo que estaba allí por encargo y a costa de doña Rita. La amiga de mi madre añadía que alguna vez había mandado llamar a aquella guapa muchacha, queriendo darle algunos platos escogidos para Simón; pero que ella los rehusaba siempre, diciendo que él no quería aceptar nada de nadie.

»De tiempo en tiempo recibíamos estas noticias, siempre tristes, porque, ausente mi padre, todas las personas distinguidas de Viseu se conjuraron contra mi pobre hermano.

»Mi madre escribió, a sus parientes de la capital, implorando el regio indulto para su hijo; pero aquellas cartas no salían del correo, y todas iban a parar a manos de mi padre.

»¿Y qué hacía éste entretanto, allá en la quinta, separado de su familia y dejando consumarse la ruina de su hijo? Rodeado de jornaleros, se había puesto a roturar aquel gran monte, donde aún hoy entre las matas y maleza se pueden ver algunas de las cepas que empezó a plantar. Mi madre le escribía lamentando la suerte de su hijo, y mi padre apenas le respondía que la justicia era cosa muy seria, y que en la antigüedad los mismos padres castigaban los crímenes de sus hijos.

»Tuvo mi madre el atrevimiento de irle a buscar un día, solicitando su permiso para ir a Viseu. Mi inexorable padre se lo negó, y la trató duramente de palabra.

»Al cabo de siete meses supimos que Simón había sido condenado a morir en la horca, levantada en el mismo lugar donde había hecho la muerte. Se cerraron las ventanas durante ocho días, nos pusimos todas de luto y mi madre cayó enferma.

»Cuando llegó la noticia a Villa Real, todas las personas más ilustres de la comarca fueron a Montezelos a fin de inclinar a mi padre a emplear su valimiento para salvar a su hijo, ya condenado. De Lisboa vinieron algunos parientes a protestar contra la infamia que tal ignominia haría recaer sobre toda la familia. Mi padre contestaba a todos en estos términos: “La horca no ha sido inventada solamente para los que no saben el nombre de su abuelo. La ignominia de las familias son las malas acciones. La justicia no infama sino a aquellos que castiga”.

»Teníamos un tío abuelo muy anciano y venerable, que se llamaba Antonio da Veiga. Éste fue quien hizo el milagro, del siguiente modo: “Dios me ha conservado la vida hasta los ochenta y tres años. ¿Podré vivir dos o tres más? Esto ya no es vida; pero lo ha sido, honrada y sin mancha, hasta ahora, y por eso es menester que así acabe; mis ojos no han de ver la deshonra de mi familia. Domingo, o tú me prometes ahora mismo salvar a tu hijo de la horca, o me mato en tu presencia”. Y al decir esto se llevó al pescuezo una navaja de afeitar. Mi padre le detuvo la mano y le prometió que Simón no sería ahorcado.

»Al día siguiente salió mi padre para Oporto, donde tenía muchos amigos en la

audiencia, y de allí se fue a Lisboa.^[6] A principios de marzo de 1805 supo mi madre con gran placer que Simón había sido trasladado a la cárcel de la audiencia de Oporto, venciendo los grandes obstáculos que a tal mudanza pusieron los querellantes, que eran Tadeo de Albuquerque y las hermanas del muerto.

»Después...».

Aquí suspendemos el extracto de la carta, para no anticipar la narración de los sucesos; que es necesario, por consideración al arte, reanudar el hilo interrumpido.

Simón Botelho vio imperturbable llegar el día en que iba a ser juzgado. Se sentó en el banco de los homicidas sin abogado ni testigos de cargo. Al interrogatorio respondió con la misma serena frialdad que lo había hecho en los primeros momentos al juez. Obligado a explicar las causas que motivaron su crimen, lo hizo con toda lealtad, pero sin articular el nombre de Teresa de Albuquerque. Cuando el abogado de la acusación profirió aquel nombre, Simón se levantó de repente, y exclamó:

—¿Qué viene a hacer aquí, a este antro de infamia y sangre, el nombre de una señora? ¿Qué miserable acusador es ese que no sabe con la confesión del reo probar la necesidad del verdugo, sin encenagar la reputación de una mujer? Mi acusación está hecha: yo la he hecho; ahora que hable la ley calle el villano que no sabe acusar sin infamar.

El juez le impuso silencio, y Simón se sentó murmurando:

—¡Todos son unos miserables!

El reo oyó la sentencia de muerte en la horca en el lugar del delito. Al mismo tiempo salieron entre la multitud unos gritos desgarradores. Simón se volvió hacia la turba, y dijo:

—¡Vais a tener un bello espectáculo! La horca es la única fiesta del pueblo. Llevaos a esa pobre mujer que llora; ésa es la única criatura para quien mi suplicio no será un pasatiempo.

Mariana fue transportada en brazos a su casita inmediata a la cárcel.

Simón, cuando con toda la agilidad y fuerza de los dieciocho años, iba desde el tribunal a la cárcel, oyó diferentes voces que alternativamente decían:

—¿Cuándo le llegará el momento?

—¡Bien hecho! Irá a pagar por los inocentes que su padre ha mandado ahorcar.

—¡Quería apañar a la mayorazga a balazos!

—¡Claro! ¡Si estos señores se creen que no hay más sino matar...!

—Si el muerto fuese un pobre, ya verías como a estas horas estaría en su casa.

—¡Eso es verdad!

—¡Mira qué alta lleva la cabeza!

—Déjale, que pronto vendrá quien se la haga caer sobre el pecho.

—Dicen que el verdugo está en camino.

—Llegó anoche, y trae dos cuchillas en un cesto.

—¿Tú le has visto?

—Yo no; pero me lo ha dicho mi comadre, que se lo ha dicho la vecina del

cuñado de su prima, y también me ha dicho que tienen al verdugo escondido en un calabozo.

—¿Tú llevas a tus chicos a ver la ejecución?

—¡Ya lo creo! Estos ejemplos no se deben perder.

—Yo, por mi parte, ya he visto ahorcar a tres, que me acuerde, y todos por muertes.

—Sí, y por eso hace dos años despachaste al otro barrio sin confesión a Amaro Lampreia.

—Así fue; pero de seguro, si yo no lo despacho, él me hubiera dado el pasaporte para la otra vida.

—Pero entonces, ¿de qué sirve el ejemplo?

—¿De qué sirve el ejemplo? Yo no lo sé. Fray Anselmo, de los franciscanos, es quien dice que los padres deben llevar a sus hijos a ver las ejecuciones.

—Eso será para que no le desuellen a él, como él nos desuella con sus petitorios.

Tan sereno de espíritu iba Simón, que a veces vagaba por sus labios una sonrisa, motivada por aquella filosofía del pueblo acerca de la horca.

Cuando se retiró a la prisión, le vinieron a manifestar que le quedaba el recurso de apelación dentro del plazo legal. Respondió que no apelaba; que estaba contento con su suerte y conforme con la decisión de la justicia.

Preguntó por Mariana, y el carcelero le dijo que la iba mandar llamar. Se presentó Juan de la Cruz, y llorando, se lamentó de que iba a perder a su hija, porque estaba delirando, hablando de la horca y pidiendo que la matasen primero. Profundo fue entonces el dolor del estudiante, porque, como si se rasgase ante sus ojos un velo, vio que Mariana le amaba hasta morir por él. Hubo, tal vez, momentos en que la imagen de Teresa se desvanecía de su corazón, si es posible creerlo. Porque la contemplaba entonces como un ángel redimido en tranquila contemplación de su Creador, al paso que Mariana se le presentaba como el símbolo del tormento, muriendo desesperada y sin un instante de amor remunerado, que le sirviese de compensación a su martirio. Una muriendo amada; otra, agonizando, sin haber oído la palabra «amor» de los labios que escasamente le habían fingido frías expresiones de gratitud.

Lloró entonces aquel hombre de hierro. Lloró lágrimas tan sentidas como las amarguras por que pasaba la desgraciada Mariana.

—Cuide a su hija, señor Cruz —dijo Simón, en tono de ferviente súplica, al herrador—. Déjeme usted a mí, que estoy bueno y robusto. Vaya usted a consolar a esa pobre que ha nacido bajo el influjo de mi mala estrella. Sáquela de Viseu, llévesela a su casa. Sálvela, para que en este mundo queden dos seres para llorarme. La asistencia con que me ha favorecido ya puede dispensarse estando mi fin cercano. Dentro de pocos días me pondrán en capilla; bueno será que su hija de usted lo ignore.

A su vuelta, Juan de la Cruz halló a su hija tendida en el suelo, con una herida en la frente y llorando y riendo alternativamente; en una palabra, loca. Se la hubo de

llevar atada a su casa, y dejó a cargo de otra persona la asistencia al preso.

Terribles fueron entonces las solitarias horas del condenado. Hasta aquel día Mariana, bienquista del carcelero y protegida por la amiga de doña Rita, tenía entrada franca en la cárcel a todas las horas del día, y raras veces dejaba al preso solo. Mientras él escribía, ella se dedicaba a la costura o al arreglo y limpieza del cuarto. Si Simón estaba en cama enfermo o abatido, Mariana, que tenía algunas nociones de escritura, se sentaba a la mesa y escribía cien veces el nombre de Simón, que muchas veces borraba con sus lágrimas. Y así, de este modo, pasaron siete meses sin oír nunca ni proferir una palabra de amor. Siempre así, después de las vigiliass nocturnas, ora en las oraciones, ora en el trabajo, ora en el camino de su casa, a donde iba a ver a su padre a deshoras.

El preso, con la horca por perspectiva, al rechinar sobre sus goznes la pesada puerta que le graduaba el aire, medido y calculado de manera que los horrores de la asfixia los gozase el cordel del patíbulo, nunca más volvió a ver entrar a aquella dulce criatura. ¡Nunca más!

Y cuando evocaba la imagen de Teresa, un capricho de la imaginación le presentaba a la par la sombra de Mariana. Veía a las dos llorando. Se echaba entonces de la cama, apretaba convulso con sus manos los hierros de la ventana, y pensaba en deshacerse el cráneo contra aquella reja.

No le sostenía la esperanza en la tierra ni en el cielo. Ningún rayo de luz divina penetró en su calabozo. El ángel de la piedad había encarnado en aquella criatura celestial, que perdió el juicio, y tal vez había vuelto al cielo con su espíritu. Lo que le salvaba del suicidio no era, por tanto, ni esperanza en Dios ni en los hombres; era este pensamiento: «¡Al cabo, *cobarde!* ¿Qué valor es el morir cuando no hay esperanzas de vida? ¡La horca es un triunfo cuando se encuentra al final del camino de la honra!».

CAPÍTULO XIII

¿Y Teresa?

Lo preguntan a tiempo, señoras mías, y no me quejaré si me acusan de haberla olvidado y sacrificado a incidentes de menor entidad.

Olvidado, no. Ha mucho que vuela en derredor mío, como el ideal querubín de los santos, en esta mi casi oscuridad,^[7] aquella avecilla del cielo, y parece pedirme que cubra de flores el rastro de sangre que dejó en la tierra. Más lágrimas que sangre dejaste, ¡oh hija de la amargura! Flores son tus lágrimas, y dime tú desde el cielo si sus perfumes no valen más a los pies de tu Dios que las oraciones de muchas devotas; de esas que mueren santificadas por el mundo, y cuyo olor de santidad no pasa del olfato hipócrita o estúpido de los mortales.

Ya visteis a Teresa transportada desde la escalera del templo, donde cayó desmayada, a la litera que la condujo a Oporto. Recobrando los sentidos, encontró enfrente de sí a una criada que le dirigía frases para consolarla tan frías como banales. Si alguna de las criadas de su padre podría serle agradable, no era por cierto aquélla, escogida ex profeso por él para acompañarla. Ni, al menos, le quedaba a la pobre joven el consuelo de poder desahogar libremente su dolor en lamentos. Pero, como se verá, la compasión tocó súbitamente el corazón de aquella mujer, hasta entonces desafecta a su ama.

Teresa, en tanto, se preguntaba a sí misma si aquella horrorosa situación sería un sueño. Sentía de nuevo faltarle el aliento, y volvía a la vida, como sacudida por la conciencia de su desgracia. Condolida la criada, la incitó a desahogarse, acompañándola con sus lágrimas, y diciéndole:

—Puede hablar, señorita, nadie nos sigue.

—¿Nadie?

—Sus primas se han quedado; sólo vienen dos lacayos.

—¿Y mi padre tampoco?

—No, señora. Puede usted llorar libremente.

—¿Y ahora vamos a Oporto?

—Sí, señora, allí vamos.

—¿Y tú te has enterado de todo lo que ha sucedido, Constanza?

—Desgraciadamente todo lo he visto.

—¡Ah, sí! ¿Qué ha habido? Cuéntamelo todo.

—Ya sabe usted que su primo ha muerto.

—¿Muerto? Yo le vi caer a mis pies, pero creí...

—Murió en el acto, y después los criados, por mandato de su padre, trataron de detener a don Simón; pero él con otra pistola...

—Y huyó, ¿no es verdad? —interrumpió Teresa con vehemencia y alegría.

—No, señora, al cabo fue él mismo quien se entregó.

—¿Está preso?

Y sofocada por los sollozos, ocultando la cara entre las manos, no atendió a ninguno de los consuelos de Constanza.

Pasado el primer arrebató de dolor, Teresa propuso a la criada el plan descabellado de dejarla escaparse en la primera posada donde pernoctasen, para ir a Viseu a dar el último adiós a Simón.

Con gran trabajo consiguió la criada disuadirla de su intento, pintándole los peligros y desgracias que podían acumularse, y animándola con la esperanza de que Simón saliese libre, gracias a la influencia de su padre y a pesar de sus contrarios.

Poco a poco estas reflexiones fueron penetrando en el espíritu de Teresa.

Abatida, llorosa, y a veces desfalleciendo por completo, pasó Teresa la jornada hasta Monchique, donde llegó al quinto día de marcha.

La superiora estaba ya instruida de lo sucedido por un emisario que se había adelantado a la lenta marcha de la litera.

Teresa fue acogida con dulzura por su tía, a pesar de que el encargo de Tadeo de Albuquerque era mantenerla en rigurosa clausura y con prohibición absoluta de escribir, fuese a quien fuese.

La abadesa oyó de boca de su sobrina el fiel relato de todos los acontecimientos, y vio una a una las cartas de Simón Botelho. Lloraron juntas y se abrazaron; pero la superiora, enjugando su llanto de mujer al calor de su austeridad religiosa, habló y aconsejó como monja, y monja que mortificaba su cuerpo con el cilicio y su espíritu con las privaciones y el aislamiento de cuarenta años.

Faltábanle a Teresa fuerzas para rebelarse. Dejó a su tía la santa vanidad de exorcizar al demonio de las pasiones, y dirigió una sonrisa al ángel de la muerte que, entre su amor y su esperanza, interponía sus negras alas, que a veces brillan con luz tan refulgente en el seno de los infieles.

Teresa manifestó deseos de escribir.

—¿A quién, hija mía? —le preguntó la superiora.

Teresa no contestó.

—Escribirle, ¿y para qué? —dijo la religiosa—. ¿Crees tú acaso, hija mía, que tus cartas llegarán a sus manos? No vas a hacer más que redoblar la ira de tu padre contra ti y contra el desgraciado preso. Si le amas, como creo, a pesar de todo, piensa en salvarlo. Si puedes dominar tu dolor, disimula; procura que llegue a conocimiento de tu padre que en todo estás dispuesta a obedecerle, para ver si él se apiada de tu pobre amigo.

Teresa no replicó. Dirigió otra sonrisa al ángel de la muerte, y le pidió que la envolviese a ella, a su amor y a su esperanza en el negro crespón de sus alas.

Cada mes recibía la abadesa de Monchique una carta de su primo. Eran estas cartas un desahogo a su sed de venganza. En todas aseguraba el anciano que el asesino iría al patíbulo sin remedio. Teresa no veía estas cartas, pero reparaba en las lágrimas de la compasiva monja.

El débil organismo de Teresa iba rápidamente debilitándose. La ciencia la condenó a una muerte próxima. Informaron de ello a Tadeo de Albuquerque, y respondió que no deseaba su muerte; pero que si Dios le era servido llevársela, moriría más tranquilo y con su honra sin mancilla. Ésta era la honra inmaculada del hidalgo de Viseu... La honra que, según dicen, procede en línea recta de las virtudes de Sócrates, de la virtud de Jesucristo y de la virtud de millares de mártires que se entregaron a las garras de las fieras cuando predicaban la caridad y el perdón a los hombres.

Cuantas caricias ha inventado la simpatía y la piedad, todas, a porfía, se prodigaron, por las religiosas de Monchique, para aminorar los estragos de la pasión de ánimo que consumía a la infeliz reclusa. Todo fue inútil. Teresa retribuía con sus lágrimas la compasión de que era objeto, y al mismo tiempo se regocijaba deduciendo de tales caricias la certidumbre de que los médicos consideraban su estado sin remedio.

Una monja inadvertida le dijo un día que una amiga suya del convento de los Remedios, de Lamego, la había escrito diciendo que Simón Botelho había sido condenado a muerte.

Teresa se estremeció y murmuró, porque ya le faltaban fuerzas para una exclamación:

—¡Y yo todavía vivo!

Después rezó y lloró, y su vida continuó con los mismos y frecuentes paroxismos.

Preguntó a la monja que le había dado la noticia si su amiga del convento de los Remedios le haría la caridad de hacer llegar a manos de Simón una carta suya. La monja se mostró dispuesta a complacerla, no sin haber antes consultado a la superiora. Creyó, sin duda, esta religiosa que el último coloquio entre dos moribundos no podía perjudicarles ni en la vida temporal ni en la eterna.

Ésta fue la carta que leyó Simón quince días después de sentenciado:

«Simón, esposo mío. Lo sé todo... La muerte está con nosotros. Te escribo ya sin lágrimas. Mi agonía empezó hace siete meses. Dios ha sido misericordioso y me ha ahorrado un crimen. Recibí la noticia de tu próxima muerte, y entonces comprendí por qué me estoy muriendo hora por hora. ¡Llegó nuestro fin, Simón mío! ¿Qué se han hecho nuestras esperanzas? ¿Te acuerdas cuando tú me contabas tus sueños de felicidad y yo los míos...? ¿Qué mal harían a Dios nuestros inocentes deseos? ¿Por qué no habíamos de alcanzar lo que tantos poseen...? ¿Se ha de haber acabado así todo, Simón? ¡No puedo creerlo! La eternidad se me presenta más tenebrosa, porque la esperanza era luz que me guiaba. No debe acabar así nuestro destino. Procura unir el último hilo de tu vida a una esperanza cualquiera. ¿Nos reuniremos acaso en otro mundo mejor? ¿Habré yo merecido de Dios la dicha de contemplarte aún? Yo rezo, suplico, pero desfallezco en mi fe cuando me acuerdo de la última agonía reservada a tu martirio. La mía es tan suave, que apenas la siento. No debe ser difícil morir a quien tiene el corazón tranquilo. Lo peor es el recuerdo, el recuerdo de aquellas

esperanzas que tú hallabas en mi corazón, adivinando las tuyas. Nada importa, si tampoco nada existe después de esta vida. Al menos así, morir será olvidar. Si tú ahora pudieses vivir, ¿de qué te serviría? Yo también estoy condenada, y sin remedio. ¡Sígueme, Simón! No te cause pena el morir, no te la cause, aunque la razón te diga que podías ser feliz si no me hubieses encontrado en el camino por donde te conduje a la muerte... ¡Y qué muerte, Dios mío...! ¡Acéptala!, no te arrepientas... Si ha habido crimen, la justicia de Dios te perdonará por las angustias que has padecido en tu prisión... y en los últimos días y en presencia de la...».

Teresa iba a escribir la siguiente palabra, cuando la pluma se le cayó de la mano y fue víctima de un largo desmayo. No escribió la palabra, pero la idea de la horca puso en suspenso su existencia. De allí a un rato entró la monja en la celda a pedirle la carta, porque iba a salir el correo. Teresa, indicándosela, dijo:

—Léala usted si quiere, y ciérrela por caridad, que yo ya ni eso puedo.

Los tres días siguientes, Teresa se quedó en cama. A cada instante las religiosas que la asistían temían verle cerrar los ojos para siempre.

—¡Cómo cuesta morir! —decía alguna vez la enferma.

Menudeábanle las pláticas y exhortaciones piadosas, con que trataban de apartar su espíritu de las cosas mundanas.

Teresa las oía, y sólo decía con ansia:

—¡Pero esa esperanza del cielo sin él...! ¿Qué es el cielo entonces, Dios mío?

Y el virtuoso capellán del monasterio, no sabía decirle si los bienes del cielo tenían de común con los del mundo las delicias que así se llaman aquí falsamente.

Aquellas sutilezas espirituales, que acompañan algunas veces a las enfermedades del pecho, a modo de los últimos resplandores de la llama vital, las tenía la enferma cuando las religiosas llegaban a hablarle de la bienaventuranza. A veces, si el capellán, incitado por la lucidez de su inteligencia, entraba en los dominios de la filosofía, tratando como problema la inmortalidad, la ignorante joven argumentaba en términos concisos, pero con razones tan claras, en favor de la unión eterna de las almas, ya en este mundo enlazadas, que el sacerdote caía en la duda de si sería herético rechazar una cláusula no inscrita en los cuatro evangelios.

Maravillábase la medicina de la pertinacia de aquella vida. La abadesa había escrito a su primo Tadeo, rogándole que se apresurase a venir a ver al ángel que se despedía de la tierra. El anciano, movido a compasión o sintiendo la voz del amor paternal, resolvió sacar del convento a su hija con la esperanza de poder aún salvarla. Una razón más poderosa había que añadir a ésta: era la traslación del condenado a las cárceles de Oporto. Dióse prisa el hidalgo, y llegó a Oporto al propio tiempo que la religiosa, amiga de la otra de Lamego, entregaba la siguiente carta a Simón:

«No huyas aún de mí, Teresa. Ya no veo la horca ni la muerte. Mi padre me protege y podría salvarme. Ata el corazón al último hilo de tu vida. Prolonga tu agonía, mientras te digo que espero. Mañana salgo para las cárceles de Oporto, y allí esperaré el indulto o la conmutación de la pena. La vida es todo. Puedo amarte en la

deportación. En todas partes hay cielo y flores y Dios. Si vives, un día llegarás a ser libre; la piedra del sepulcro es la que nunca se levanta. ¡Vive, Teresa mía! Hace días creía que tus lágrimas lavarían de mi rostro las manchas del ahorcado. Esa terrible pesadilla ha pasado. Ahora respiro en este infierno; el cáñamo del verdugo ya no me aprieta en sueños la garganta. Ya fijo los ojos en el cielo, y reconozco la Providencia de los infelices. Ayer vi nuestras estrellas, aquellas confidentes de nuestros secretos en las noches de ausencia. He vuelto a la vida y tengo el corazón lleno de esperanza. ¡No mueras, hija de mi alma!».

Eran las altas horas de la noche, cuando Teresa, sentada en su cama, leyó esta carta. Llamó a su criada para que la ayudase a vestirse. Mandó abrir la ventana de su cuarto, y fue a apoyar su cabeza contra la reja de hierro. Esta ventana daba hacia el lado del mar, y el mar en aquella noche era una inmensa llanura plateada; el esplendor de la luna eclipsaba la luz de unas estrellas que buscaba Teresa en el azulado firmamento.

—Son aquéllas —exclamó.

—¿Aquéllas qué, señora?

—¡Mis estrellas...! Tan pálidas como yo... ¡La vida!, ¡ah, sí!, ¡la vida! —dijo irguiéndose y llevándose a la frente sus descarnadas manos—. ¡Quiero vivir! ¡Dejadme vivir, Dios mío!

—¡Vivirá, señorita! ¡Vivirá, que Dios es misericordioso! —dijo la criada—. Pero no tome usted el relente de la noche. La niebla del río puede hacerle mucho mal.

—Déjame, déjame, que todo esto es vivir... ¡Hace tanto tiempo que no veo el cielo! ¡Me siento resucitar aquí, Constanza! ¿Por qué no habré yo respirado este aire todas las noches? Yo podré aún vivir algunos años, ¿no es verdad, querida Constanza? ¡Pídeselo, pídeselo tú mucho a la Virgen Santísima! ¡Vamos a rezar juntas...! Vamos, que ya Simón no va a morir... mi Simón vive, y quiere que yo viva. Estará mañana en Oporto, y tal vez ya habrá llegado...

—¿Quién, señora?

—Simón, Simón que viene a Oporto.

La criada creyó que su ama deliraba; pero no quiso contrariarla.

—¿Ha tenido usted carta suya, señorita? —le dijo, creyendo que así podría sostener aquella crisis de feliz alegría.

—Sí... ¿quieres oírla?... Voy a leértela...

Y leyó la carta con gran sorpresa de Constanza, que quedó convencida.

—Ahora vamos a rezar, ¿no es esto?... Tú no le quieres mal, ¿no es verdad? Mira, Constanza, si me llego a casar con él, tú te vendrás con nosotros y verás qué feliz eres. Te vendrías, ¿no es así?

—Sí, señora, iré. ¿Pero él conseguirá su indulto?

—De seguro; ya lo verás; su padre conseguirá todo... y la Virgen Santísima es quien nos ha de unir. Pero ¡y si muero... y si muero, Dios mío!

—¡Si no tengo fuerzas...! Todos dicen que me muero, y el médico ya ni me

receta... ¡Ah, si así fuera, mejor hubiera sido expirar antes de esta hora! Morir con esperanza, ¡oh Madre del Señor...!

Y cayó arrodillada ante el devoto retablo que había traído de su cuarto de Viseu, al cual ya habían dado culto su madre y su abuela, y en cuyo rostro compasivo los ojos de dos moribundos habían fijado el último rayo de su luz.

CAPÍTULO XIV

TADEO de Albuquerque se hizo anunciar en la portería de Monchique el día siguiente a los anteriores sucesos.

La prima, la primera que se presentó en el locutorio, venía enjugando lágrimas de alegría.

—No creas que lloro por pena, primo mío —dijo ella—. Nuestro ángel, si Dios quiere, podrá salvarse. Por la mañana temprano la he visto pasear sola por los claustros. ¡Qué mudanza hay hoy en su semblante! Esto no puede ser sino un milagro patente de las dos santas cuyos cuerpos conservamos en el monasterio. Si continúa así la mejoría, podemos contar con Teresa; el cielo consentirá que este ángel esté entre nosotros algunos años más.

—Celebro mucho lo que me dices, querida prima —se apresuró a decir Tadeo—. Estoy resuelto a llevármela en seguida a Viseu y allí se restablecerá con los aires natales, que son mucho más sanos que los de Oporto.

—Es aún pronto para tan larga y penosa jornada. No vayas a figurarte que está en estado de ponerse en camino. Ten presente que ayer mismo temíamos hallarla muerta por la mañana. Déjamela aquí unos meses; más tarde no digo que no te la lleves; pero, por el momento, no puedo consentir semejante imprudencia.

—Mayor imprudencia —replicó el anciano— es dejarla en Oporto, donde, a estas horas, debe ya estar el infame asesino de mi sobrino. ¿Tal vez tú no lo sabías...? Pues así es: el canalla del corregidor se ha puesto en campaña para defenderle y ha conseguido que la Audiencia aceptase su recurso de apelación, a pesar de haber transcurrido el plazo legal; y no contento con esto, ha hecho que su hijo sea trasladado a las cárceles de Oporto. Yo ahora estoy trabajando para que se confirme la sentencia, y espero conseguirlo; pero mientras esté aquí el asesino, no quiero que mi hija permanezca en Oporto.

—Tú eres el padre y yo apenas soy una parienta —contestó la abadesa—, cúmplase, pues, tu voluntad. Quieres ver a tu hija, ¿no es así?

—Seguramente, si es posible...

—Pues bien; en cuanto vaya a llamarla, hazme el favor de entrar en la primera reja a mano derecha, que allí irá Teresa a buscarte.

En cuanto avisaron a Teresa que su padre la esperaba, los buenos colores, que tanto habían alegrado a las religiosas, se trocaron en la palidez acostumbrada. Su tía al verla así, quiso que no saliese de su cuarto, encargándose ella de diferir la entrevista con su padre.

—Si ha de ser —dijo Teresa—, es mejor que vaya, tía.

El padre, al verla, se estremeció y conmovió profundamente. Esperaba verla desfigurada, pero no tanto. Se le ocurrió que no la hubiera conocido, si no supiese que iba a ver a su hija.

—¡Cómo te encuentro, Teresa! —exclamó Tadeo con voz alterada—. ¿Por qué no me has dicho antes cuál era tu estado?

Teresa se sonrió, y dijo:

—No estoy tan mal como estas señoras creen.

—¿Te sientes con fuerzas para volver conmigo a Viseu?

—No, padre mío, no me siento siquiera con fuerzas para decirle en pocas palabras que no quiero volver a Viseu.

—¿Por qué no? ¡Y si tu restablecimiento dependiera de eso...!

—Mi restablecimiento depende de lo contrario. Aquí viviré o moriré.

—Poco a poco, Teresa —replicó Tadeo con fingida dulzura—. Si yo creo que estos aires son nocivos a tu salud, irás, porque es deber mío conducirte y auxiliarte en tu desventura.

—No lo necesito ya, padre mío. La otra vida compensará las desgracias de ésta.

—Lo creo; pero yo quiero que vivas y espero que no te falten fuerzas para ponerte en camino. En cuanto llesves unas horas de jornada, verás cómo recobras la salud como por milagro.

—Pues, padre mío, yo no me voy.

—¿Que no vienes? —exclamó encolerizado el anciano lanzándose contra la reja trémulo de ira.

—Nos separan esos hierros, contra los cuales usted se lanza, y nos separan por siempre.

—¿Y las leyes? ¿Crees tú que no tengo derecho legítimo para hacerte salir del convento? ¿No sabes que apenas has cumplido dieciocho años?

—Sé que tengo dieciocho años. No sé lo que dicen las leyes, ni me importa ignorarlo. Si es posible que su mano venga a arrancarme violentamente de este asilo, esté usted persuadido que esa mano no encontrará más que un cadáver. Después que hagan de mí lo que quieran. Pero mientras yo aliente para poder decir que no voy, le juro a usted, padre mío, que no iré.

—Ya sé lo que eso significa —dijo el anciano—. Te han dicho que el asesino está ya en Oporto.

—Sí, señor, lo sé.

—Y dices eso sin vergüenza y horror de ti misma. Y aún...

—Padre mío —interrumpió Teresa—, no puedo continuar oyéndole, me siento muy mal. Deme usted su permiso... y vénguese como quiera. Mi mayor gloria en este largo martirio sería la horca levantada al lado de la del asesino.

Teresa salió del locutorio, dio algunos pasos en dirección a su celda, y se apoyó casi sin sentido en la pared. Acudieron a sostenerla su tía y la criada; pero ella, rechazándolas dulcemente, murmuró:

—No es necesario... Estoy bien... Estos golpes son de los que fortalecen.

Y siguió sola su marcha vacilante.

Tadeo empezó a llamar a la puerta del monasterio con fuertes golpes, causando el

terror de la portera y de las demás madres, asombradas de lo insólito del hecho.

—¿Qué es eso, primo mío? —dijo severamente la superiora.

—Quiero sacar a Teresa inmediatamente.

—¿Cómo sacarla? ¿Y quién la hará salir?

—Usted es quien está obligada a ello, porque no puede detener aquí a una hija contra la voluntad de su padre.

—Así es; pero también es preciso que seas más prudente.

—Ahora no se trata de prudencia. Yo quiero que mi hija salga.

—¿Se resiste ella acaso?

—Sí, señora.

—Entonces, lo mejor es esperar que con buenos modos se la decida a salir, porque nosotras no la hemos de traer violentamente.

—Si fuese necesario yo iría a buscarla —contestó Tadeo con creciente ira—. Ábrame esas puertas que yo la traeré.

—Estas puertas no se abren así y sin licencia superior. La regla de este monasterio no puede quebrantarse nunca, y mucho menos para servir a una pasión rencorosa. Tranquilízate. Serena tu cólera y vuelve a otra hora a ponerte de acuerdo conmigo, para proceder de una manera decorosa y digna de nosotros.

—¡Ya comprendo! —exclamó el anciano gesticulando violentamente contra la reja del locutorio—. Todos se ponen de acuerdo contra mí. Bueno, estén tranquilas, que yo voy a darles una lección como merecen. Y desde ahora, sepa usted, señora abadesa, que yo no quiero que mi hija continúe recibiendo cartas del asesino, ¿ha entendido usted?

—Yo creo que Teresa nunca ha recibido cartas de asesino, ni supongo que las reciba de aquí en adelante.

—Yo no sé si usted lo sabe o no. Yo vigilaré el convento. La criada que vino con ella, hágala usted salir inmediatamente.

—¿Por qué? —contestó la superiora en tono displicente.

—Porque le encargué que me avisase cuanto ocurriera, y de nada me ha dado conocimiento.

—Pero si ella no tenía de qué darle aviso.

—A mí no me venga con cuentos. Quiero que la criada salga del convento, y en el acto.

—Y yo no puedo complacerle, porque no quiero cometer una injusticia. Si usted desea que su hija tenga otra criada, mándela; pero la que ahora tiene, en cuanto deje de servirla, hay muchas señoras en la casa que la tomarán, y ella misma desea quedarse aquí.

—¡Ya comprendo! —gritó Tadeo—, me quieren matar a disgustos. Pues no se salen con la suya, ¡antes me doy al diablo!

Tadeo de Albuquerque salió furioso del atrio del convento. Era horrible la rabia que contraía sus apergaminadas facciones y ensangrentaba el blanco de sus ojos.

Se presentó al intendente de policía reclamando medidas para que fuese entregada su hija. El intendente le contestó que no era aquélla manera de entablar su demanda en forma. Solicitó que al alcaide de la cárcel se le diesen órdenes para que no dejase salir carta alguna de un asesino recién llegado de Viseu y llamado Simón Botelho. El intendente le dijo que no podía, a no ser en virtud de disposición judicial relativa al proceso, impedir que el preso escribiera a quien tuviese por conveniente.

Redoblada su ira, de allí pasó a ver al corregidor de Oporto, solicitando lo mismo en tono más arrogante. El corregidor, amigo particular de Domingo Botelho, despidió secamente al importuno, diciéndole que un viejo sin juicio era tan digno de risa como de lástima. Entonces Tadeo de Albuquerque estuvo a punto de perder la cabeza. Iba y venía por las calles de Oporto, queriendo discurrir una resolución digna de su venganza y de su prosapia. Al día siguiente fue a ver a varios oidores, a quienes encontró más dispuestos a clemencia que a dura justicia en favor de Simón Botelho. Uno de ellos, amigo de infancia de doña Rita, y a quien ella había hecho hablar, se dirigió en estos términos al encolerizado anciano:

—¡De qué poco pende el ser homicida, señor Albuquerque! ¿Cuántas muertes habría usted hecho hoy si hubiese hallado adversarios que se opusiesen a su furor? Ese desgraciado joven, contra quien usted solicita rigor tan feroz, conserva su dignidad a la altura de su inmensa desgracia. Su padre lo abandonó, dejándolo condenar a la horca, y él, en tal extremo, nunca se bajó a implorar misericordia. Un extraño ha atendido su subsistencia en la cárcel, durante ocho meses, y él aceptó tal limosna, que era honrosa para quien la daba y para quien la recibía. Hoy mismo he ido a ver a ese desgraciado, hijo de una señora a quien he conocido en palacio sentada al lado de los reyes. Le he encontrado vestido de bayeta y paño pardo. Le pregunté si estaba tan falto de ropa. Me respondió que se vestía así con relación a sus medios, y que aun así aquella chaqueta y el pantalón se los debía a la caridad de un herrador. Le dije que escribiese a su padre para que le vistiese de un modo decente. Me replicó que nada pediría a quien había consentido que los delitos de su corazón, de su dignidad y del pundonor de su nombre fuesen expiados en un patíbulo. Hay grandeza de alma en ese hombre de dieciocho años, señor De Albuquerque. Si usted hubiese consentido los amores de su hija con Simón Botelho Castelo Branco, habría ahorrado la vida al hombre sin honor que le atacó con insultos y ofensas corporales tan afrentosos, que Simón hubiera quedado deshonorado de no rechazarlos, tomando de ellos venganza, como hombre de corazón y de pundonor. Si usted no se hubiese opuesto al honrado e inocente cariño de su hija, la justicia no habría mandado levantar una horca, ni la vida de su sobrino habría sido sacrificada a los caprichos de un mal padre. Y si su hija se casase con Simón, ¿cree usted acaso que su blasón sufriría por ello desdoro? No sé de qué siglo data la nobleza del señor Albuquerque; pero de la de doña Rita Margarita Teresa Preciosa Caldeirão de Castelo Branco puedo darle noticias con las páginas de las más verídicas e ilustres genealogías del reino. Por parte de su padre, Simón Botelho es de la mejor sangre de Trás-os-Montes, y no temería entrar en competencia

con la de los Albuquerque de Viseu, que no es, de seguro, la de los Albuquerque Terribles de que habla Luis de Camoens...

Ofendido hasta lo más íntimo con este último rasgo de ironía, Tadeo se levantó de repente, tomó su sombrero y su gran bastón de puño de oro, y saludó para despedirse.

—Las verdades son amargas, ¿no es así? —le dijo sonriendo el oidor Mouráo Mosqueira.

—Usted sabe lo que dice y yo lo que he de pensar de ello —respondió con tono irónico el hidalgo, que se creía herido en su honra y en la de sus quince abuelos.

El oidor le contestó:

—Piense usted lo que quiera; pero puede usted estar seguro, para que le sirva de gobierno, de que Simón Botelho no será ahorcado.

—Eso lo veremos... —dijo con voz ronca el anciano.

CAPÍTULO XV

HAN pasado trece días del mes de marzo de 1805. Simón se halla en uno de los calabozos de la cárcel de Oporto. Un tablado, un colchón de munición, una mesa, una silla de pino y un pequeño lío de ropa colocado en el lugar de la almohada, son sus muebles. Sobre la mesa tiene una caja de madera negra que contiene las cartas de Teresa, ramilletes ya secos, sus manuscritos de la cárcel de Viseu y un delantal de Mariana, el último con que en el día de la sentencia enjugó sus lágrimas y que se arrancó en el primer momento de su locura.

Simón relee las cartas de Teresa, abre los paquetes que contienen las flores secas, contempla el delantal de hilo, buscando en él los visibles vestigios de las lágrimas. Después se arrima a los hierros de la ventana y avista el horizonte limitado por las sierras de Valongo y Gralheira, y cortado por las pintorescas márgenes de Gaya, del Candal, de Oliveira y del monasterio de la sierra del Pilar. Refléjanse del azul del cielo los mil matices de la primavera. El aire tiene aroma y el ambiente fugitivo de los jardines derrama en el éter los perfumes que robó a las flores. Aquella indefinible alegría que parece mostrarse en las legiones de espíritus que nacen al sol de marzo rejuvenece a la naturaleza, que, llena de pompa, de luz y de flores, se enamora del vivificante calor que la va fecundando.

Día de amor y de esperanza era aquel que el Señor mandaba a la choza enclavada en la garganta de las montañas, al palacio suntuoso, reverberando al sol sus esplendores, al opulento que se paseaba en sus lucidos trenes, acariciado por las blandas auras, y al mendigo que estiraba sus estremecidos miembros recostado contra las columnas de los templos.

Y en tanto Simón Botelho, huyendo la claridad de la luz y el trinar de las aves, meditando, lloraba y escribía así sus meditaciones:

«El pan del trabajo de cada día y tu seno para reposar una hora mi frente pura de toda mancha; no he pedido más al cielo.

»Me encontré ya hombre a los dieciséis años. Vi la virtud a la luz de tu amor. Creí que era santa la pasión que absorbía todas las otras, o las depuraba con su fuego sagrado.

»Nunca manchó mis pensamientos un deseo que no pueda confesar en voz alta delante de todo el mundo. Di tú, Teresa, si mis labios han profanado la pureza de tus oídos. Pregúntale a Dios cuándo quise yo hacer de mi amor tu oprobio.

»¡Nunca, Teresa!, nunca, ¡oh mundo que me condenas!

»Si tu padre quisiera que yo me arrastrase a sus pies para obtenerte, hubiera corrido a besárselos. Si tú me mandases morir para no privarte de ser feliz con otro hombre, hubiera muerto, Teresa.

»Pero tú eras sola y desgraciada y yo creí que tu verdugo no debía sobrevivirte. Soy homicida; pero sin remordimientos. La maldad del crimen aturde la conciencia;

no la mía, que no se asustaba de la escalera de la horca, ni en los días en que mi despertar era siempre la sofocación del estrangulamiento.

»Esperaba a cada momento ser puesto en capilla, y decía conmigo mismo: hablaré a Jesucristo. Sin espanto, pensaba en las setenta horas de esa agonía moral, y ya me forjaba los consuelos que el crimen no se atreve a esperar sin injuriar a la justicia divina.

»¡Pero lloraba por ti, Teresa! Las heces de mi cáliz, además de su amargura, tenían las mil amarguras de tus lágrimas.

»Oía tus gemidos, mártir, cuando en tu delirio me vieses sacudiéndome en las últimas convulsiones de la agonía. A la misma muerte le horroriza la suprema desgracia. Morirías tú tarde, porque mi imagen, en vez de presentársete con la palma del martirio, sería un fantasma alzándose sobre el tablado de un patíbulo.

»¡Y qué fin el tuyo, mi adorada y santa amiga!».

Y así prosiguió hasta el momento en que Juan de la Cruz, con un pase del intendente general de policía, se presentó en su cuarto.

—¡Usted aquí! —exclamó Simón abrazándole—. ¿Y Mariana? ¿La ha dejado sola? ¿Ha muerto quizá?

—Ni sola, ni muerta, hidalgo. No siempre lo arregla todo el diablo... A Mariana le ha vuelto el juicio.

—¿De veras, señor Juan?

—¡No, que será mentira! Aquello para mí fue cosa de brujas. A fuerza de sangrías, sedales, agua fría en la cabeza y exorcismos del misionero, no le digo a usted más sino que la muchacha ya está corriente, y en cuanto recobre un poco las fuerzas se pone en camino.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Simón.

—*Amén* —añadió el herrador—. Pero ¿qué ajuar es éste? ¿Qué camastro es ése? Aquí es menester una cama como es debido, y algo en que un cristiano pueda sentarse. —Estás así muy bien.

—Ya me hago cargo... ¡Y de pitanza! ¿Qué tal va la pitanza?

—Aún tengo dinero, amigo mío.

—Sí, debe usted tener mucho; pero yo tengo más, y ya usted tiene quien se lo mande dar. Lea usted ese papel.

Simón leyó una carta de doña Rita, dirigida al herrador, en que le autorizaba a facilitar medios a su hijo para atender a los gastos que fuesen precisos, hallándose dispuesta a pagar toda orden que se le presentase firmada por él.

—Es natural —dijo Simón devolviéndole la carta—, porque yo debo tener una legítima.

—Conque ya usted ve que no tiene más que pedir por esa boca. Ahora voy a comprar lo más preciso...

—Ábrame usted su noble corazón para otro servicio de mayor importancia —dijo el preso.

—Diga, hidalgo.

Simón le pidió que llevase a Monchique una carta para Teresa de Albuquerque.

—Parece que el diablo las arma —dijo el herrador—. Venga la carta. ¿No sabía usted que ya está aquí el padre de ella?

—No.

—Pues ahí le tenemos; y si el diablo le coloca a la vera mía, no sé si no le daré con la cabeza contra una esquina. Tentaciones he tenido de salir a esperarlo al camino y colgarlo por el pescuezo de la rama de un árbol... ¿Hay que esperar respuesta?

—Si se la dan, tráigala.

El herrador llegó a Monchique al mismo tiempo que un alguacil, dos médicos y Tadeo de Albuquerque entraban en el patio del convento.

El alguacil habló a la superiora, solicitando, en nombre del juez, que los dos médicos entrasen en el convento a examinar a la enferma doña Teresa de Albuquerque, a instancia de su padre.

Preguntó la superiora a los médicos si venían provistos de la competente licencia eclesiástica para entrar en el monasterio. Siendo la respuesta negativa, la abadesa declaró que no podía abrir las puertas a nadie, sin violar la clausura. Los médicos dijeron a Tadeo de Albuquerque que era aquélla la costumbre de todos los conventos, y nada pudo objetarse a la rigurosa prelada.

Se retiraron, y sólo entonces fue cuando el herrador pensó en el modo de entregar la carta. La primera idea que tuvo le pareció la mejor.

Se acercó a la rejilla y dijo:

—Oiga usted, señora... monja.

—¿Qué quiere usted? —dijo la abadesa.

—Señora, ¿me haría usted el favor de decirle a la señora doña Teresa de Viseu que está aquí el padre de aquella aldeana que ya sabe?

—¿Y usted quién es?

—Soy el padre de la tal muchacha.

—Sí, ya lo sé —dijo desde adentro Teresa, echando a correr al locutorio.

La superiora se apartó un poco, diciéndole:

—Mira bien lo que haces, hija mía...

—¿Su hija de usted me ha escrito? —dijo Teresa a Juan de la Cruz.

—Sí, señora, aquí está la carta.

Y al decir esto la puso en el torno, lo cual, notado por la abadesa, le hizo decir sonriendo:

—Muy ingenioso es el amor, Teresita... Permita Dios que las noticias de la muchacha de la aldea te alegren el corazón; pero mira, hijita mía, no creas que esta vieja es menos lista que el padre de la aldeana.

Teresa respondió con caricias a la bondadosa jovialidad de la santa señora, y desapareció para leer la carta y dar la respuesta. Al entregar la contestación, dijo al herrador:

—¿No ve usted sentada ahí en esa escalera a una mendiga?

—Sí, señora, la veo y la conozco. ¿Cómo demonios ha venido a parar aquí esa mujer? Yo creí que después de la paliza que le había dado el hortelano, no le habían quedado piernas para tal viaje. Lo que es ésta, me parece de buen temple.

—Hable bajito —dijo Teresa—. Conque ya sabe, cuando haya carta, se la entrega a ella. Ya la he mandado a la cárcel; pero no la han dejado entrar.

—Bueno, el arreglo no está mal así. Quede con Dios, señorita.

Esta buena noticia regocijó a Simón. La Divina Providencia se había apiadado de él en aquel día. La vuelta a la razón de Mariana y la posibilidad de corresponderse con Teresa eran las mayores alegrías que podía otorgarle el cielo en medio de su negro infortunio.

Prorrumpía Simón en acciones de gracias al Supremo Hacedor en presencia de Juan de la Cruz, que estaba colocando en el cuarto unos muebles que había comprado de segunda mano, cuando éste, suspendiendo su ocupación, exclamó:

—Vaya, voy a decirle otra cosa, que no pensaba decirle, para darle una sorpresa. —¿De qué se trata?

—Mi Mariana ha venido conmigo y se ha quedado en la posada, porque no podía menearse por unos dolores que le han dado; pero mañana la tendrá usted aquí para hacerle la cocina y limpiarle el cuarto.

Simón, reconcentrando en sí mismo el indefinible sentimiento que le causaba esta noticia, contestó lenta y melancólicamente:

—Será posible que mi mala estrella arrastre a su desgraciada hija a todos los abismos a que corro. ¡Pobre ángel de caridad, cuan digna eres tú del cielo!

—¿Qué monsergas son éstas? —interrumpió el herrador—. Parece que casi se ha quedado usted triste con la noticia.

—Señor Juan —dijo en tono solemne el preso—, no deje usted aquí a su querida hija. Deseo verla; tráigala consigo una vez a este lugar; pero no la deje aquí, porque yo no puedo ni debo torcer la suerte de Mariana. ¿Cómo ha de vivir ella en Oporto, sola, sin conocer a nadie, bonita, como lo es, y perseguida, como lo ha de ser?

—¡Perseguida! ¡Ya, ya! ¡Y valiente cuidado que se le dará a ella de que la persigan...! Que se le acerquen, pero que dejen la jeta en casa. Amigo mío, las mujeres son como las peras verdes, cuando un hombre las tienta y las halla duras, las deja. La muchacha ha salido a su madre. Mi mujer, que esté en gloria, cuando le andaba haciendo la rueda, le di un día un pellizco en una pierna, y ella fue, se volvió, y me atizó dos guantadas en los hocicos, que aún me parece que las estoy sintiendo. ¡Mariana...! ¡Es de la piel de Satanás! Pregúntele, si algún día se lo encuentra, a aquel hidalguelo Mendes, de Viseu, cómo ella le cruzó la cara con las riendas de la yegua, sólo porque le tocó un zapato estando ella a caballo.

Simón sonreía al oír el original panegírico de la virtud de la joven, y pensaba con orgullo en los tiernos cuidados de que había sido objeto por parte de ella durante ocho meses de trato continuo e íntimo.

—¿Y usted se va a privar de la compañía de su hija? —insistió el preso.

—Yo ya me arreglaré como pueda. Tengo una cuñada vieja y me la llevaré conmigo para cuidar el puchero. Además, usted no se quedará aquí mucho tiempo. El señor corregidor está por ahí tratando de ponerle en la calle. Y que usted va a salir, para mí es cosa fija. Y así como así, yo le voy a decir a usted la verdad. La muchacha, si yo no la dejase venir a Oporto, explotaba. Mire, hidalgo, que yo no soy tonto y nadie me la da. La muchacha tiene una pasión de alma por usted, y esto es tan cierto como yo me llamo Juan. Ése es su sino; ¿qué le he de hacer yo? Dejarla, que con usted no ha de sucederle nada malo, o ya no hay honra en este mundo.

Simón se echó en brazos del herrador exclamando:

—¡Si yo pudiese ser marido de su hija, amigo mío!

—¡Qué marido! —dijo el herrador, mientras corrían por sus atezadas mejillas las primeras lágrimas que Simón le había visto derramar—. Yo nunca me he acordado de eso, ni ella tampoco. Yo bien sé que soy un herrador, y ella que puede ser su criada y nada más, y, sin embargo, yo a todos mis amigos les desearía que fuesen tan desgraciados como lo sería usted si se casase con la pobre chica. Vamos, no hablemos de eso, que a mí es milagro verme llorar; pero en desatándome, ni una fuente. Veamos cómo se arreglan los trastos; la mesa debe quedar aquí, la cómoda allí, dos sillas en este lado y dos en el otro. Allá la cama, y el baúl debajo. La palangana y el jarro sobre esta cosa que no sé cómo se llama. Las sábanas y la otra ropa las tiene la muchacha. Mañana se quedará el cuarto que ni pintado. Mire usted que Mariana ya me ha dicho que le compre dos de esos... ¿cómo se llaman esos tarros para poner flores?

—Jarrones.

—Eso es, dos jarrones para flores; pero yo no sé dónde se vende eso. Ahora me voy a buscar la comida, que si tardo más la chica va a creer que no me dejan salir de la cárcel. Aún no le he dicho a usted que ayer tarde no me quisieron dejar entrar; pero como yo traía una carta de su madre de usted para un señor de los golillas de la Audiencia, la fui a entregar, y hoy por la mañana ya tenía en la posada una orden para poder verle, dada por el intendente general de policía. Conque, hasta luego.

CAPÍTULO XVI

SE me ocurre ahora algo que no tiene mucho que ver con la ilación de los sucesos de esta historia; pero que viene a propósito para mostrar uno de los aspectos del carácter del ex corregidor de Viseu, ya entonces exonerado de su cargo.

Sabido es que Manuel Botelho, el primogénito de sus hijos, que estudiaba matemáticas en Coímbra, huyó de allí para España, acompañado de una señora infiel a su marido, estudiante de las Azores, que cursaba medicina.

Un año pasó en La Coruña Manuel Botelho con la fugitiva, sosteniéndose con los recursos que su madre, extremosa por él, le remitía, vendiendo poco a poco sus joyas y privando a sus hijas de los adornos propios de sus años y condición.

Se agotó esta fuente y no quedaba otra. Doña Rita hubo de decir a su hijo que había dejado de socorrer a Simón por carecer de medios, y que ahora, de las escasas economías que podía hacer, nada podía mandar, porque se había comprometido a pagar los alimentos de su hermano a la persona que por caridad se los había facilitado en Viseu y se los estaba dando en Oporto. Añadía, para consuelo de Manuel, que volviese a Villa Real y trajese consigo a la infeliz señora con quien se hallaba; que regresase él a su casa y a ella la dejase en una posada hasta que se le arreglase habitación, y que la ocasión era oportuna por hallarse a la sazón su padre en la quinta de Montezelos, casi divorciado de la familia.

Volvió por el Miño Manuel Botelho, y llegó con su dama a Oporto, a los quince días de haber sido trasladado Simón a la cárcel de aquella ciudad.

Ya en otra ocasión hemos dicho que nunca los dos hermanos habían congeniado, ni vivido en buena inteligencia; pero la desgracia de Simón era para olvidar el genio fatal que le había enajenado el cariño de su familia, con la sola excepción de su predilecta hermana Rita.

Fue, pues, Manuel a la cárcel, y abriendo los brazos a su hermano fue recibido por él glacialmente.

Manuel le pidió que le contase la historia de su desgracia.

—Consta en la causa —respondió Simón.

—¿Y tienes esperanza de ser puesto en libertad? —añadió Manuel.

—No pienso en eso.

—Yo poco puedo ofrecerte, porque vuelvo a casa obligado a ello por la falta de recursos, pero si necesitas ropa, partiré contigo la mía.

—No necesito nada. No recibo limosnas más que de esta mujer.

Ya Manuel había reparado en Mariana y de la hermosura de la joven había sacado conclusiones propias para formar un falso juicio.

—¿Y quién es esta joven? —preguntó Manuel.

—Es un ángel... no puedo decirte más.

Mariana dijo sonriéndose:

—Yo soy sólo una criada de don Simón y de usted.

—¿Es usted de Oporto?

—No, señor, soy de las cercanías de Viseu.

—¿Y ha acompañado siempre a mi hermano?

Simón cortó de este modo la balbuciente respuesta de Mariana:

—Me molesta tu curiosidad, Manuel.

—Creí que no era ofensiva —replicó el otro, cogiendo el sombrero—. ¿Quieres alguna cosa para nuestra madre?

—Nada.

Aquel día por la tarde, cuando Manuel se hallaba cerrando sus maletas para seguir la marcha a Villa Real, recibió la visita del oidor Mouráo Mosqueira y del corregidor del crimen.

—Debemos a los informes de la policía —dijo el corregidor— el saber que se halla en esta posada un hijo de mi antiguo amigo, condiscípulo y colega, Domingo Correia Botelho. Venimos, pues, a darle un abrazo y a ofrecernos para lo que podamos serle útil. ¿Esta señora es su esposa? —añadió el magistrado reparando en la azoriana.

—No, señor... —balbuceó Manuel—, es... mi hermana.

—Su hermana... —dijo Mosqueira—. ¿Cuál de las tres? Hace cinco años que las vi en Viseu, y mucho ha mudado esta joven; como que nada absolutamente recuerdo de sus facciones. ¿Es Ana Amalia?

—Justamente —contestó Manuel.

—Le aseguro que está usted muy bella, señora, ¡pero tiene usted una cara tan diferente de entonces...!

—¿Han venido ustedes a ver al pobre Simón? —dijo el corregidor.

—Sí, señor... hemos venido a ver a nuestro desgraciado hermano.

—¡Ha sido como si cayese un rayo en la familia! —añadió Mosqueira—, pero pueden ustedes estar seguros de que no se ejecutará la sentencia; dígame usted a su madre que lo ha oído de mi boca. Mi tribunal está dispuesto a conmutar la pena en diez años de deportación a la India, y su padre de usted, según me dijo a su paso por Villa Real, ya ha dejado preparadas las cosas en el Desembargo de palacio, a pesar de que el muerto tiene allí parientes poderosos. Quisiéramos absolverle y que volviese al seno de su familia, pero tanto no es posible. Simón ha cometido un asesinato y lo confiesa altivamente. No consiente siquiera en que se diga que lo hizo en propia defensa. ¡Es un desgraciado loco, lleno de sentimientos nobilísimos! Llueven las cartas y empeños de la familia de Albuquerque. Piden la cabeza del pobre muchacho con un descaro que indigna.

—¿Y la joven que ha sido causa de la desgracia? —preguntó Manuel.

—¡Es una heroína! —respondió el corregidor del crimen—. Ya la daban por muerta, cuando llegó aquí Simón. Desde que supo las probabilidades que había de ser conmutada la pena, dio un puntapié a la muerte, y está salvada, según me ha dicho el

médico.

—¿Usted la conocerá muy bien? —dijo el oidor a la dama, supuesta hermana de Manuel.

—Sí, señor —respondió ella mirando a hurtadillas a su amante.

—¡Dicen que es muy bonita!

—Ya lo creo —respondió Manuel—. ¡Es bellísima!

—Muy bien —dijo el corregidor levantándose—. Dé usted un abrazo en mi nombre a su padre, y dígame que aquí tiene a su discípulo siempre dispuesto a servirle como leal amigo; y que pronto le escribiré.

—Y otro abrazo a su excelente madre —añadió el oidor.

—Tengo una sospecha —dijo al salir Mosqueira a su colega—. Manuel Botelho, si mal no recuerdo, huyó a España hace cosa de un año con una mujer casada. Aquella mujer que hemos visto, creo que no debe ser su hermana.

—Pues si ha mentado es un canalla, por habernos obligado a tratar como señora a su querida... Yo lo averiguaré... —dijo el corregidor, herido en su severidad de magistrado.

Y en el próximo correo, escribiendo a Domingo Botelho, le decía en el último párrafo lo siguiente: «He tenido el gusto de conocer a tu hijo Manuel y a una de tus hijas; por él te mando un abrazo, y por ella te mandaría otro, si les fuese permitido a los viejos enseñar a las niñas bonitas cómo se abraza a sus padres».

Estaba ya Manuel en la casa paterna cuidando de preparar una modesta residencia a la joven azoriana, auxiliado por su bondadosa e indulgente madre. Domingo Botelho, a quien se avisó su llegada, dijo que no quería verle, añadiendo que debía saber que estaba considerado como desertor del regimiento de caballería número 6, desde que abandonó sus estudios, donde estaba con licencia.

Recibió después la carta del corregidor del crimen, y mandó inmediatamente y con sigilo averiguar si estaba en Villa Real la señora de que hablaba la carta. Los informes dieron por resultado que se hallaba en la posada, en tanto que Manuel arreglaba la casa. El magistrado escribió al juez local, y éste mandó comparecer ante él a la mujer sospechosa, y oyó de su boca la triste historia de su desgracia. El juez se condolió y participó a su colega el resultado de sus averiguaciones. Domingo Botelho fue a Villa Real y se hospedó en casa del juez, ante el cual la mujer fue nuevamente llamada, al mismo tiempo que el general de la provincia expedía orden de prisión contra el cadete desertor de la caballería de Braganza.

La azoriana, en vez del juez, halló un hombre feo, de aspecto sombrío, y al parecer animado de intenciones siniestras.

—Yo soy el padre de Manuel —dijo Domingo Botelho—. Sé la historia de usted. El infame es él y usted la víctima. El castigo de usted empieza desde el momento en que su conciencia le diga que ha cometido una acción indigna. Si no ha hablado aún la conciencia, hablará. ¿De dónde es usted?

—De la isla de Fayal —contestó trémula la dama.

—¿Tiene usted familia?

—Tengo a mi madre y hermanas.

—¿Cree que su madre la recibiría, si solicitase su amparo?

—Creo que sí.

—¿Sabe usted que Manuel es un desertor, y que a estas horas debe estar preso o fugitivo?

—No, señor, no lo sabía...

—Esto quiere decir que está usted desamparada por todo el mundo.

La pobre mujer sollozaba, y, llena de angustia, acabó por deshacerse en lágrimas.

—¿Por qué no se vuelve con su madre?

—Carezco por completo de recursos —respondió ella.

—¿Quiere ponerse en camino hoy mismo? Dentro de un rato se presentará a la puerta de la posada una litera, con una criada encargada de acompañarla hasta Oporto. Allí entregará usted una carta. La persona a quien la dirijo cuidará de su viaje a Lisboa, y otro sujeto la llevará a bordo del primer buque que salga para las Azores. ¿Estamos conformes? ¿Acepta usted?

—Y le quedo muy agradecida... Una desgraciada como yo no podía esperar tanta caridad.

Pocas horas después la esposa del médico...

—¡El cual había muerto tal vez de dolor y vergüenza! —exclama una lectora sensible.

—No, señora; el estudiante continuaba aquel año frecuentando las aulas de la universidad; y como yo había adquirido vasta instrucción en patología, se había ahorrado la muerte por vergüenza, que es un género de muerte inventado por el vizconde de Almeida Garrett en el *Fr. Luis de Sousa*, y la muerte por dolor, que es otra muerte inventada por los enamorados en las cartas de despecho, y que no sienta bien a los maridos, a quienes el siglo ha dotado de ciertos instintos filosóficos, pero de la filosofía griega y romana, porque es sabido que los filósofos de la antigüedad ofrecían sus mujeres a los amigos como un obsequio, cuando ellos por favor no se las quitaban.

Y esta filosofía, hoy mismo...^[8]

Pues el médico no murió, ni siquiera se desmejoró, ni alcanzó la R^[9] indicio de una preocupación de ánimo que le hiciese insensible a las amenidades de la terapéutica.

La mujer, mucho más desgraciada y digna de lástima que su marido, bañada en llanto, muerta de pena, sin porvenir, sin esperanza, sin voz alguna que pudiera consolarla, entró en la litera y llegó a Oporto, donde buscó al corregidor del crimen para entregarle la carta del doctor Domingo Botelho. Un párrafo de esta carta decía así:

«Me has dado noticias de una hija que yo no conocía ni reconozco. La madre de esta señora es de Fayal, a donde ella se dirige. Cuida tú o manda a otro que se ocupe

de su viaje a Lisboa, y encarga allí a alguien que le tome pasaje en el primer buque que salga para las Azores. Ya me dirás cuáles han sido los gastos de todo esto. Mi hijo Manuel ha tenido al menos la virtud de no asesinar a nadie por causa de sus amores. Según corren los tiempos, virtuoso en extremo resulta el muchacho que no mata al marido de la mujer a quien quiere. Ve si obtienes del general, que está ahí, perdón para el muchacho que es desertor de caballería número 6, y que, según me consta, está escondido en casa de un pariente. En cuanto a Simón, creo que no será posible evitarle la deportación temporal... Salvarle de la horca es ya poner una pica en Flandes. En Lisboa, grandes influencias trabajan contra el desgraciado, y yo no estoy en predicamento con el intendente general, por haber abandonado mi destino..., etc.»

La azoriana salió para Lisboa y de allí fue a su país, donde, al amparo de su madre que ya la daba por muerta, pasó el resto de su vida, si no dichosa, al menos tranquila y desengañada de vanidades mundanas.

Manuel Botelho obtuvo el perdón por influjo del corregidor del crimen, fue transferido a un regimiento de guarnición en Lisboa, y allí permaneció hasta que, por fallecimiento de su padre, solicitó ser dado de baja y se volvió a su provincia.

CAPÍTULO XVII

EL día 4 de agosto de 1805, Juan de la Cruz se sentó a la mesa con semblante sombrío y ningún apetito.

—¿No comes, Juan? —le dijo su cuñada.

—No me pasa de aquí nada —respondió llevándose la mano al gaznate.

—¿Qué tienes?

—Que me acuerdo de la muchacha... Daba ahora mismo todo cuanto tengo por verla aquí a mi lado, con aquellos ojos, que parecían ir derechos a los disgustos que un hombre tiene en su interior. ¡Malhaya las desgracias de mi vida, que me la han hecho perder, no sé si por poco tiempo o para siempre...! Si yo no le hubiese dado un tiro al arriero, no hubiera quedado luego agradecido al corregidor, y lo mismo se me daría que su hijo viviese o reventase...

—Pero si estás triste con esa ausencia —contestó la tía Josefa—, manda buscar a la chica; tenía aquí algún tiempo, y vuélvela a mandar con el señor Simón.

—Eso no es de un hombre que se afeitó, Josefa. El muchacho, si ella le falta, se muere de tristeza en aquella mazmorra. Ésta es una manía que me ha dado hoy. ¿Y sabes la verdad?, vaya noramala el dinero; mañana me voy a Oporto.

—Es lo mejor que podías hacer.

—Pues lo dicho, dicho. El que se quede que lo gane. Se van las sortijas, pero se quedan los dedos. Hasta ahora se ha hecho frente a todo con mis brazos. Si a la chica le queda algo menos, allá se las arregle. Así lo quiso, así lo tiene.

Se volvió a animar la fisonomía del maestro herrador, y parecía que las tragaderas se le iban mejorando a medida que meditaba en su viaje a Oporto.

Acabó de almorzar y se volvió a quedar pensativo, recostado en la mesa.

—¿Aún sigues con lo mismo? —le dijo Josefa.

—¡Mujer, si parece cosa del demonio...! ¿Si estará la chica enferma o muerta?

—¡Bendita sea la Santísima Trinidad! —exclamó la cuñada, alzando las manos—. ¿Qué es lo que estás diciendo, Juan?

—Que tengo el interior más negro que aquella sartén.

—¡Hombre, eso son cavilaciones! Ponte a trabajar y verás cómo te distraes.

Juan de la Cruz salió al cobertizo donde tenía los herrajes y la bigornia, y se puso a preparar clavos.

Varios conocidos pasaron por el camino, cambiando con él algunas palabras, como de costumbre, y le hallaron taciturno y con poco humor de bromas.

—¿Qué tienes, Juan? —le decía uno.

—Nada; sigue tu camino, que no estoy para gracias.

Otro se paraba exclamando:

—Dios le guarde, señor Juan.

—Y a usted le acompañe. ¿Qué hay de bueno?

—No sé nada.

—Pues entonces vaya usted con María Santísima, que yo estoy sabe Dios cómo.

El herrador dejaba el martillo, se sentaba a ratos y se rascaba la cabeza con ahínco. Después volvía al trabajo, pero con tal distracción, que estropeaba el clavo o se daba con el martillo en los dedos.

—¡Esto es cosa del mismo Belcebú! —exclamó, y se metió en casa a buscar la bota, cuyo contenido vació, a la manera de cualquier elegante de pasiones etéreas, cuando trata de curar sus penas con el ajenjo.

—¡Te he de ahogar, pena negra, que me estás royendo el alma! —dijo el herrador sacudiendo los brazos y dando un fuerte taconazo en el suelo.

Volvió al cobertizo a tiempo que un viajero se acercaba a caballo en una pujante mula. Venía envuelto el jinete en una capa a la española, a pesar del calor que hacía. Se le veían sólo las botas de cuero crudo, con espuelas amarillas sujetas con correa y hebilla, y el sombrero de anchas alas, echado sobre los ojos.

—Buenas tardes —dijo el viajero.

—Muy buenas se las dé Dios —respondió al maestro Juan dirigiendo su mirada a los cuatro pies de la caballería, para ver si habría allí trabajo con que poder entretenerse, y añadió—: Buen animal tiene usted en ésa mula.

—No es mala. ¿Es usted el señor Juan de la Cruz?

—Para servir a usted.

—Pues aquí vengo a pagarle una deuda.

—¿A mí? Usted no me debe nada, que yo sepa.

—No soy yo quien se lo debe; es mi padre, y él es quien me ha encargado que se lo pague.

—¿Y quién es su padre de usted?

—Mi padre era un arriero de Carcáo, llamado Benito Machado.

Y al proferir estas palabras se desembozó con rapidez y descargó un trabucazo en el pecho del herrador. El herido retrocedió, exclamando:

—¡Me han muerto...! ¡Mariana, ya no te vuelvo a ver...!

El asesino habría recorrido unos cincuenta pasos a todo el galope de su espantada mula, cuando Juan de la Cruz, echado de bruces sobre el banco, exhalaba el último suspiro, con la cara hacia el sitio donde mató al arriero diez años antes.

Los caminantes, que no repararon en el jinete, se fueron juntando en derredor del cadáver. Josefa, que acudió al oír la detonación, ya no alcanzó a oír las últimas palabras de su cuñado. Quiso transportarlo a la casa y correr a llamar al cirujano, pero en el corro había uno que declaró que el hombre ya estaba muerto.

—¿Y quién le ha muerto? —exclamaron treinta voces casi a un tiempo.

Aquel mismo día vino la justicia de Viseu a practicar las primeras diligencias e indagaciones; ningún indicio pudieron obtener respecto al misterioso asesinato.

Se procedió al inventario, y se atrancaron las puertas, cuando las campanas doblaron por última vez al caer la losa sobre el cadáver de Juan de la Cruz.

¡Dios habrá tenido en cuenta, en medio de los instintos sanguinarios de tu naturaleza, la nobleza de tu alma! Pensando en las contradicciones de tu carácter, hombre que me explicas la providencia, me asombran las caprichosas antítesis que la mano de Dios infunde en el espíritu de sus criaturas. Duerme tu sueño infinito, si ningún otro tribunal te cita a responder por las vidas que quitaste y por el uso que hiciste de la tuya. Pero si hay un lugar de castigo y de misericordia, las lágrimas de tu hija habrán servido como merecimientos tuyos, en presencia del Juez Supremo.

Josefa hizo escribir a Mariana participándole la muerte de su padre, pero mandó poner el sobre a Simón para mayor seguridad. Mariana estaba en el cuarto del preso cuando le entregaron la carta.

—No conozco la letra, Mariana... Y trae oblea negra...

Mariana examinó el sobre, y se puso pálida.

—Pues yo la conozco —dijo ella—, es de Joaquín, el de la tienda. Ábrala pronto, don Simón... ¿Se habrá muerto mi padre?

—¡Qué tontería! ¿Pues no ha tenido carta de él hace tres días, y le decía que estaba bueno?

—¿Y eso qué tiene que ver...? Mire quién firma.

Simón buscó la firma, y dijo:

—*Josefa María*... Es su tía quien escribe.

—Lea... lea..., ¿qué dice? Déjeme leer a mí.

Simón leía mentalmente, y Mariana le dijo:

—Lea en voz alta, por Dios se lo pido, señor Simón; mire que estoy temblando... y usted se pone pálido... ¿Qué será, Dios mío?

Simón dejó caer la carta y se sentó desfallecido. Mariana se abalanzó a cogerla, pero él, tomándole una mano murmuró:

—¡Pobre amigo mío...! Llorémosle ambos... llorémosle, Mariana, porque los dos le queríamos como hijos...

—¿Qué, ha muerto? —exclamó ella.

—Sí, ha muerto... le han asesinado.

La joven exhaló un agudo grito, y fue a parar con la cabeza contra los hierros de la reja. Simón la estrechó en su seno y le dijo con la mayor ternura y vehemencia:

—Mariana, acuértese de que es mi amparo. Acuértese de que las últimas palabras de su padre han debido ser recomendarle al desgraciado que ha recibido de sus benéficas manos el pan de la vida. Mariana, querida hermana mía, domine un dolor que puede matarla; domínelo usted por amor mío. ¿Me oye, amiga de mi alma?

Mariana contestó:

—¡Déjeme llorar, por caridad...! ¡Dios mío, si volveré a perder el juicio!

—¡Y qué sería de mí entonces! —dijo Simón—. ¿A quién dejaría usted su noble corazón para suavizarme este martirio? ¿Quién me llevaría al destierro una palabra amiga que me animase a creer en Dios...? ¡No pierda la razón, Mariana, porque sé que me quiere, que me ama, y yo no me siento con valor para arrastrar la mayor

desgracia que aún puede sugerirme el infierno! Llore, hermana mía, llore; pero no deje de verme a través de sus lágrimas.

CAPÍTULO XVIII

PASADOS algunos días, Mariana fue a Viseu a recoger la herencia paterna. En relación con su clase, el laborioso herrador la había dejado bien dotada. Además de las tierras, cuyos productos hubieran sido bastantes para mantenerla, Mariana levantó la consabida losa del hogar, y halló los 400 000 reis con que Juan de la Cruz contaba para regalarse en el ocio, en los últimos años de su vejez. Mariana vendió las tierras y dejó la casa a su tía, que había nacido en ella, y en la cual su padre se había criado.

Realizada la herencia, volvió a Oporto, y puso su importe en manos de Simón Botelho, diciéndole que temía ser robada en la casita en que vivía, cercana a la audiencia, en la calle de San Bento.

—¿Por qué ha vendido usted su hacienda, Mariana? —le preguntó el preso.

—La he vendido toda porque no pienso volver por allí.

—¿De veras? ¿Ya dónde irá usted cuando yo sea deportado? ¿Piensa usted quedarse en Oporto?

—No señor, no me quedaré —balbuceó Mariana, sorprendida por la pregunta, a la cual su corazón creía haber ya respondido hacía tiempo.

—¿Pues entonces...?

—Iré a donde usted vaya, si me quiere llevar consigo.

Aparentando sorpresa, Simón se hubiera creído en ridículo ante sus propios ojos.

—Esperaba esa respuesta, Mariana, y sabía que no me daría otra. Pero ¿sabe lo que es la deportación, amiga mía?

—Lo he oído contar muchas veces, señor. Es ir a un país más caliente que el nuestro; pero allí también hay pan y se vive...

—Y se muere, abrasado por el mortífero sol de aquel cielo; se muere con la nostalgia de la patria, con los malos tratos de los gobernadores, que tratan a los condenados como si fueran fieras.

—No será tanto como dicen. Yo tengo muchas noticias por la mujer de un preso que ha cumplido diez años de sentencia en la India, y vivió mucho tiempo en un país llamado Solor, donde tuvo una tienda, y que si no fuera por el deseo de ver nuestro país, dice que no hubiera vuelto, porque mejores negocios hacía por allá que por aquí. Yo, si usted me lo permite, voy a poner también una tiendecita. Verá usted cómo yo me las arreglo. Yo estoy acostumbrada al calor: usted ya sé que no; pero no tendrá usted necesidad, si Dios quiere, de darse malos ratos.

—¿Pero suponga, Mariana, que yo me muero en cuanto llegemos a nuestro destino? —No hablemos de eso, señor.

—Al contrario, quiero hablar, amiga mía, porque en la hora de la muerte yo he de sentir pesando sobre mi alma la responsabilidad de su destino... ¿Y si yo me muero?

—Si usted se muere, yo también sabré morir.

—Nadie se muere cuando quiere, Mariana...

—¡Oh, sí se muere...!, y también se vive cuando se quiere... ¿No me lo ha dicho esto doña Teresa?

—¿Qué le dijo ella?

—Que estaba expirando cuando usted llegó a Oporto y que su llegada le devolvió la vida. Pues hay mucha gente así, señor... Además, la señorita es delicada, y yo soy mujer del campo, acostumbrada al sufrimiento; y si fuese necesario darme con una lanceta en un brazo y dejar correr la sangre hasta morirme, lo haría como lo digo.

—Pero diga, Mariana, ¿qué espera usted de mí?

—¡Qué he de esperar yo...! ¿Por qué me dice usted eso, don Simón?

—Los sacrificios que usted ha hecho y quiere hacerme sólo pueden tener un pago, aun cuando usted no los haga esperando recompensa. ¿Me quiere abrir su corazón, Mariana? —¿Y qué quiere que le diga?

—Usted conoce mi vida tan bien como yo, ¿no es verdad?

—Sí, señor. ¿Y eso qué tiene que ver...?

—Sabe que estoy unido por vida y por muerte a una desgraciada joven.

—Lo sé; ¿quién le dice lo contrario?

—Los sentimientos del corazón sólo los puedo agradecer y retribuir con mi amistad.

—¿Acaso le he pedido yo algo más, señor?

—No, Mariana; pero tengo tanto que agradecerle, que me hace más infeliz el mismo peso de este agradecimiento.

Mariana, en vez de responder, prorrumpió en llanto.

—¿Por qué llora usted así? —le dijo Simón cariñosamente.

—Eso es ingratitud... porque yo no merezco que usted me diga que le hago infeliz.

—No me ha comprendido usted... Soy infeliz porque no puedo unirme a usted con otros lazos que los de la amistad. Yo querría que pudiera usted decir: «Me sacrificé por mi marido, cuando lo vi entrar herido en casa de mi padre y le velé y asistí de día y noche; cuando su suerte desgraciada le llevó a una prisión, le di el pan que sus padres, siendo ricos, le negaban; cuando lo vi sentenciado a muerte en la horca perdí el juicio; cuando la luz de la razón me volvió, por un rayo de compasión divina, corrí a su segunda prisión, lo alimenté, lo vestí y adorné las paredes desnudas de su calabozo; cuando lo deportaron, le acompañé; hice de aquel pobre corazón mi patria, trabajé expuesta a los rayos de aquel sol mortífero, para no exponerle a los rigores del clima, al trabajo y al aislamiento que lo matarían...».

El espíritu de Mariana no podía elevarse a la altura de la expresión del condenado, pero su corazón adivinaba las ideas. Y la pobre muchacha sonreía y lloraba a un tiempo al escucharle.

Simón continuó:

—Tiene usted veintiséis años, Mariana. Debe vivir, porque esta existencia no es

vida, sino un suplicio oculto. Viva, y no se lo dé todo a quien no puede restituirle sino las mismas lágrimas que ya le he hecho verter por su causa. La época en que seré deportado no puede estar lejos; esperar mejor destino sería por mi parte una locura. Si yo me quedase en la patria, libre o preso, rogaría a mi hermana de adopción que completase la obra generosa de su compasión, esperando que yo le diese la última palabra de mi vida. Pero no me acompañe a África ni a la India, porque sé que volvería pronto sola a la patria, después de haberme cerrado los ojos. Si mi deportación es sólo temporal, y la muerte me reserva para mayores pruebas, un día llegará en que vuelva a la patria. Y es preciso que entonces esté usted aquí, para que yo pueda decir que vuelvo a reunirme con mi familia y que hay aquí un alma cariñosa que me espera. Si la encontrase a usted con marido e hijos, su familia sería la mía. Si la hallo libre y sola, me iré a reunir con mi hermana. ¿Qué me dice usted, Mariana?

La hija de Juan de la Cruz, levantando los ojos del suelo, contestó:

—Ya veré yo lo que he de hacer cuando usted salga para la deportación.

—Piénselo desde ahora, Mariana.

—No tengo que pensarlo... mi resolución está ya tomada.

—Hable, amiga mía; dígame cuál es esa resolución.

Mariana titubeó unos instantes, y al cabo respondió tranquilamente:

—Cuando yo vea que ya no me necesita, pondré fin a mi vida. ¿Cree que yo pierdo mucho con ello? No tengo padre, no tengo a nadie, mi vida no le hace falta a ningún ser de este mundo. ¿Usted podría vivir sin mí? Pues bien... yo soy quien no puede...

No terminó la frase, como asustada de la osadía de su pensamiento.

El condenado la estrechó con ternura entre sus brazos, y le dijo:

—Vendrá, vendrá conmigo, querida Mariana. Piense siempre, de ahora en adelante, en nuestra común desgracia, en las amarguras que juntos habremos de pasar y en la sepultura que ha de unirnos allá, lejos de la patria.

Desde aquel día, un júbilo secreto enloquecía el corazón de Mariana. No inventó prodigios de abnegación. El corazón de Mariana era de mujer. Amaba, no como la fantasía se complace en idear el amor de los ángeles. Amaba, y tenía celos de Teresa; no celos de los que buscan su alivio en la expansión o en el despecho, sino sordos, infernales, de aquellos que no rompen su torrente por los labios, sino que desahogan en copioso raudal de tristes lágrimas. Soñaba con las delicias del destierro, porque ninguna otra voz humana iría allí a gemir a la cabecera del desgraciado. Si la hubiesen obligado a renunciar a la triste misión de hermana de aquel hombre, renunciaría diciendo: «Nadie le amaré como yo; nadie endulzará sus penas tan desinteresadamente como yo lo he hecho».

Y, sin embargo, nunca se negó a aceptar de mano de Teresa o de la mendiga las cartas para Simón. A cada contracción de dolor que con la lectura de aquellas cartas surcaba la frente del preso, Mariana, que disimuladamente lo observaba, se estremecía hasta en las más íntimas fibras de su corazón, y decía para sí: «¡Para qué

esa joven le estará amargando así la existencia!».

Y terriblemente le amargaba, en efecto, la desventurada joven.

Renacieron en aquel alma esperanzas que no debían durar más que el tiempo necesario para que el desengaño viniera a confirmar su infortunio. Soñaba ya con la libertad, el perdón, el casamiento y la ventura, como corona de su martirio. Sus compañeras adornaban a porfía la obra de su fantasía, unas porque no conocían la atroz realidad de las cosas, otras porque fiaban demasiado en la eficacia de sus oraciones. Al realizarse los vaticinios y profecías de todas, Simón saldría de la cárcel, Tadeo de Albuquerque se moriría de vejez o de rabia; el casamiento era indudable, y el cielo de aquellos desgraciados empezaría en este mundo.

Pero Simón Botelho, al cabo de cinco meses, ya conocía la suerte que le esperaba y hallaba inútil avisárselo a Teresa para que no sucumbiese al golpe inevitable de la separación. Procuraba él iluminar con esperanzas la sombría perspectiva del destierro; pero falsos y fríos eran los consuelos no engendrados por la convicción ni por el sentimiento. Teresa no podía engañarse, porque llevaba en el pecho un aviso que la estaba llamando siempre a la hora final, aun cuando el semblante no la denunciase a la compasión de los extraños.

Y se la veía, en las cartas que escribía a Simón, dolerse amargamente de su suerte, invocar a Dios, dirigir sacrílegos apostrofes al destino, ocuparse con resignación o con ímpetus de cólera del proceder de su padre, y al mismo tiempo manifestar apego a la vida que sentía escapársele, y suplicar a la muerte que no la liberase de los tormentos del alma y del cuerpo.

En el plazo de siete meses, el tribunal de segunda instancia conmutó la última pena en diez años de deportación a la India. Tadeo de Albuquerque fue a Lisboa para la decisión del recurso y ofreció su casa entera a quien mantuviese la horca para Simón Botelho. El padre del condenado, a consecuencia del aviso que le dio de ello su hijo Manuel, pasó también a Lisboa para luchar contra el dinero y contra los poderosos influjos que Tadeo de Albuquerque se había granjeado en los tribunales que debían entender en la apelación y en el recurso de indulto interpuesto. Vencedor salió Domingo Botelho, y llevado más bien del amor propio que por cariño paternal, alcanzó del príncipe regente la gracia de que el condenado pudiese cumplir su sentencia en la cárcel de Villa Real.

Cuando notificaron a Simón la decisión del recurso y la gracia del regente, respondió que no aceptaba la gracia; que quería la libertad o la deportación; que protestaría ante el poder judicial contra un favor que no había solicitado y que creía más atroz que la muerte.

Domingo Botelho, a quien se comunicó lo dicho por su hijo, respondió que hiciese lo que quisiera, que a él le bastaba con hacer ver que había obtenido una completa victoria, a pesar de los protectores y de los corrompidos con el oro del hidalgo de Viseu.

Se dio el aviso correspondiente al intendente general de policía, y el nombre de

Simón Botelho fue inscrito en la relación de los deportados para la India.

CAPÍTULO XIX

LA verdad es algunas veces el escollo de una novela.

En la vida real la recibimos tal como sale de los encontrados acasos, o de la lógica implacable de las cosas; pero en la novela no podemos sufrir que el autor, si inventa, no invente mejor, y si copia, no mienta por amor al arte.

Una novela, cuyo mérito estriba en la verdad, es fría, es insoportable, no sacude los nervios, ni le saca a uno, aunque no sea más que un momento, de este andar de la noria, cuyos cangilones somos, unos subiendo, otros bajando, puestos todos en movimiento por el manubrio del egoísmo.

¡La verdad! Pero cuando es fea, ¿para qué ofrecerla al público en cuadros?

¡La verdad del corazón humano! Pero si el corazón humano tiene filamentos de hierro que lo unen al barro de que procede, o pesan sobre él y lo sumergen en el charco de la primitiva culpa, ¿a qué viene el sacarle a luz, retratarle y ponerle a la venta?

Estas observaciones son propias de quien tiene el juicio en su lugar; pero yo, que he perdido el mío estudiando la verdad, ahora, el desquite que me queda es pintarla tal como ella es, fea y repugnante.

¿La desgracia enardece o enfría la pasión del amor?

Esto es lo que yo someto a la decisión del lector inteligente. Hechos y no tesis son los que yo presento.

El pintor representa unos ojos, pero no explica las funciones ópticas del aparato visual.

Al cabo de diecinueve meses de cárcel, Simón Botelho deseaba ardientemente un rayo de sol, una ráfaga de aire que no le llegase a través de los hierros de la prisión; la bóveda celeste, porque la de su calabozo empezaba a pesar sobre su pecho.

Ansia de vivir era la suya; no era ya ansia de amar.

Seis meses de angustias con la horca siempre ante sí debían haber debilitado la fibra de su corazón; y el corazón, para el amor, es necesario que esté robusto y con el ánimo que se adquiere con las incertidumbres de la esperanza, y con las alegrías que lo llenan y prestan nuevas fuerzas para la adversidad.

Desapareció de la vista de Simón la idea pavorosa de la horca; pero le quedaron aún los brazos sujetos con las esposas, y el pulmón oprimido por la atmósfera deletérea de la prisión.

¿Qué es el corazón, el corazón a los dieciocho años, el corazón sin remordimientos, el espíritu anhelante de gloria, al cabo de diecinueve meses de estancamiento de la vida?

El corazón es la víscera, herida de parálisis, que más pronto desfallece sofocada por las rebeliones del alma, que se identifica con la naturaleza, y la quiere, y se devora con el ansia de ella, y se retuerce con los sufrimientos de la amputación, para

los cuales el recuerdo de la felicidad herida es un hierro candente, y el amor, que conduce al abismo por el camino de la soñada felicidad, no es ni siquiera un refrigerio.

Al sentir que en su garganta se aflojaba la cuerda de la justicia, Simón Botelho tuvo una hora en que respiró con desahogo, como si sintiera que el patíbulo se deshacía entre sus brazos, y entonces invitó al corazón de la mujer que le había perdido a asistir a las segundas nupcias de su vida con la esperanza.

Después, poco a poco, esta esperanza huía a las arenas de Asia, y el corazón se anegaba en hiel y en ella se sumergía el amor, fin inevitable cuando no queda ni un resquicio por donde la esperanza entre a iluminar aquella oscuridad íntima.

¿Esperanza para Simón Botelho, cuál?

La India, la humillación, la desgracia, la indigencia.

Y el anhelo de aquella alma había sido el pensar en adquirir un nombre. Para la felicidad del amor había procurado auxiliarse con las fuerzas del talento, porque más allá del amor estaba la gloria, y el renombre, y la vana inmortalidad, que sólo no es demencia en las almas grandes y en los genios que presienten su existencia en las generaciones venideras y se contemplan en ellas.

Pero las guirnaldas del amor, chorreando sangre de sus espinas, éstas destilan su veneno corrosivo en el pensamiento, apagan en el seno el fuego de los nobles atrevimientos, empequeñecen la idea que abraza el Universo y paralizan con mortal espasmo los ardores del corazón.

Así te sentías tú, desgraciado, cuando dieciocho meses de cárcel, con el patíbulo o la deportación en perspectiva, habían acabado con lo mejor de tu alma.

Te interrogabas a ti mismo sobre tu pasado, y el corazón, si se atrevía a responder, se retraía acriminado por el dictamen de la fría razón.

Desde allá, desde aquel convento donde otra existencia agonizaba, los gemidos y las quejas venían a exprimir hiel en la llaga; y tú, que no sabías ni podías consolar, pedías palabras al ángel de la compasión para ella y las recibías del demonio de la desesperación para ti.

Los diez años de prisión en que habían querido aminorar su pena le parecían más horribles que el patíbulo. ¿Y los aceptaría acaso, si amase el cielo donde Teresa bebía el aire, que se le convertía en ponzoña en sus pulmones? Sí; antes la mazmorra, donde puede oírse el son apagado de una voz amiga; antes los paroxismos de diez años sobre las losas húmedas de un calabozo, si, en la hora extrema, la última chispa de la pasión, al oscilar para morir, nos ilumina el camino del cielo, por donde el ángel del amor desdichado se elevó para dar cuentas de sí a Dios, y pedir el alma del que quedó.

Teresa pidió a Simón Botelho que aceptase los diez años de cárcel y esperase allí su redención por ella.

«¡Diez años! —le decía la enclaustrada de Monchique—. En diez años habrá muerto mi padre, y yo seré tu esposa e iré a pedir al rey que te perdone si no has

cumplido aún tu condena. Si vas a la deportación te pierdo para siempre, Simón mío, porque o mueres allí, o cuando vuelvas no hallarás ya de mí ni la memoria».

¡Cómo se engañaba la pobre en las horas en que las débiles fuerzas de su vida se le concentraban en el corazón!

Las angustias, la lividez y el decaimiento habían vuelto. La sangre nueva que parecía haber criado volvía a salirle a bocanadas con la tos.

Si por amor o piedad el condenado hubiese aceptado que tres mil seiscientas cincuenta veces volviesen a correrse los pesados cerrojos sobre sus noches solitarias, ni aun así Teresa hubiera podido sostener la losa del sepulcro que sobre ella ya pesaba.

«No esperes ya nada, mártir —le escribía Simón—. La lucha con la desgracia es inútil, y yo no puedo ya luchar. Fue un engaño funesto nuestro encuentro. Nada nos queda en este mundo. Marchemos al encuentro de la muerte... Hay un secreto que sólo en el sepulcro se sabe. ¿Nos veremos allí?

»Me voy. Abomino de la patria, abomino de mi familia, todo este suelo se presenta a mi vista cubierto de horcas, y cuantos hombres hablan en mi propia lengua, me parece que les oigo vociferar las imprecaciones del verdugo. En Portugal no quiero ni la libertad con opulencia; ¡ahora ya ni la realización de las esperanzas que me daba tu amor, Teresa mía!

»Olvídame, y adormécete en el seno de la nada. Yo quiero morir, pero no aquí. Apáguese la luz de mis ojos; pero la luz del cielo la quiero, quiero ver el cielo en mi última mirada.

»No pretendas que acepte diez años de prisión. ¡Tú no sabes lo que es perder la libertad por diez años! No puedes comprender mis tormentos en estos veinte meses. Las únicas voces que he oído son las de la mujer compasiva que me suministra el pan de cada día y la del alguacil que vino a darme la sarcástica buena nueva de una gracia real que conmuta la muerte instantánea de la horca por las angustias de diez años de cárcel.

»Trata de salvarte, si puedes. Renuncia a este gran desgraciado. Si tu padre te llama, ve. Si ha de renacer para ti una aurora de paz, vive para la felicidad de ese día. Pero si no, muere, Teresa, muere; porque la felicidad es la muerte, es el deshacerse en polvo las fibras dilaceradas por el dolor, es el olvido que salva de las injurias la memoria de los que han padecido».

Las únicas palabras de Teresa en respuesta a aquella carta, clara muestra del estado de perturbación del infeliz preso, fueron éstas: «Moriré, Simón, moriré. Perdona mi destino... te he perdido... tú bien sabes la suerte que quería compartir contigo... y muero porque no puedo ni podré jamás rescatarte. Si puedes, vive; no te pido que mueras, Simón; quiero que vivas para llorarme. Mi espíritu te consolará... estoy tranquila... veo la aurora de paz... adiós, hasta el cielo, Simón mío».

Siguiéronse a esta carta muchos días de taciturna desesperación por parte de Simón Botelho que no respondía siquiera a las preguntas de Mariana. Diríase que se

hallaba entregado a las voluptuosas angustias de su propio aniquilamiento. La criatura puesta por Dios al lado de aquellos dieciocho años tan atribulados lloraba; pero las lágrimas, si Simón las veía, le sacaban del mutismo sosegado para lanzarle a los ímpetus de la desesperación, que al cabo lo extenuaba a fuerza de convulsiones.

Pasaron seis meses más.

Teresa vivía, diciendo a sus consternadas compañeras que sabía de seguro cuándo había de llegar su último momento.

Dos primaveras vio Simón Botelho a través de las rejas de su cárcel. La tercera ya florecía en las huertas y reverdecían los bosques del Candal.

Era el mes de marzo de 1807.

El día 10 de este mes recibió el condenado la notificación de que debía salir en el primer buque que levase anclas en el Duero con rumbo a la India. En aquel tiempo iban allí los buques a buscar a los condenados y recibían en Lisboa a los que tenían igual destino.

Nada impedía el embarque de Mariana, que se presentó al corregidor del crimen como criada del condenado, con el pasaje pagado por su amo.

—Bien vale lo que cuesta el pasaje —dijo el jovial magistrado.

Simón asistió al arreglo de su equipaje con una tranquilidad terrible, y como si ignorase de qué se trataba. Varias veces intentó escribir su última carta a la moribunda Teresa, y ni señal de sus lágrimas pudo ya enviarle en el papel.

—¡Qué tinieblas, Dios mío! —exclamaba, y se arrancaba a manos llenas los cabellos—. ¡Dadme lágrimas, Señor; dejadme llorar o matadme, que este sufrimiento es insoportable!

Mariana contemplaba llena de dolor estos y otros arrebatos de locura, así como los no menos terribles períodos de letargo.

—¿Y Teresa? —gritaba, alzándose de repente en medio de su abatimiento—. ¿Y esa desgraciada joven a quien maté? ¡No he de volverla a ver más, nunca más! Nadie me llevará a la India la noticia de su muerte, y cuando yo la llame para que me vea morir digno de ella, ¿quién le dirá que me muero?, ¡oh mártir!

CAPÍTULO XX

EL 17 de marzo de 1807 salió de las cárceles de la Audiencia de Oporto Simón Antonio Botelho, y se embarcó en el muelle de la Ribera, con 75 compañeros más. El hijo del ex corregidor de Viseu, por orden del regidor de las Justicias, no iba atado con cuerdas al brazo de ningún otro de sus compañeros. Fue desde la prisión hasta el punto de embarque al lado de un alguacil y seguido por Mariana, que iba vigilando el equipaje.

El magistrado, fiel amigo de doña Rita, fue a bordo del buque, y recomendó al comandante que distinguiese al condenado Simón, consintiéndole estar en la toldilla y sentándole a su mesa. Llamó a Simón aparte y le entregó un cartucho de dinero en oro que su madre le enviaba. Simón aceptó el dinero, y en presencia de Mouráo Mosqueira pidió al comandante que hiciese distribuir entre sus compañeros de deportación aquel dinero que le entregaba.

—¿Pero está usted loco, Simón? —dijo el oidor.

—Tengo la demencia de la dignidad; por amor de mi dignidad me he perdido; quiero ahora ver a qué extremos de infortunio puede ella llevar a los que le rinden culto. La caridad sólo no me humilla cuando parte del corazón y no del deber. No conozco a la persona que me ha remitido ese dinero.

—Es su madre —contestó Mosqueira.

—No tengo madre. ¿Quiere usted acaso devolverle esta limosna rechazada?

—No, señor.

—Entonces, señor comandante, haga usted lo que le pido o si no tiraré este oro al río.

El comandante recibió el dinero, y el oidor salió de a bordo maravillado de la siniestra condición del joven.

—¿Dónde está Monchique? —preguntó Simón a Mariana.

—Es allí, don Simón —respondió ella indicándole el monasterio que se alzaba en la margen del Duero, junto a Miragaya.

Simón cruzó los brazos, y a través de las rejas del mirador distinguió un bulto.

Era Teresa.

En la víspera había recibido el adiós de Simón, y respondió enviándole la trenza de sus cabellos.

Al anochecer de aquel día, pidió Teresa los sacramentos y comulgó en la reja del coro, hasta donde fue, sostenida por su criada. Parte de las horas de aquella noche las pasó sentada junto al oratorio de su tía, que toda la noche estuvo rezando. Algunas veces pidió que la llevasen a la ventana que daba hacia el mar, y no sentía allí la frialdad de la brisa. Hablaba tranquilamente con las monjas, y se despidió de todas una por una, yendo a las celdas de todas las madres que estaban imposibilitadas, para darles el beso de la despedida.

Todas querían reanimarla, y Teresa se sonreía sin responder a los artificios piadosos con que aquellas buenas almas querían simularle esperanzas. Al romper del día, Teresa leyó una a una las cartas de Simón Botelho. Las que habían sido escritas en las márgenes de Mondego la enternecieron, haciéndole derramar copiosas lágrimas. Eran himnos a la felicidad futura; eran todo lo que el corazón humano puede dar de sí, de más hermoso, cuando la poesía de la pasión colora el pensamiento y una bella e inspiradora naturaleza le presta sus esmaltes. Entonces acudían a su mente vivas reminiscencias de aquellos días: se acordaba de su loca alegría, de sus dulces tristezas y de sus esperanzas, que se convertían en vagas melancolías de los mudos coloquios con la hermana querida de Simón, del aromático cielo en que espaciaba la aspiración de sus vagos deseos; en fin, de todo aquello de que se acuerdan los desgraciados.

Volvió a empaquetar las cartas, las ató con las cintas de seda que habían atado los ramos de flores marchitas, que, dos años antes, Simón le había tirado desde su cuarto al de ella.

Al soltarlas, los pétalos de las flores casi todos se deshicieron, y Teresa, contemplándolas, dijo: «Como mi vida...», y lloró besando los cálices deshojados de las primeras que había recibido.

Entregó las cartas a Constanza, y sobre su destino le dio un encargo, que ya veremos cómo fue cumplido.

Después se fue a rezar, y estuvo arrodillada una media hora, reclinándose sobre una silla. La hicieron levantarse casi con violencia, aceptó una taza de caldo y murmuró sonriendo: «Para el viaje...».

A las nueve de la mañana pidió a Constanza que la acompañase al mirador, y sentándose con mortales ansias no volvió a apartar los ojos del buque, que ya estaba completamente aparejado, esperando el embarque de los condenados.

Cuando los vio entrar a bordo amarrados dos a dos, Teresa tuvo un breve accidente en que ya pareció apagarse la luz de sus ojos y las convulsas manos querer aferrarse a la existencia que la abandonaba.

Entonces fue cuando Simón la vio.

Al mismo tiempo atracó al buque un bote, en el que venía la mendiga de Viseu preguntando por Simón. Éste se fue al portalón, y extendiendo la mano a la mendiga recibió el paquete de sus cartas. Reconoció en seguida que la primera no era suya por lo nuevo del papel, pero no la abrió.

Se oyó la voz de levar anclas y largar amarras.

Simón se recostó en la borda del buque con los ojos fijos en el mirador.

Vio agitarse un pañuelo y respondió con el suyo a aquella señal. Bajó hacia la mar el buque y pasó por el frente del convento. Simón vio distintamente una cara y unos brazos suspendidos a las rejas de hierro; ¿pero era la de Teresa aquella cara? ¿No sería más bien la de un cadáver que había subido del claustro al mirador?

—¿Es Teresa? —preguntó Simón a Mariana.

—Sí, señor, es ella —contestó con un ahogado gemido aquella generosa criatura, que oía a su corazón decirle que el alma del condenado seguiría en breve a la de aquélla por quien se había perdido.

De repente dejó de agitarse el pañuelo en el mirador, y Simón entrevió un movimiento rápido al que siguió la desaparición de Teresa y su criada Constanza, a quien también había creído reconocer.

El buque se detuvo frente a Sobreiras. Una nube en el horizonte de la barra y el súbito encrespamiento de las olas causaban la suspensión del viaje anunciado por el comandante. En seguida salió de la barra un bote con el piloto mayor, que mandaba dar fondo hasta nueva orden. Más tarde hubo de aplazarse la salida para el día siguiente. Entretanto, Simón Botelho, como el cadáver embalsamado, cuyos ojos artificiales brillan clavados, inmóviles en un punto, trataba de penetrar con su mirada en la oscuridad del mirador. Ninguna señal de vida. Y las horas pasaron, hasta que el último rayo del sol se apagó en las rejas del monasterio.

Al anoecer volvió de tierra el comandante y miró con los ojos llenos de lágrimas al condenado, que contemplaba las estrellas que brillaban en el cielo en la dirección del mirador.

—¿La busca usted en el cielo? —dijo el marino.

—¡Sí, la busco en el cielo! —respondió maquinalmente Simón.

—Sí... En el cielo debe estar.

—¿Quién?

—Teresa.

—¡Teresa!... ¿Ha muerto?

—Sí, ha muerto, allí en el mirador, donde estaba despidiéndose de usted.

Simón se inclinó sobre la borda y fijó la mirada en las aguas. El comandante le echó los brazos y le dijo:

—¡Valor, gran desgraciado, valor! Los hombres del mar creen en Dios; yo espero que el cielo se le abra por las súplicas de aquel ángel.

Mariana estaba a un paso detrás de Simón y tenía las manos alzadas.

—Todo se acabó... —murmuró Simón—, ya estoy libre para la muerte... Señor comandante —continuó enérgicamente—, yo no me suicido, puede usted dejarme.

—Le ruego que se retire a la cámara, su litera está al lado de la mía.

—¿Es obligatorio el retirarme?

—Para usted no hay obligaciones, hay ruegos; se lo pido, no se lo mando.

—Voy, y le agradezco su compasión.

Mariana le siguió con una mirada dulce y melancólica.

Volvióse hacia ella Simón, y dijo al comandante:

—¿Y esta infeliz?

—Puede seguirle... —dijo el compasivo hombre de mar, que creía en Dios.

Simón se echó en su litera, y el comandante se sentó enfrente de él. Mariana se puso a llorar en el rincón más oscuro de la cámara.

—Hable, don Simón —dijo el comandante—. Desahóguese y llore.

—Ya lloré.

—Yo no había nunca imaginado una angustia igual a la suya; la invención humana no ha creado un cuadro más atroz. Se me erizan los cabellos, y eso que he visto espectáculos terribles, en la tierra y en el mar.

De propósito, el comandante estaba provocando al condenado a la expansión, pero éste no respondía, y fijos los ojos en el paquete de cartas que había puesto ante sí en una mesa, escuchaba los sollozos de Mariana.

El capitán prosiguió:

—Cuando en Miragaya me contaron la muerte de esa señora, pedí a una persona que tenía relaciones en el convento que me llevase a oír de boca de alguna de las religiosas el triste relato. Una monja me lo contó; pero eran más sus gemidos que sus palabras. Supe que cuando veníamos por la altura de Ouro la joven profirió en alta voz: «¡Simón, adiós, hasta la eternidad!», y cayó en brazos de su criada. La sirvienta gritó y otras acudieron al mirador, trayéndola abajo medio muerta, o muerta, mejor dicho, porque no volvió a proferir una sola palabra. Después me contó lo que había penado en dos años y nueve meses en aquel monasterio, el amor que a usted profesaba y las mil muertes que había padecido cada vez que la esperanza la abandonaba. ¡Qué desgraciada joven, y qué hombre tan infeliz es usted!

—Por poco tiempo... —dijo Simón como si hablase consigo mismo.

—Yo también creo que por poco tiempo —prosiguió el capitán—, y si los amigos pudieran salvarle, yo se los proporcionaría en la India tan fieles y leales como en Portugal. Le prometo, bajo mi palabra, alcanzar del virrey que se quede residiendo en Goa. Le prometo asegurarle un modo decente de vida y las comodidades que hacen la existencia fácil en Asia. No le intimide la idea de la deportación. Viva, haga por vencerse y será feliz.

—Cállese, por piedad, señor... —interrumpió el deportado.

—Bien sé que es aún temprano para hacer planes para el futuro, disculpe, por la simpatía que me inspira, la indiscreción que cometo. Acepte mi amistad en esta hora de tribulación.

—La acepto, y de ella necesito... ¡Mariana! —llamó Simón—, acérquese, si este caballero lo permite.

Mariana entró en el camarote.

—Esta mujer ha sido mi providencia —dijo Simón—. Porque ella me socorrió no he sentido el hambre en dos años y nueve meses de cárcel. Todo lo que tenía lo ha vendido para sostenerme y vestirme. Aquí va conmigo esta criatura; sea ella respetable a los ojos de usted, porque es tan pura, como la verdad lo debe ser en los labios de un moribundo. Si yo muero, señor comandante, acepte usted el encargo de ampararla con su caridad como si fuese mi hermana; si ella quisiera volver a su patria, sea usted su protector en el viaje. —Y extendiéndole la mano le dijo con energía—: ¿Me lo promete usted?

—Se lo juro.

El comandante, obligado a subir a la toldilla, dejó a Simón con Mariana.

—Estoy ya tranquilo por su futuro, amiga mía.

—Yo siempre lo estaba, señor —respondió ella.

No cambiaron ni una palabra más, por largo espacio. Simón apoyó su cara sobre la mesa y oprimió con ambas manos su enardecida frente. Mariana, en pie a su lado, fijaba su mirada en la triste luz de la oscilante lámpara y meditaba, como él, en la muerte.

Y el nordeste silbaba como un gemido en la arboladura del buque.

CONCLUSIÓN

A las once de la noche el comandante se retiró a una litera de pasajeros, y Mariana, sentada en el suelo y con la cara inclinada sobre el regazo, parecía sucumbir al quebranto de las penosas y aflictivas horas de aquel día.

Simón velaba, postrado en el camarote, con los brazos cruzados en el pecho y los ojos fijos en la luz, que se balanceaba colgada de un alambre. El oído tal vez le tenía atento al silbar del vendaval; tal vez le debía sonar como un ¡ay! plañidero aquel silbido agudo, voz única entonces en medio del silencio de la tierra y del cielo.

A medianoche Simón extendió el brazo trémulo al paquete de cartas que Teresa le había enviado, y contempló un momento la que venía encima, que era de ella. Rompió el sobre y se colocó de manera que le alcanzase el incierto resplandor de la lámpara. Decía así la carta:

«Es ya mi espíritu el que te habla, Simón. Tu amiga ha muerto. Tu pobre Teresa a la hora en que leas esta carta, si Dios no me engaña, habrá ya alcanzado el supremo descanso.

»Yo debía ahorrarte este último tormento; no debía escribirte; pero perdona a tu esposa del cielo tal culpa, por el consuelo que siento en hablar contigo a esta hora, hora final de la noche de mi vida.

»¿Quién te diría que yo he muerto, si no fuese yo misma, Simón mío? De aquí a poco perderás de vista este monasterio; correrás millares de leguas, y no hallarás en parte alguna del mundo una voz humana que te diga: la infeliz te espera en el otro mundo y pide al Señor que te rescate.

»Si te pudiese engañar, amigo mío, ¿preferirías mejor pensar que quedaba con vida y con esperanza de verte a la vuelta de la deportación? Así podrá ser, pero aun ahora, en este solemne momento, me domina el deseo de convencerte de que yo no podía vivir, porque la misma desgracia a veces tiene la vanidad de demostrar que lo es, hasta no poder llegar a más. Quiero que digas: murió; y ha muerto cuando le quité la última esperanza.

»Esto no es quejarme, Simón, no. Tal vez yo hubiese podido resistir algunos días más a la muerte, si tú te hubieses quedado; pero de un modo o de otro era inevitable cerrar los ojos cuando se quebrase el último hilo, y éste se está partiendo, y yo misma lo oigo romperse.

»Que no vayan estas palabras a aumentar tu pena. Líbreme Dios de añadir un remordimiento injusto a tu dolor.

»¡Si yo pudiese verte aún feliz en este mundo; si Dios permitiese a mi alma esta visión!... ¡Feliz tú, pobre condenado...! Sin quererlo, mi amor te injuriaba ahora, juzgándote capaz de la felicidad. Tú morirás de dolor, si el clima de Asia no te mata antes de sucumbir a los males del espíritu.

»La vida es bella, Simón, si la hubiésemos alcanzado como tú la pintabas en tus cartas, que leí hace poco. Estoy viendo la casita que tú describías enfrente de

Coímbra, cercada de árboles, flores y pájaros. Tu imaginación paseaba conmigo por las orillas del Mondego a la hora melancólica del anochecer. El cielo se llenaba de estrellas y la luna brillaba sobre la superficie de las aguas. Yo respondía con la voz de mi corazón a tu silencio, y animada por tu sonrisa inclinaba mi cabeza sobre tu seno como si fuese el de mi madre. Todo esto leía en tus cartas, y parece que cesa la angustia de la agonía en cuanto el alma se entrega al recuerdo. En otra carta me hablabas de triunfos y glorias y de inmortalidad de tu nombre. También yo corría tras tu aspiración o delante de ella, porque la mayor porción de los deleites de tu espíritu quería yo que fuese mía. Era una niña hace tres años, Simón, y ya comprendía tu anhelo de gloria y lo imaginaba realizado como obra mía, si me decías, como me dijiste muchas veces, que no serías nada sin el estímulo de mi amor.

»¡Ah, Simón! ¡De qué cielo tan bello caímos! A la hora en que te escribo, estás tú para entrar en el barco de los deportados y yo en la sepultura.

»¡Qué importa morir si no podremos jamás realizar en esta vida nuestras esperanzas de hace tres años! ¿Podrías tú con el desengaño y con la vida, Simón? Yo no podría.

Los instantes del sueño eran los escasos beneficios que Dios me concedía; la muerte es más que una necesidad, es la misericordia divina, la bienaventuranza para mí.

»¿Y qué harías tú de la vida sin tu compañera de martirio? ¿Dónde irías tú a reponer tu corazón de la desgracia que le hirió, sin el olvido de la imagen de esta dócil mujer que siguió dócilmente la estrella de tu desgraciada suerte?

»Tú ya nunca has de amar, ¿no es verdad, esposo mío? ¿Tendrías vergüenza de ti mismo si una vez vieses pasar rápidamente mi sombra por delante de tus ojos ya secos? Sufre, sufre al corazón de tu amiga estas últimas preguntas a que tú responderás en alta mar cuando leas esta carta.

»¡Está rompiendo el día, voy a ver mi última aurora... la última de mis dieciocho años!

»¡Bendito seas, Simón! Dios te proteja y te libre de una larga agonía. Todas mis angustias se las ofrezco en descuento de tus culpas. Si a algún castigo me condena la justicia divina, ofrece tú a Dios tus padecimientos para que yo sea perdonada.

»Adiós, Simón; ya me parece que te veo a la luz de la eternidad».

Irguióse Simón Botelho; miró alrededor de sí, y vio con sorpresa a Mariana que levantaba la cabeza al menor de sus movimientos.

—¿Qué tiene, señor? —dijo ella levantándose.

—¿Estaba usted aquí, Mariana...? ¿No se va a acostar?

—No, señor. El comandante me ha dado permiso para quedarme aquí.

—¿Pero va a pasar así la noche? Le ruego que se retire, porque no es necesario ese sacrificio.

—Si no le incomoda, déjeme quedarme.

—Bien, quédese, amiga mía, quédese... ¿Podré subir a la cubierta?

—¿Quería usted ir sobre cubierta, señor Botelho? —dijo el comandante echándose de la litera.

—Sí, señor.

—Iremos juntos.

Simón puso la carta de Teresa con el paquete de las suyas, y subió tambaleándose. En la cubierta se sentó y se puso a contemplar el mirador de Monchique, que se alzaba sombrío en la falda de la sierra peñascosa en que actualmente se halla la calle de la Restauración.

El comandante se paseaba de popa a proa, pero siempre atento a todos los movimientos del deportado. Temía una tentativa de suicidio, porque Mariana le había inducido a la sospecha. Hubiera querido el marino dirigirle palabras consoladoras, pero pensaba consigo mismo: «¿Qué he de decirle a un hombre que padece de este modo?». Y se paraba junto a él algunas veces, para distraer su atención de aquel mirador.

—¡Yo no me suicido! —exclamó bruscamente Simón Botelho—. Si su generosidad, señor comandante, se interesa en que yo viva, puede dormir tranquilo toda la noche, porque no me suicido.

—¿Pero no podré merecerle la condescendencia de bajar conmigo a la cámara?

—Iré; pero allí sufro mucho más.

El comandante no replicó y continuó paseándose en la cubierta, a pesar de las fuertes ráfagas de viento.

Mariana estaba escondida entre los fardos de la carga, a poca distancia de Simón. El comandante la vio, le habló, y se retiró.

A las tres de la mañana Simón Botelho oprimió entre sus manos la cabeza abrasada por el ardor de la fiebre. No pudo sostenerse sentado y medio dejó caer el cuerpo. La cabeza al inclinarse reposó en el seno de Mariana.

—¡El ángel de la compasión siempre conmigo! —murmuró él—. Teresa fue mucho más desgraciada...

—¿Quiere usted bajar al camarote? —dijo ella.

—No podré... Sosténgame, hermana mía.

Dio algunos pasos hacia la escalerilla, y volvió aún la vista al mirador. Bajó la empinada escala cogiéndose a las cuerdas. Se echó sobre el colchón y pidió agua, que bebió insaciablemente. Siguió la fiebre entre convulsiones y ansias y con intervalos de delirio.

Por la mañana vino a bordo un facultativo, llamado por el comandante. Examinó a Simón, dijo que la enfermedad era fiebre maligna, y podía muy bien ser que hallase su sepultura antes de llegar a la India.

Mariana oyó el pronóstico y no lloró.

A las once salía el buque de la barra. A las ansias de la enfermedad se unieron las del mareo. A ruegos del comandante, Simón tomaba remedios que devolvía en seguida con violentos vómitos.

Al segundo día de viaje, Mariana dijo a Simón:

—Si usted se muere, ¿qué he de hacer con las cartas que están en esa caja?

¡Pasmosa serenidad la de esta pregunta!

—Si muero en el mar —dijo él—, tire al mar todos mis papeles, todos; y estas cartas que están debajo de mi almohada también.

Pasada la congoja que le embargó la voz, Simón continuó:

—Si yo muero, ¿qué piensa usted hacer, Mariana?

—Morir, también.

—¡Morir...! ¡Cuánta gente desgraciada he hecho!

Aumentaba la fiebre. Los síntomas de la muerte eran visibles a los ojos del capitán, acostumbrado a ver morir centenares de condenados acometidos de la fiebre en el mar y desprovistos de la necesaria asistencia.

Al cuarto día, cuando el buque se hallaba próximo a Cascáis, sobrevino una repentina tormenta. El barco tuvo que hacerse muchas millas al largo, y perdido el rumbo de Lisboa, navegó desorientado. Al sexto día de navegación incierta por entre espesas brumas, se partió el timón enfrente de Gibraltar. Y después del desastre se aplacaron las ráfagas, se calmaron las aguas y nació con la aurora siguiente un hermoso día de primavera. Era el 27 de marzo; el noveno día de la enfermedad de Simón Botelho.

Mariana había envejecido. El comandante, mirándola, exclamó:

—¡Parece que vuelve usted de la India, ya pasados los diez años de trabajos!

—¡Sí...! De seguro... ya están acabados... —dijo ella.

Aquel día, al anochecer, el condenado deliró por última vez, y decía así en su delirio:

«La casita de frente a Coímbra, cercada de árboles, flores y pájaros. Paseabas conmigo a orillas del Mondego a la hora melancólica del anochecer, el cielo se llenaba de estrellas y la luna brillaba sobre la superficie de las aguas; yo respondía con la voz de mi corazón a tu silencio y animado por tu sonrisa inclinaba la cara en tu seno como si fuese el de mi madre... De qué cielo tan bello caímos... tu pobre amiga murió... tu pobre Teresa...

»¿Y qué harías tú de la vida sin tu compañera de martirio? ¿Dónde irías a reponer tu corazón de la desgracia que lo hirió...? Está rompiendo el día... voy a ver mi última aurora... la última de mis dieciocho años. Ofrece a Dios tus padecimientos para que yo sea perdonado... Mariana...».

Mariana pegó su oído a los labios violáceos del moribundo cuando creyó oír su nombre.

«Tú vendrás a reunirte con nosotros; seremos tus hermanos en el cielo... el ángel más puro serás tú... si eres de este mundo, hermana mía, si eres de este mundo, Mariana...».

La transición del delirio al letargo completo era el anuncio infalible de la agonía.

Al romper el día se apagó la lámpara. Mariana salió a pedir luz y oyó un gemido

estertóreo. Volviendo a oscuras con los brazos extendidos para palpar al agonizante, encontró su convulsa mano que apretó entre las suyas, pero dejó de repente de sentirse la presión de sus dedos.

Entró el comandante con una lámpara, y aproximándose a la boca vio que el vidrio ni ligeramente se empañaba.

—¡Está muerto! —dijo.

Mariana se inclinó sobre el cadáver y le besó en la cara. Era el primer beso. Se arrodilló después al pie de la litera con las manos erguidas, pero ni rezaba ni lloraba.

Pasadas algunas horas, el comandante dijo a Mariana:

—Ahora es tiempo de dar sepultura a nuestro amigo... es una ventura morir cuando se viene al mundo con tal estrella. Pase usted a la cámara, que voy a hacer sacar el cadáver.

Mariana sacó el paquete de cartas de debajo de la almohada, y fue a una maleta a buscar los papeles de Simón. Lo envolvió todo en el delantal que él conservaba, empapado con las lágrimas por ella derramadas en el día de su demencia, y se ató el lío a la cintura.

El cadáver fue envuelto en una sábana y transportado a cubierta.

Mariana lo siguió.

De la bodega del buque trajeron una piedra, que un marinero ató a las piernas con un pedazo de cabo. El comandante contemplaba la triste escena con los ojos humedecidos, y los soldados que guarnecían el barco, llenos de fúnebre respeto, insensiblemente se descubrieron.

Mariana estaba en tanto recostada en la borda del buque, y parecía contemplar estúpidamente las sacudidas que el marinero imprimía al cadáver para asegurar la piedra en la cintura.

Dos hombres levantaron el cadáver en alto sobre la borda y le dieron el balanceo necesario para arrojarlo lejos; pero antes que se oyese el choque del cuerpo en el agua, todos vieron, y nadie pudo ya detener, a Mariana que se arrojó al mar.

A la voz del comandante arriaron rápidamente un bote y saltaron los marineros en él para salvar a Mariana.

—¡Salvadla!

La vieron un momento bracear, no para resistir a la muerte, sino para abrazar el cadáver de Simón, que una ola echó entre sus brazos. El comandante dirigió su vista al sitio por donde Mariana se había arrojado, y vio enredado en el cordaje el delantal y a flor de agua un rollo de papeles, que los marineros recogieron en la lancha.

Era, como se sabe, la correspondencia de Teresa y Simón.

De la familia de Simón Botelho vive aún en Villa Real de Trás-os-Montes la señora doña Rita Emilia da Veiga Castelo Branco, su hermana predilecta. La última persona fallecida, hace veintiséis años, fue Manuel Botelho, padre del autor de este libro.



CAMILO FERREIRA BOTELHO CASTELO BRANCO (Lisboa, 16 de marzo de 1825 – São Miguel de Seide, 1 de junio de 1890) es uno de los autores más representativos de la literatura portuguesa de todos los tiempos y uno de los más leídos.

Escritor portugués del Romanticismo tardío, tuvo una vida azarosa, pasional e impulsiva, que le sirvió como inspiración para sus escritos. Publicó novelas importantes, que han pasado a la historia de la literatura universal, de mucha difusión en la época en la que fueron escritas. Entre ellas, podemos encontrar *Amor de perdición*, *Amor de salvación*, *La novela de un hombre rico* o la más tardía *La brasileña de Prazins*.

Notas

[1] Hace veinte años que le oí a un contemporáneo de aquellos sucesos contar de este modo el asesinato: «Era un Jueves Santo. Marcos Botelho, hermano de Domingo, estaba en los oficios en San Francisco, hablando con una dama con quien tenía amores, la cual por cierto le era desleal. Desde otro punto de la iglesia se dirigía a aquella mujer con el corazón y con los ojos un alférez de infantería. Marcos contuvo los celos hasta acabar los oficios, y a la salida del templo se encaró con el oficial y lo provocó. El alférez sacó la espada y el hidalgo el espadín. Cruzáronse largo tiempo las armas con bríos, pero sin sangre. Amigos de ambos habían conseguido separarlos, cuando Luis Botelho, otro hermano de Marcos, descargó su carabina al pecho del alférez, y allí a la entrada de la calle del Juego de Bolos le tendió por tierra, muerto. El homicida fue indultado por gracia regia». (*Nota del autor*). <<

[2] Aristócrata portugués del siglo XVIII, famoso por su destreza en el arte de la equitación. <<

[3] Según una tradición, en la iglesia de Almacave, en Lamego, se aclamó y coronó, en 1143, al primer rey portugués, Alfonso Henriques, a la vez que se proclamaban, entre otras, las leyes que reconocían los derechos de la nobleza. <<

[4] Aclara el sentido de esta expresión de doña Rita la partida de nacimiento de Simón, que tengo a la vista, sacada por el rector de la iglesia de Nuestra Señora de Ajuda, del libro 14, al folio 159, que dice así:

«A los dos días del mes de mayo de mil setecientos ochenta y cuatro, impuso los santos óleos el reverendo padre cura José Domingo Chaves a Simón, que fue bautizado en peligro de muerte por el reverendo fray Antonio de San Pelagio, etc.»
(Nota del autor). <<

[5] Antigua moneda portuguesa de plata. <<

[6] Entre algunos papeles que poseemos del corregidor de Viseu, encontramos esta carta: «Muy señor mío, colega y amigo. Sírvase usted entregar al portador de ésta las cincuenta monedas de que le hablé a su paso para Lisboa. La apelación de su hijo queda a mi cuidado y está asegurada a pesar de los esfuerzos de los contrarios. Suyo afectísimo, el oidor, Antonio J. Dias Mouráo Mosqueira. — Agosto, 11 de febrero de 1805». (*Nota del autor*). <<

[7] Esta novela fue escrita en uno de los calabozos de la cárcel de la audiencia de Oporto, a la débil luz que pasaba entre los hierros y se perdía en las sombras de la bóveda, en el año de gracia de 1861. (*Nota del autor*). <<

[8] ¡Hoy mismo...! Voy a referirles una anécdota célebre de un filósofo de los de actualidad; anécdota curiosa por la cual quedé conociendo a la persona. Hoy (21 de setiembre de 1861) estaba yo en el despacho del ilustre abogado Joaquín Marcelino de Matos; entró un cliente a contarle lo que sigue: «Señor doctor, yo soy un tendero de la calle de..., y mi mujer me ha robado ochocientos mil reis, huyendo a Viana con un amante. Deseo saber si puedo acudir a los tribunales y recobrar mi dinero». «Puede usted entablar acción si tiene testigos —contestó el abogado— e intentar además demanda de adulterio». Responde el reclamante: «Lo que yo quiero es mi dinero». «Bien —replicó el consultor—, puede usted acusar a ambos: a ella, como adúltera, y a él, como detentador de esa suma». «¿Y así recobraré el dinero?». «Eso es según. ¿Yo sé acaso si él tendrá o no el dinero? Lo que sé es que usted no puede acusarla a ella de ladrona». «Pero ¿y mis ochocientos mil reis?». «¡Ah!, ¿conque a usted lo que menos le importa es que su mujer se haya escapado y que no aparezca?». «Claro está, a ella que se la lleve el demonio; lo que yo quiero es mi dinero». «Pues entable usted las dos acciones, y luego veremos». «¿Pero no es seguro que así recobre mi dinero?». «Seguro no es; veremos si después de la denuncia, las autoridades administrativas capturan al ladrón con el dinero». «¿Y si ya no lo tiene?», contestó el marido consternado. «Si ya no lo tiene, usted se venga con la causa de adulterio». «Lo que yo quería era mi dinero, señor doctor; la mujer vaya en buena hora, tenía cincuenta años». «¡Cincuenta años! —exclamó el abogado—, pues ya puede usted darse por vengado del amante. Vuélvase usted a su casa y déjese de pleitos, que el más desgraciado es él». (*Nota del autor*). <<

[9] R, abreviatura, en portugués, de «reprovado», es decir, suspendido en un examen.

<<